

LA ESPAÑA MODERNA

MINISTERIO DE CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
ESTADO GUATEMALA

AÑO 21.

NUM. 250.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

OCTUBRE 1909

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONES

MADRID

IMP. Y ENCUAD. DE V. TORDESILLAS

Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

INTENTO Y DEFINICIÓN DE LA LINGÜÍSTICA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO BARCELONÉS

No cabe dudar que lo que se propone la Lingüística es conocer de raíz el lenguaje, como lo que se propone cualquier ciencia es conocer enteramente su propio objeto. Y con todo no holgará tocar este punto, que no todos los lingüistas están en ello conformes; antes la mayor parte se quedan de hecho á medio camino andado, y no creen se haya de pasar adelante. Ante todo, hay que recoger y allegar los materiales de la ciencia del lenguaje, es decir, hay que observar los hechos, las excepciones, el habla de todos los pueblos. Tarea desmesurada, sin término, si hubieran de tenerse en cuenta todas las palabras y modos de expresión desparramados por todo el mundo. En esta parte, el lingüista es como el naturalista herborizador, que siempre le sobraré tarea, por mucho que se afane. Las colecciones y museos son aquí los diccionarios y gramáticas, que los hay de muchedumbre de lenguas, pero que aun de las más conocidas quedan por espigar tantos ó más vocablos de los recogidos. En el mismo castellano tenemos diccionarios á porrillo; públicanse varios cada año, pero ninguno contiene ni la mitad de los vocablos y frases de nuestro idioma. En España escasean los rebuscadores de los hechos; los que publican diccionarios, abren en torno de su pupitre una buena porción de los anteriormente publicados, y escogen ó amontonan de lo que en

ellos hallan. Sólo un trabajo verdadero se ha hecho de este género: el Diccionario de autoridades de la Academia, cuyos autores buscaron las palabras en los libros y entre la gente que habla. Pero sobre aquellos primeros sillares debían de haberse ido poniendo otros y otros, si los académicos posteriores, entendiendo el propósito que movió á sus fundadores, hubieran seguido rebuscando en aquellas fuentes lo que los primeros no podían haber llevado hasta el cabo, y con esto hoy tendríamos un Diccionario de la Academia con tantos más vocablos que la primera edición, cuantas son las ediciones que se han hecho. ¡Mal pecado! En vez de ser así, las ediciones todas posteriores no han sabido añadir, sino cercenar del Diccionario de autoridades, y los lexicólogos no académicos tampoco han sabido hacer más que saquearlo. Lo que aquellos primeros académicos creyeron había de ser la primera piedra del edificio, ha venido á ser cantera común; han ido partiendo en trozos aquella hermosa piedra, y con ellos, claro está que, en lugar de un palacio, se han levantado casucas de mala muerte. Lo más que hacen algunos es añadir infinidad de términos técnicos greco-latinos, que nada tienen que ver con el idioma castellano, y para lo cual yo les daría una bonita traza, si es que en ella no han caído, que sí habrán, y es que tomen un buen diccionario técnico extranjero (y en inglés lo hay muy bueno), y copien sencillamente, dando terminación castellana á todos esos términos cosmopolitas. En cambio, faltan en todos los diccionarios hasta centenares de los usados por Cervantes y Lope; pero es que el de autoridades no tuvo tiempo para recogerlos.

Vuelvo al propósito. Ejemplares nuevos y aun raros, siempre les quedarán por rebuscar á naturalistas y lingüistas. Viene tras esto el clasificarlos por algún sistema más ó menos científico: tal es la redacción de gramáticas y diccionarios, de los cuales los tenemos para las lenguas más conocidas de todo el mundo, aunque también en esto cabe mayor ó menor esmero, y nunca se llegará á lograr una obra perfecta. Todo ello lo supieron ya hacer los antiguos, aun antes de nacer la ciencia del

lenguaje, porque, á la verdad, todo ello es presupuesto indispensable para la ciencia, pero á ciencia todavía no llega.

Allegados, y clasificados para su más fácil manejo, los vocablos, el lingüista moderno entra en el templo de la ciencia. Echa allí mano de lo que se llama método histórico-comparado, que es su soplete y sus reactivos, y por su medio emprende el análisis ó desmenuzamiento de esos materiales, como el químico al examinar un mineral.

Cotejando las diversas formas que ofrecen otras tantas lenguas y las de diversas épocas de una misma lengua, al choque del cotejo salta la chispa, y al resplandor de la chispa es como se echan de ver, con mayor ó menor lucidez y claridad, las varias transformaciones y mudanzas que en la significación y en los sonidos han ido tomando las formas en cada época y en cada pueblo. Tal es el análisis inventado por Bopp, y el sistema histórico-comparado: comparado, por compararse formas de distintas lenguas; histórico, por compararse formas de distintas épocas de una lengua misma. Con lo cual se llega á conocer la estructura de una ó varias lenguas, el entronque de las mismas, y las leyes fonéticas, que se desprenden de la frecuencia de unos mismos cambios fónicos, es decir, de la inducción, y que fueron causa de las transformaciones observadas. Y este es el estado de la ciencia lingüística en el momento presente: «Als Aufgabe der wissenschaftlichen Grammatik können wir Kurz die Erklärung der Formen einer Sprache bezeichnen, und zwar in der Weise, wie sie entstanden sind», dice Fr. Müller; quiere decir: «*Explicar las formas de una lengua hoy viviente, mostrando cómo fueron desenvolviéndose sucesivamente*, es lo que constituye la gramática científica ó histórico-comparada.

Es muy de notar que esta comparación de las lenguas, para inducir leyes evolutivas y declarar las formas actuales por los eslabones que la historia nos pone delante de formas anteriores, ya es algo de científico, pues no se reduce á coleccionar y describir hechos, lo cual es propio de la historia, sino que in-

vestiga sus causas, que son leyes verdaderas, ya que la evolución se atiene á ellas, encarrilándose siempre por ellas en cada lengua y en cada caso particular. Pero la comparación en sí no es más que un método científico; no puede tomarse como fin último de la Lingüística.

El camino es cosa distinta del término de un viaje: el término aquí es conocer de raíz el lenguaje; el camino es el cotejo de que nos valemos para lograrlo. Y ¿qué es lo que hasta ahora se ha logrado? El parentesco de las llamadas lenguas indo-europeas, aunque se ha confirmado más y más, se conoció aun antes de meterse en esas honduras, que no fueron necesarias para que lo viesen á vista de ojos los que conocían, por superficialmente que fuese, unas y otras lenguas. Lo que se ha logrado por el método comparativo es declarar muchos de los fenómenos gramaticales de estas lenguas, los sufijos y raíces, y la evolución de las formas, en parte hasta una época que podemos llamar protoariana, anterior inmediatamente á la histórica de estas lenguas. Pero allí nos hallamos con un motón de raíces y de sufijos, que no sabemos de dónde salieron ni cómo vinieron á ser los elementos de las formas, ni lo que antes fueron, ni de dónde y cómo nacieron; todo lo cual parece que debiera declarar la ciencia del lenguaje. Si el camino emprendido no nos lleva sino hasta ese punto, y de allí no pasa, habrá que tomar desde allí otro, si queremos llegar al término final. ¿Hay cosa más clara? Pues no es sino muy oscura, si damos oídos á los lingüistas. Propónesenos, efectivamente, aquí una doble y gravísima cuestión: ¿Se puede pasar más allá? ¿Pertenece á la ciencia del lenguaje procurar ir más allá? ¿Quién lo creyera? El sentido común grita que sí, que hay que ir más allá, pues no hemos llegado á la meta, y que lo de poderse ó no pasar adelante, podrá ser cosa de tiempo y maña, pero que para todo hay remedio y camino, sino para la muerte.

La ciencia, con todo, enorgullecida con sus conquistas, como si se acostara sobre sus laureles, lanza desdeñosa dos redondas negaciones á estas dos preguntas. Al responder así ne-

gativamente, los sabios tendrán sus razones, y deben de tenerlas muy bien guardadas *in petto*, porque yo nunca las he visto. Conócese la estructura de las lenguas, y de muchas de ellas se han sacado unos á modo de códigos de las leyes que rigen en su evolución y mudanzas, llamados tratados de *Fonética*; pero si se quieren conocer á fondo esas lenguas y el lenguaje humano en general, todavía queda, y no poco, camino que recorrer. Hay que escudriñar las causas de esa estructura y de esas mudanzas. ¿Dónde se hallarán? Sin duda, en la Fisiología, pues sólo ella nos puede dar razón de las leyes fonéticas, en qué casos y condiciones obran, por qué en cada dialecto toman una ú otra vereda, pues hay tantas Fonéticas como dialectos, y si no hubiera más que una, los idiomas no se hubieran desmembrado. Pero la Fisiología no basta, pues en todos los hombres los órganos fisiológicos del habla son tan semejantes, que no se explica esa variedad de tendencias en el modificar la pronunciación, sin la intervención de otros agentes, y entre ellos el clima, que es el causante de la variedad de razas. Pero demos aclarado cuanto concierne al elemento material del habla, los sonidos, en los cuales influyen principios acústicos, fisiológicos y otros exteriores al hombre; tocante al elemento ideológico, la Lingüística apenas si ha dado un paso. Tan enteras y sin rozar siguen las cuestiones que atañen á la gramática general, como antes de nacer la nueva ciencia del lenguaje. ¿De qué manera es el lenguaje signo del pensamiento? ¿Hasta dónde llega la lógica de los idiomas, y qué va de la lógica de éstos á la lógica del pensamiento? ¿Por qué son pospositivas unas lenguas, prepositivas otras, y tienen las más de entrambos sistemas? ¿Cuál es la causa de ser más pospositivas y sintéticas las lenguas cuanto más antiguas, y cómo y por qué lo mismo en la Europa y en la India que en las camitas del Africa, se ha pasado del sintetismo al analitismo? ¿Cómo se explica el porqué del verbo, del artículo, del nombre, de la conjunción, etc., etc.? En una palabra: ¿cuál es la razón de la estructura formal de los idiomas, tan varia en

ellos y tan expuesto á mudanzas, como la fonética, aunque ese mudarse sea más lento?

Llegados aquí, todavía queda más de la mitad del camino por recorrer. Porque los idiomas, con una ú otra fonética y estructura, no es creible que nacieran por generación espontánea, de alguna parte vienen, son ramas que pudieran ser de un tronco único, ó de varios, y ese tronco ó troncos, esos idiomas prehistóricos nos son desconocidos. Y séase único el original lenguaje, ó varios, ni lo conocemos ni sabemos cómo se fraguó, ni qué relación tuvieron los sonidos con las ideas que vinieron á expresar, ni por qué se fueron trabando unos sonidos con otros, ni el modo de esta trabazón, hasta formar palabras polifónicas, como son la mayor parte de las que usamos, y hasta las mismas raíces y sufijos. En una palabra, el problema del origen del lenguaje es la meta última adonde debe enderezarse la lingüística, y mientras no se resuelva, todo quedará sin explicación, porque el origen de las cosas es el único que las explica, es la raíz que las sustenta y cría: lo que dió el nacimiento es lo que da el desenvolvimiento posterior. Por eso, ciencia no es más que conocimiento de las causas, pues éstas conocidas, se conocen los efectos.

Ahora se verá si no toca á la Lingüística procurar ir más allá. La Lingüística comparada é histórica no ha de tomarse como fin, sino como medio para otro fin más traspuesto y lejano: el de conocer de raíz el lenguaje. No hay, pues, que pararse en cuadros comparativos; sino valerse de ellos, como un general de los mapas estratégicos, para llegar al fin de la jornada, para investigar el origen y porqué de las formas comparadas. No basta la historia, por razonada que sea; el lenguaje es algo natural, que ha de estudiarse á fondo, hasta llegar por el análisis á conocer su naturaleza y origen; es algo que debe tratarse, no como colección de ejemplares, que se colocan y enseñan á los curiosos en un museo, sino como un objeto científico, que se analiza en el laboratorio. Ni quiero con esto decir que se han de desechar los docu-

mentos históricos y la comparación; antes bien, una y otra son los medios indispensables para llegar al fin apetecido, pero son el método y camino, ó nada más.

Lo que dice M. Müller de la antigua Gramática, puede aplicarse al método histórico-comparado (I., p. 127). Conocemos varias formas del habla, correspondientes á otras tantas del pensamiento; sabemos que el sujeto ha de estar en nominativo, el objeto en acusativo, etc.; sabemos que al genitivo castellano *de* responde en griego el genitivo *-os*, en latín *-is*. Pero ¿qué representan de suyo *de*, *-os*, *-is*? ¿Por qué esos sufijos tienen el poder de mudar el nominativo en genitivo? ¿Qué valor es el de esas terminaciones, para que un mismo tema, al cual se añaden, responda con ellas á diversas formas del pensamiento? Que el nominativo *rex* se convierte en *re-gem* en el acusativo: esa es una rutinaria regla de escuela; ¿por qué así? Si hay una ciencia del lenguaje, á estas tales preguntas debe responder esa ciencia: «if there is a science of language, these are the questions which it will have to answer», diremos con M. Müller. Si no puede responder á ellas, si nos hemos de contentar con paradigmas y reglas, si las terminaciones de nombres y verbos hemos de considerarlas como adherentes convencionales ó como misteriosas excrescencias, digamos verrugas que le salieron al tema, no hay tal ciencia del lenguaje ni tenemos por qué ufanarnos, sino seguir llamando al tratado de esas cosas sencillamente *Arte (tékhne)*, como los antiguos, ó Gramática (I., p. 130).

Los que se contentan con sacar de la comparación de las lenguas las transformaciones históricas de las palabras, sin querer pasar adelante á explicar el porqué de esas transformaciones, y el porqué de las raíces y sufijos, últimos elementos que halla el análisis, y con todo llaman á eso ciencia del lenguaje, y aun acaso llegan á arrojar desdeñosos del campo de la ciencia á los que se empeñan con seriedad en hallar esa razón y ese porqué, en que precisamente consiste la ciencia, deberían leer y meditar despacio estas palabras del gran lingüista

inglés, que encierran la misma doctrina que yo estoy desenvolviendo.

El naturalista toma un pedrusco del monte, y os dice: ¿Sabéis lo que es esto que llamamos piedra?—Eso, le respondéis, es un cuerpo perteneciente al reino mineral, que se distingue del reino vegetal en esto y en lo de más allá, y del reino mineral en...—Bien; pero eso no es más que clasificar en grandes grupos los seres del universo. No tiene sensibilidad, no tiene vida; ¿qué es?—Es una roca, compuesta al parecer de granito y mica en gran cantidad, y metalífera, aunque no veo qué metal pueda ser éste.—Es el *gneis* del terreno de transición, que forma toda esta cordillera carpetana. Vueltos á casa, el naturalista os muestra el cuarzo, el feldespato y la mica; analízalos por medio de los reactivos y del soplete, y os explica cómo el cuarzo es sílice pura anhidra, cómo el feldespato es fusible al soplete, y os saca de él la potasa que formaba su base: en una palabra, os dice los elementos químicos últimos adonde puede llegar el análisis.

Otro día os toca pasear con un lingüista, y á propósito de no sé qué sociedad anónima, venís á preguntarle la etimología de *accionista*, añadiendo que bien sabéis que viene de *acción* y del sufijo *-ista*, como *prestamista* de *préstamo*, y *lingüista* de *lingua*, ó sea lengua; pero que no habéis estudiado el latín, de modo que no sabéis el origen de *acción* ni el de *-ista*. *Acción*, os dice, es una palabra que no deriva por evolución natural del latín, como deriva, por ejemplo, *hombre* de *hominem*; sino que es un préstamo erudito del *actio* latino, con la terminación del acusativo *action(em)* quitado el *-em*, por analogía con los vocablos parecidos de origen vulgar, como *sazón* de *sationem satio*. *Ac-tio* es un nombre abstracto de la raíz *ag*, que cambia la *g* en *c*, que es su fuerte correspondiente, por asimilación con la *t* fuerte siguiente. Esa raíz dió *ag-ere* y *ac-tus* = acto; *ag-ere* significa conducir, modo de habérselas y obrar: *acción* es el acto de obrar. Sufijo abstracto es *-tio*, como en *canción* de *can-tio*, *can-ere* = cantar. Añadióse malamente á *acción* el

sufijo de agente *-ista*, que es griego, resultando una palabra híbrida. Este sufijo es *-tes* de agente, que tomó *-is* en formas derivadas de verbos en *-idzo*, como los nombres de efecto en *-is-mo* constan del sufijo de efecto *-mos* y del mismo *-is* de dicho verbos: así ha resultado un pseudo-sufijo de acción *-ista* y otro de abstractos *-ismo*, *absolut-ismo*, *cristian-ismo*.—Si le reponeís que desearíais saber por qué *ag-* vale obrar en esas palabras, y por qué *-tio* vale acción en abstracto, y *-tes* agente, os responderá que esos son los cuerpos simples de la Lingüística, raíces y sufijos, más allá de los cuales no es dado pasar.—¿Cómo no?, le replicáis. Alguna razón habrá para que *ag-* conste de esos dos sonidos, y *-tio* y *-tes* precisamente de esos tres, y no de otros. Si la Lingüística es ciencia, debe dar razón de la estructura de las palabras hasta llegar á sus últimos átomos ó, como decís, cuerpos simples; y *ag*, *tio*, *tés* no son simples, se descomponen en sonidos.—Pues la Lingüística moderna no sabe más.—Yo he oído, añadís al fin, que Cejador, en una obra que ha compuesto, intitulada *El Lenguaje*, trata de declarar hasta los últimos sonidos en que pueden y deben descomponerse las palabras, y aun he leído en *El Imparcial* un trozo de esa obra, que no me descontentó.—Pues, amigo, váyaselo á preguntar á Cejador, que de esos simbolismos nada entiende la ciencia del lenguaje.—No hay simbolismos que valgan. Si *ag* significa algo, debe ser porque consta de *a* y de *g*, que también tendrán alguna significación, como la tienen *ag* y *tio*, de los que se formó *acción*.—*Ag* y *tio* son abstracciones.—También lo son *a* y *g* en *ag*; de modo que si estos son simbolismos, simbolismos serán los de la ciencia al distinguir raíces y sufijos, dándoles un valor que tienen en las palabras, pero que no tienen de por sí, puesto que no se emplean como palabras.—En la lengua protoariana se cree que *ag* no era raíz, sino palabra.—Pues en la protoprotoariana sucedería lo mismo con *a*, de donde *ag*.—Váyaselo á preguntar á Cejador. Con lo cual, el autor de *El Lenguaje* tiene el visto bueno de la Lingüística y del sentido común para llevar el análisis hasta los verdaderos cuerpos sim-

ples del habla, no deteniéndose en las raíces y sufijos, que lo son para la ciencia moderna.

Alguno podrá reponer: Justo es que, si se puede, se analicen las mismas raíces y sufijos; el caso es que no se ve cómo puedan analizarse, sin acudir á puros simbolismos, por la sola observación de las lenguas. El autor de *El Lenguaje* responde que el Euskera es una lengua, y que por esa lengua se explican las raíces y sufijos.—Pero el Euskera no está emparentado con las Indo-europeas, y las relaciones que puedan traerse son ilusorias.—Tampoco lo estaba el Sánskrit con nuestras lenguas, antes de la Gramática comparada; por manera que este veto, al parecer científico, se parece al que pudieran haber propuesto á Bopp, diciéndole: esas comparaciones son ilusorias, porque la lingüística tradicional jamás soñó en emparentar el idioma de los Brahmanes con el de los Griegos. La relación de parentesco lingüístico es una relación real, pero vaga y bautizada con una metáfora. Si el Euskera no es lengua hermana de las nuestras, ¿no pudiera ser su tía ó su bisabuela? ¿Qué canon científico se puede traer para forzarnos á dejar de comparar idiomas, que ofrecen parecido en sus elementos más esenciales? ¿Que no los presenta el Euskera con nuestras lenguas? Si no los han visto los que no conocían el Euskera, no son por eso menos patentes. El *sú* griego y el *zu* vascongado, el *-ni* de primera persona del imperativo sánskrito y el *ni* yo del Euskera, el *-tu* de *ama-tu-m* y de *aurrera-tu*, el *gu* nosotros y el *e-go*, la *-i* de dativo en las Indo-europeas y en Euskera, la *-s* de genitivo ó extractivo en unos y otro, el *-cu-s* y el *-ko* de adjetivos, el *sa-s* ese y el *ze*, el *an* = *en* = *in* Indo-europeo y el *an* allí, en ello, del Vascuence, *etche-an en casa*, son elementos tan distintos? Y, ¿no son de los más esenciales del habla? ¿Quién creerá que los vascongados tomaron su *biz* del latín, cuando *bi* vale dos y *-z* es sufijo euskérico, como en *berri-z* de nuevo, *nai-z* de grado, *nere-z* de mío, *arri-z* de piedra? ¿Por qué, pues, no se ha de cotejar el Euskera con las Indo-europeas? La ciencia no ha de vendarse los ojos ni echarse pihuelas

á los pies; es libre y relaciona todos los seres, sin distinción de clases ni división de castas. Los iberos, antepasados de los escualdunas y españoles, no fueron menos nobles que los pastores védicos ó los labradores de Alba Longa. La sardinera de Zumaya cuenta entre sus abuelos á los primeros pobladores de Europa, cuando los Ritchis y los aldeanos de la Campania estaban en el mundo de los posibles. Compárense los idiomas que nos han quedado de los unos y de los otros: ellos dirán lo que hay que creer de sus entronques y orígenes. La Lingüística moderna no ha dicho la última palabra, ni es infalible, ni se lo sabe todo. Seamos más modestos, si amamos la sabiduría.

Para mayor confirmación de cuanto precede, no vendrá mal determinar el lugar que la Lingüística ocupa entre las ciencias, y ver cuáles son sus fundamentos. Las ciencias especulativas pueden dividirse en tres grupos, según se consideren los seres que se estudian. Como la ciencia es un conocimiento de los seres que nos rodean, el cual lo logra nuestra mente recogiendo de ellos ideas universales, á modo de ramillete que junta los colores más vistosos y los más aromáticos olores de un jardín, y la naturaleza de la percepción intelectual consiste en la abstracción, por la cual se obtienen esas ideas universales, las ciencias deben clasificarse por la mayor ó menor abstracción que la mente emplea al sacar de los seres las ideas universales, abstracción que en ellas mismas queda reflejada.

Así, las ciencias físicas consideran los seres abstrayendo de lo individual; que si no abstrajera, no serían ciencias. Sus conclusiones son ideas universales, que prescinden de este ó de aquel individuo. La Acústica, por ejemplo, trata de las leyes del sonido, no del que da esta flauta que tengo sobre la mesa, ú otra cualquiera; sino de cualquiera flauta y de cualquier sonido. Si no se abstrajese de lo individual, sólo tendríamos pura historia, compuesta de ideas individuales; no ciencia, compuesta de ideas universales. Las ciencias matemáticas abstraen de lo individual y además de lo sensible. La Geometría trata del ángulo, por ejemplo; poco importa que sea éste ó aquél,

que sea de oro ó de madera, pintado ó fantaseado. Las ciencias metafísicas abstraen, no sólo de lo individual y de lo sensible; sino, además, de lo material. Así, por ejemplo, trata la Ontología de las causas, prescindiendo de tal ó cual causa individual, de que sea físicamente lo que quiera, y de que se trate de un cuerpo ó del principio vital de un espíritu.

De modo que las ciencias físicas consideran el objeto sensible, las matemáticas el material, las metafísicas el inmaterial, ó sea el ontológico. El lenguaje, considerado en sí como un conjunto de fenómenos, es objeto puramente histórico. Pero, investigando sus causas, es un objeto sensible en parte, pues consta de sonidos, su conocimiento es en parte físico. Las ciencias físicas se dividen en: Astronomía, cuando el objeto sensible es el conjunto del universo; Geología, cuando el objeto es la tierra; Física propia y Química, si el objeto considerado son los cuerpos en razón de tales; Biología, si se consideran los seres vivientes; y Antropología, si el objeto es el sér racional, el hombre.

El lenguaje es objeto que queda dentro del círculo de la Antropología: la ciencia del lenguaje es, por lo tanto, una ciencia física, antropológica. En la Antropología se incluyen varias ciencias, según se trate de las facultades animales ó de las espirituales del hombre. La facultad del lenguaje pertenece á todo el compuesto de cuerpo y espíritu: consta de elementos corpóreos y espirituales. Tiene el lenguaje sonidos, materiales y sensibles: por este lado la Lingüística es ciencia acústica; pero sonidos formados y recibidos por órganos animales, y por este lado es ciencia fisiológica; pero los sonidos fisiológicos del lenguaje, ó sean las voces, son la materia nada más del lenguaje; su elemento formal está en ser las voces signos del pensamiento, y por este lado es la Lingüística una ciencia psicológica.

Como todo conocimiento antropológico, el del lenguaje abraza los tres grupos de seres de la naturaleza. Los fundamentos de la Lingüística están, por lo tanto, en la Física, en

la Fisiología y en la Psicología; y las causas de los fenómenos del lenguaje deben buscarse en estas tres ciencias. Hoy la Lingüística, ceñida á explicar los hechos por los mismos hechos, no recurre á ellas; pero la verdadera ciencia está en investigar las causas de los fenómenos y ver cómo esas mismas causas obran y dan por resultado esos mismos fenómenos.

Creo, pues, haber probado que la Lingüística no debe detenerse en los estrechos límites en que pretenden conternerla la escuela conservadora, formada en Bopp; que es muy justo atender los deseos de los que se meten en la Fisiología, y aun tender á la región psicológica, para poder abarcar las tres grandes fuentes y fundamentos de esta ciencia. La verdadera ciencia del lenguaje no está, pues, más que en vías de tomar los derroteros que debe seguir.

Si ahora se quiere una definición de la Lingüística, ó ciencia del lenguaje, creo que la mejor es la encerrada en su propio nombre de *ciencia del lenguaje*, con tal que se entienda por ciencia y por lenguaje lo que debe entenderse y siempre se ha entendido. En efecto, la Lingüística no es más que *el conocimiento del lenguaje por sus últimas causas*. El *to dióti* y el *tó pos*, es decir, el porqué y el cómo, según la frase aristotélica, son las dos cosas que busca siempre la ciencia. Digo *conocimiento*, no ordenado á la práctica, sino simplemente conocimiento. Digo *del lenguaje*, no de una ó de otra lengua aislada, sino de todas; y no como otros tantos objetos diversos, como lenguas, sino de éstas como formando un todo, como partes que son de un solo lenguaje; no de la facultad del habla, metafísicamente considerada, sino del lenguaje, concreción y ejercicio de esa facultad. Digo, finalmente, *por sus últimas causas*, no sólo históricamente en el estado actual de las lenguas, ni en sus transformaciones durante el curso de los siglos, ni exponiendo sólo científicamente las leyes fonéticas sin dar la razón de ellas, sino explicando estas leyes, la estructura y todo lo demás *por sus últimas causas*, físicas, fisiológicas y psicológicas.

Mas sucintamente se puede, pues, decir que la Lingüística es la ciencia del lenguaje. Definición vulgar hasta dejarlo de sobra, pero sin la cual la Lingüística casi se reduce á recoger hechos y á exponerlos, es decir, á pura historia de las lenguas, sin buscar la razón de esos hechos, que es lo propio de toda ciencia. «La ciencia del lenguaje, dice Heyse (*System der Sprachwissenschaft*, p. 7) tiende á formarse una idea reflexiva de las causas del lenguaje y de las leyes que le sirven de fundamento.» Pueden considerarse tres maneras de considerarla ó tres grados en esta gramática teórica ó científica: 1.º, el subjetivo (formal) de la ciencia abstracta del lenguaje; 2.º, el puramente objetivo (material) de la histórica investigación y del conocimiento del lenguaje; 3.º, el concreto (real y verdadero) de la ciencia filosófica del lenguaje.

El primero es lo que se llama gramática razonada, y trata de aclarar, fundamentar y ordenar sistemáticamente las reglas de una lengua, conforme al criterio subjetivo del autor. De aquí las abstractas categorías y principios subjetivos, á través de cuyo prisma se mira una lengua, sin atender al sistema en que en la realidad y objetivamente consiste la tal lengua: de modo que á menudo contradicen las leyes por tal método expuestas al uso de la lengua, y á cada regla siguen las excepciones y las anomalías. Ejemplo lo tenemos en las gramáticas del Griego y del Latín, del Sánscrit y del Hebreo, con su tecnicismo y sus partes de la oración, sus reglas y sus excepciones.

El segundo es la gramática histórico-comparada, que expone los fenómenos de una lengua, explicándolos por la comparación de las formas en las diversas épocas de su desenvolvimiento y de las formas de las lenguas afines. Es el método hoy seguido, el cual, prescindiendo de las categorías y del tecnicismo, que la lógica y la filosofía de los griegos habían introducido en la gramática, sólo busca los hechos objetivos en la historia de la lengua de que se trata y en las demás de la misma familia. Grimm trató de esta manera las lenguas germánicas y Bopp todas las I-E.

Falta el tercer grado, de la filosofía del lenguaje, al cual los modernos no han llegado todavía. «Die historische Sprachforschung gewährt allerdings eine geschichtliche Kenntniss des Sprachlebens, aber keine begriffmässige Erkenntniss des Wesens der Sprache an sich und in ihrer nach nothwendigen Bestimmungen ersogenden Entwicklung,» dice Heyse (p. 15); es decir, que por el grado anterior se logra un conocimiento histórico de la vida del lenguaje; pero no un conocimiento completo de su esencia en sí y en su desenvolvimiento, debido á principios fijos y determinados. Toda filosofía tiende á descubrir la ley en los fenómenos, lo esencial y necesario en lo transitorio y mudable, la unidad y la síntesis de las causas, como un principio esencial, necesario, que explique todo el sistema de los hechos. No sólo queremos conocer lo que es, sino lo que debe ser y el porqué es así y no de otra manera. La filosofía del lenguaje no se contenta con el conocimiento histórico de los fenómenos lingüísticos y de la afinidad mayor ó menor de las diversas lenguas; con este fundamento pasa más allá, y trata de investigar el porqué de todo eso, la razón íntima de esos fenómenos y su relación con el espíritu del hombre. Puede y debe pasarse, por lo tanto, más allá de la comparación lingüística, en que hoy se detiene la ciencia, si es que pretendemos que sea verdadera ciencia la de las lenguas. Hay que llegar hasta descubrir por qué *acción* consta de esos seis sonidos determinados y colocados de esa manera fija; porque mientras esto no alcancemos, no podemos decir que conocemos la estructura del lenguaje ni su porqué, y después de todo esto, aun nos queda por subir río arriba hasta llegar á las fuentes y origen del lenguaje.

JULIO CEJADOR

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

DON QUIJOTE ⁽¹⁾

La *Vida y hechos del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, escrita por Miguel de Cervantes Saavedra, fué el primer libro que leí en los albores de mi adolescencia, en aquella edad en que se despiertan la inteligencia y los sentidos. Recuerdo perfectamente aquellos días felices. Por las mañanas salía de casa, y me iba al jardín del patio para leer *Don Quijote* sin molestia alguna. Era un hermoso día de Mayo: la floreciente primavera se reflejaba en la plácida luz de la mañana perezosamente, y se dejaba cantar del ruiseñor, su dulce adador constante. Y cantaba con tal dulzura y entre tales caricias, que las yemas más pudorosas se abrían y brotaban, la hierba enamorada y los ardientes rayos del sol se besaban con deseos de ternura, y los árboles y las flores temblaban de arrobamiento. Y yo me sentaba en un viejo banco de piedra completamente recubierto de musgo, en el sendero llamado de los suspiros, no lejos de la cascada. Mi corazón de adolescente se recreaba en las aventuras estupendas del valiente caballero. Mi honradez infantil tomaba todo aquello con absoluta seriedad

(1) El trabajo precedente forma parte del tomo III de las *Obras completas de Carducci, C. e J. Zanichelli*.—Bologna, MDCCCLXXXIX. El tomo III lleva por título general *Bozzetti e Scherme*.—(N. DEL T.)

y con la mejor buena fe. Y para todas las cosas surgía el mismo comentario ingenuo:

—Así debe ser. Para el heroísmo no quedan más que porrazos y manteamientos. Continuamente toca en lo ridículo.

Y me afligía como si yo fuese el héroe.

Ya he dicho que yo era entonces un muchacho. No salía de la ironía que Dios puso en la tierra y que el gran poeta llevaba á su mundo imaginario. Así es que podía verter con abundancia de corazón las lágrimas más amargas, cuando el noble caballero recibía, á cambio de su magnanimidad y grandeza de ánimo, ingratitudes y puñadas. Como estaba poco ejercitado en la lectura, pronunciaba cada palabra en alta voz, y, de esta suerte, los pajarillos y los árboles, el regato y las flores me escuchaban á su gusto. Como eran inocentes como muchachos, como tampoco ellos conocían la ironía del mundo, tomaban también las aventuras en serio y lloraban conmigo las amarguras del desgraciado caballero. Una añosa encina sollozaba y la cascada meneaba con violencia la blanca corriente, antojándoseme que refunfuñaba meditando en la maldad del mundo. Creíamos que el heroísmo del caballero no era menos digno de admiración porque el león cansado le mostrase las posaderas, y que sus hazañas eran tanto más gloriosas, cuanto más flaco y debilucho era su cuerpo, más floja é inservible la armadura que le protegía y más inútil el flacucho rocín que cabalgaba el héroe. Despreciábamos la canalla vil que le maltrataba, pero despreciábamos también á la canalla alta que, parapetada de sedas, de bellas palabras y de títulos ducales, se burlaba de un hombre tan por encima de ella, en gracia á su nobleza y fortaleza de ánimo y de mente. El caballero de Dulcinea era cada vez más estimado por mí, y entraba más y más en mi corazón á medida que adelantaba en la lectura del libro maravilloso; lectura que hacía todos los días en el mismo jardín, hasta que el otoño me cogió al final de la historia. No olvidaré nunca el día que leí el piadoso abatimiento en el cual cayó el caballero para no levantarse más.

Era un día hosco, terrible. Nubarrones feos danzaban por el cielo gris; las hojas caían dolorosamente de los árboles; lágrimas de lluvia se desprendían de las últimas flores que inclinaban, pasadas y mustias, sus cabecitas moribundas; hacía tiempo que no cantaban los ruiseñores. La imagen de la decadencia, de la muerte, surgía por doquier, rígida y descarnada en mi derredor. Mi corazón estuvo á punto de desgarrarse cuando leí de qué suerte el noble caballero, atolondrado, pisoteado y magullado, yacía en tierra, y sin alzar la visera, como si su voz saliese de la tumba, decía al vencedor con voz humilde y opaca:

—Dulcinea es la mujer más hermosa del mundo y yo el más desgraciado caballero de la tierra; pero no conviene que mi debilidad trate de amenguar este aserto. ¡Traspasadme con la lanza, caballero!

¡Ah! ¡El resplandeciente caballero de la Luna de plata, que vencía al hombre más animoso y noble de la tierra, era el barbero enmascarado!

Ocho años ha que escribí para el cuarto volumen de las *Figuras de viaje (Reisebilder)* estas líneas, en las cuales pintaba el efecto que me produjo en la adolescencia la lectura de *Don Quijote*. ¡Dios mío, con qué rapidez han corrido los años! Me parece que fué ayer cuando leía el libro de Cervantes en el sendero de los suspiros, allá en el jardín de corte de Düsseldorf, y que mi corazón brincaba de estupor por los hechos y malandanzas del grandioso caballero. ¿Es que mi corazón se ha detenido durante todos estos años, y que ahora, por arte de encantamiento, he tornado á los sentimientos de mi mocedad? Tal vez sea de este modo, porque, de cuando en cuando, he releído *Don Quijote*, produciéndome su lectura cada vez impresiones distintas. Cuando abría de par en par la flor de la juventud y ponía las manos inexpertas en todos los rosales de la vida, y subía á las cimas más altas para ver de cerca el sol; cuando no soñaba durante la noche con águilas y vírgenes, entonces no era para mí *Don Quijote* un libro de pasatiempo, y

cada vez que lo ponía entre mis manos ó entre mis pies, lo pisoteaba con un gesto de soberano desdén. Más tarde, hombre maduro, me reconcilié á medias con el desgraciado amator de Dulcinea, y me reía de él.

—¡El buen hombre está loco!—exclamaba.—Y, sin embargo, parece extraño, pero no lo es, en todas las direcciones de la vida me han perseguido siempre, con verdadera obsesión, las sombras del caballero flaco y del orondo escudero. Y así que se me aparecían las consabidas sombras, quedaba yo pensativo de repente. Recuerdo, por ejemplo, que estando en Francia, vi en la niebla mañanera que llegaban hasta mí las dos figuras características: la una, á la derecha, era la de Don Quijote en su abstracto Rocinante; la otra, á la izquierda, era, á buen seguro, la de Sancho Panza sobre su positivo rocín. Habíamos llegado precisamente á la frontera francesa. El noble caballero de la Mancha inclinó la cabeza ante la bandera tricolor que flameaba al viento sobre los palos; el buen Sancho saludó con ademán ceremonioso y frío á los primeros gendarmes franceses que se nos aparecieron. Después, los dos amigos caminaron delante de mí. Los perdí de vista, y de cuando en cuando oía los entusiastas y clamorosos relinchos de Rocinante y los positivos rebuznos del asno.

Entonces creía que el ridículo del quijotismo consistía en esto: á saber, en que el noble caballero había querido volver en vida á un pasado enterrado definitivamente. Así es que sus pobres miembros, especialmente las costillas, se habían reconciliado, á fuerza de porrazos, con la realidad presente. Después, he sabido con amargura que es una grandísima locura eso de querer involucrar el porvenir en el presente, cuando en las escaramuzas contra los grandes intereses del día se ha de llevar únicamente un rocín delgadísimo y hambriento, una armadura oxidada y un espíritu tan mezquino y añejo como el rocín y la armadura. En esto, como en lo otro, el prudente quijotismo sacude compasivamente la cabeza henchida de buen juicio. Pero Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del univer-

so, y aunque yo yazca sobre la tierra, no retiraré jamás estas palabras. Suceda lo que suceda. «¡Pasadme de parte á parte, con vuestras lanzas, caballeros de la Luna de plata, bárbaros enmascarados!»

¿Qué idea primitiva guió á Cervantes para escribir su libro? ¿Se proponía concluir con la lectura de los libros de caballerías, tan extendida en España, que nada podían contra semejante afición las ordenanzas eclesiásticas y civiles? ¿Quería ridiculizar en general todas las manifestaciones del entusiasmo humano, y junto á éstas, las de los caballeros andantes? Evidentemente, hubo en él la intención de arremeter contra tales novelas, ya que, mostrando el absurdo de ellas, las entregó á la rechifla universal y acertó á las mil maravillas. Lo que no pudieron conseguir los predicadores en sus púlpitos, ni las amenazas de las justicias, pudo lograrlo un pobre escritor con su pluma. Y de tal manera fué grande el éxito, desde este punto de vista; de tal suerte acabó para siempre con las novelas caballerescas, que, desde la aparición de *Don Quijote*, feneció la afición por semejante suerte de farsas. No volvió á publicarse un solo libro de caballerías. Pero la pluma del genio es cien mil veces más atrevida que el genio mismo, y Cervantes, sin darse cata de ello, escribió la sátira humana más feroz contra los entusiasmos de los hombres.

Ni se dió cuenta ni se enteró jamás de cosa por el estilo el gran Cervantes, el héroe que había pasado la mayor parte de su vida en aventuras caballerescas y que de viejo solía recordar con orgullo que había sido soldado en Lepanto, gloria que le costó perder para siempre la mano izquierda.

Fué un hombre fuerte y hermoso D. Miguel de Cervantes Saavedra. Era de frente alta y de arrojado corazón: maravillosa la magia de sus ojos. Como hay gentes que ven hasta el fondo de la tierra y descubren los tesoros y los cadáveres subterráneos, así la vista del gran poeta penetraba hasta dentro de la corteza del corazón humano, y veía con claridad lo que para otros permanece eternamente oculto. Para los buenos,

su mirada no era sino un rayo solar que llenaba de luz alegremente su interior; para los miserables, una espada que cortaba trozo á trozo, cruelmente, los sentimientos más recónditos. Aquella mirada suya se colaba, enigmática, en el alma; hablaba con ella, y si no quería responder, la sometía á tormento; y el alma yacía sangrando sobre el potro de la tortura, mientras su envoltura corporal tenía el aspecto de condescender animosamente al suplicio. Así, pues, no es para maravillarse que tanta gente le fuese adversa, y que nuestro héroe encontrase tan débiles y escasos apoyos en el curso de su vida. Jamás alcanzó una desahogada posición, y de sus fatigosas peregrinaciones por la tierra no extrajo nunca perlas, sino conchas vacías.

Dícese que no sabía apreciar el valor del oro, pero yo puedo aseguráros que sabía tenerle en su justa y exacta estima cuando carecía de recursos. Por lo demás, no lo apreció, naturalmente, tanto como el honor. Tenía deudas, y en la constitución que, según él, concede Ápolo á los poetas, tiene un primer artículo que dice así: «Cuando afirme un poeta que no tiene dinero, debe creérsele bajo su palabra y no intimarle al juramento.» Amaba la música, las flores, las mujeres. Pero le salió rematadamente mal el amor á la mujer, sobre todo de mozo. Tal vez la conciencia de su grandeza futura le consolase en su juventud, cuando las zalameras y mal miradas rosas lo pinchaban y desgarraban con sus espinas.

Una vez—era una tarde luminosa de estío—paseaba á las orillas del Tajo con una bella de diez y seis años que no se hartaba nunca de burlarse de las ternuras de nuestro héroe. El sol no se había puesto aún y deslumbraba entre sus pompas de oro; pero en el cielo había asomado ya su carita la luna, grácil y pálida como una nubecilla blanca.

—¿Ves—dijo el poeta á la amada—ves allá abajo aquella esferilla pálida? El río, en que se refleja, canta su canción apacible á nuestros pies, y parece que soporta piadosamente, compasivamente, en sus aguas orgullosas, la mísera imagen

de la luna; de tal modo es como te digo, que las ondas la rechazan, encrespándose y saltando hacia la orilla. Pero deja que venga la noche, amor. A medida que crezcan las sombras, aquella pálida esfera resplandecerá y alumbrará en lo alto gloriosa, siempre más gloriosa, llena de gracia. Y el río recibirá su luz, y las aguas, que poco antes la rechazaban llenas de soberbia, temerán ante el astro espléndido y se hincharán ante él voluptuosas.

Hay que buscar la vida de los poetas en sus obras, porque en ellas se encuentran sus confesiones más íntimas. Que Cervantes fué soldado durante largos años, es cosa que se lee en todos sus escritos, más en los dramas que en el mismo *Don Quijote*. En Cervantes, el dicho romano «vivir es combatir», se realiza en el doble sentido de la frase. Combatió como un soldado vulgar en aquellos feroces espectáculos de guerra que el rey Felipe II—para honra y gloria de Dios y para dar salida á sus caprichos—representó en todos los países.

El hecho de que Miguel de Cervantes pusiera toda su mocedad en provecho del más grande campeón del catolicismo y de que defendiese personalmente la causa católica, induce á creer que el catolicismo le fué grato, y rebate la opinión de aquellos que aseguran que si no hubiera sido por el Tribunal de la Inquisición, Cervantes hubiera defendido en el *Quijote* las ideas protestantes de su tiempo. No; Cervantes fué un hijo sumiso de la Iglesia romana, y no solamente dió su sangre en las batallas por la bendita enseña, sino que por ella también padeció, con ánimo esforzado y valeroso, el más cruel martirio en una esclavitud de muchos años entre los infieles.

Conocemos, al respecto, muchos pormenores de la vida de Cervantes en Argel, los cuales nos llenan de admiración al poeta que fué un héroe sin igual. La historia de la esclavitud soportada por Cervantes, refuta con poderosa eficacia las melodiosas mentiras y los taimados embustes de aquel mórbido y famoso vividor, que dió á entender á Augusto y á todos los pedantes alemanes que él era un poeta, y que todos los poetas

son unos bellacos. No; el verdadero poeta es también un héroe, y en su pecho habita la paciencia, que, como dicen los españoles, es un segundo valor. No hay espectáculo más sublime que ver á este noble caballero castellano, esclavo del Dey de Argel. Piensa en su libertad constantemente; prepara noche y día las más atrevidas escaramuzas; sabe mirar tranquilamente y cara á cara los mayores peligros, y cuando el edificio se viene abajo, cuando fracasa el plan labrado subterráneamente, es capaz de sufrir todas las torturas y está dispuesto á morir antes que á traicionar con una sílaba á sus cómplices. Miguel de Cervantes era conocido en Argel con el sobrenombre del *manco*, y el Dey confiesa que no podía dormir tranquilo y seguro de la ciudad, del ejército y de los esclavos, cuando ignoraba si el *manco* español estaba cuidadosamente vigilado.

Dije que Cervantes fué siempre un soldado común. Pero aun en este puesto subalterno y oscuro, se señaló con tanta fortuna y se hizo estimar tanto de su gran general D. Juan de Austria, que obtuvo en Italia, cuando regresaba á su país, cartas para el rey con testimonios honrosísimos que lo recomendaban de todas veras para un ascenso en su carrera gloriosa. Luego, cuando los corsarios de Argel, capturándole en el Mediterráneo, dieron con tales cartas, lo tuvieron por un personaje de alta alcurnia, y tan fuerte rescate pedían por su libertad, que su familia, ni aun á costa de toda suerte de sacrificios, pudo rescatarle, y el pobre poeta tuvo que sufrir, por ende, una más larga y enojosa esclavitud. Así es, que para Cervantes el reconocimiento de sus méritos fué ocasión de nuevos infortunios, y la fortuna se burló de él hasta última hora. La fortuna, que no perdona jamás al genio que saboree el humor y la gloria, cuando ella no ha servido de protectora y de tercera.

Pero la desgracia del genio, ¿es siempre efecto de la fatalidad? ¿O es más bien algo que surge necesariamente de su naturaleza íntima ó de la substancia que le rodea? ¿Es el alma del poeta la que quiere golpearse contra la realidad? ¿Es la

realidad misma la que comienza una batalla de ventaja contra aquel espíritu esforzado?

La sociedad es una república.

Cuando el individuo hace esfuerzos para levantarse, el rasero común lo mantea con el ridículo y con la infamia. Nadie debe tener más virtud ni espíritu más grande que los demás. Si hay algún indiscreto que por la inflexible pujanza del ingenio eleva su cabeza sobre el nivel común, sea condenado por la sociedad al ostracismo. Ya se encargará ésta de perseguirle con despiadados motejos y calumnias, de tal modo que el héroe no tenga más camino que el de la soledad de sus pensamientos.

Sí; la sociedad es republicana por naturaleza. Toda soberanía le es odiosa, así la intelectual como la material, ya que esta última se apoya sobre la primera más de lo que generalmente se cree. Nosotros mismos hemos presenciado semejante fenómeno después de la revolución de Julio, cuando el espíritu del republicanismo se manifestó en todas las relaciones sociales. La gloria de un poeta era tan odiada por nuestros republicanos como la púrpura de un emperador. Querían también suprimir las desigualdades espirituales que existen entre los hombres, y como ya habían establecido la vulgaridad del pensamiento en todo el territorio del Estado, querían decretar, asimismo, la igualdad en el estilo.

En efecto; el buen estilo fué desacreditado como cosa aristocrática, y nosotros vimos afirmar varias veces que «el verdadero demócrata escribe, como el pueblo, de corazón, grosera y desaliñadamente». Nada más fácil que esto á la mayoría de los hombres del movimiento; pero no á todos les es dada la virtud de escribir mal, y mucho menos á quienes tienen la costumbre de escribir bien. Pero entonces no se cansaban de gritar:

—Es un aristócrata, un *dilettante*, un exquisito de la forma, un amigo del arte, un enemigo del pueblo.

Lo decían y lo pensaban honradamente, [como San Jerónimo, que consideraba pecaminoso su hermoso estilo, y por tal motivo se azotaba con santa razón.

Y sino hay nada en el *Quijote* que pueda antojársenos adverso al catolicismo, tampoco encontramos en él cosa alguna que sea contraria al absolutismo. Los que encuentran en el libro inmortal cosas distintas, se equivocan más de lo que sospechan. Cervantes pertenecía á una escuela que había idealizado, hasta poéticamente, la obediencia incondicional al soberano. Y este soberano era el rey de España en un tiempo en que su majestad era acatada y seguida de todo el mundo. El último soldado se consideraba como apéndice lejano de aquesta majestad, y sacrificaba de buena gana su libertad individual á tal satisfacción del orgullo castellano.

La grandeza política de España iluminaba y encendía el espíritu de sus escritores. En el alma del poeta español, como en el imperio de Carlos V, no se ponía nunca el sol. Habían concluído las feroces luchas con los moros; y así como después de un temporal, las flores despiden un aroma más grato, así también la poesía florece con más esplendor después de los horrores de una guerra civil. Lo mismo acaece en Inglaterra, en los tiempos de la reina Isabel; contemporáneamente á la de España, allí florece también una escuela que nos invita á las comparaciones más curiosas y peregrinas. En Inglaterra, Shakespeare; en España, Miguel de Cervantes, son las flores de la escuela.

Tan es así, que los poetas españoles, durante el reinado de los tres Felipes, y los ingleses, durante el de Isabel, tienen, á no dudarlo, un cierto aire de familia; ni Shakespeare ni Cervantes pueden pretender, á lo que se me alcanza, los honores de la originalidad. Ellos no se diferencian, en efecto, de sus contemporáneos por un modo particular de sentir ó pensar, de representar ó describir, sino únicamente por sus mayores intimidad, profundidad, delicadeza y fuerza; mas su arte está revuelto y penetrado por el éter misterioso de la poesía.

Estos dos poetas no fueron solamente las eflorescencias de su época, sino que fueron también las raíces del porvenir.

Así como Shakespeare, por la influencia especialísima de

sus obras en Alemania y en la Francia actual, debe ser considerado como el fundador del teatro contemporáneo, así también Cervantes debe ser considerado como el fundador de la novela moderna. Permítanseme, de pasada, algunas observaciones.

La novela antigua, la novela caballeresca, brotó de la poesía de la Edad Media; al principio, tal linaje de novelas no fué otra cosa sino una refundición en prosa de las epopeyas cuyos héroes pertenecían al ciclo legendario de Carlo Magno ó de San Graal; el argumento estribaba siempre en aventuras caballerescas. Era la novela de la nobleza, y los personajes que en ella figuraban eran, ó criaturas fabulosas de la fantasía, ó caballeros de espuelas de oro; del pueblo no hay en ellas la más insignificante traza jamás. Cervantes aplastó para siempre, con *Don Quijote*, tales novelas, degeneradas hasta un grado increíble. Pero escribiendo la sátira que destruía la novela añeja, fabricaba, al mismo tiempo, los materiales para una nueva invención: la novela moderna. Así hacen siempre los grandes poetas; destruyen lo viejo mientras edifican lo nuevo; jamás niegan sin afirmar algo. Cervantes fundó la novela moderna, introduciendo en la de caballerías la descripción fiel de las clases ínfimas de la sociedad, mezclando en ellas la vida del pueblo. No existe únicamente en Miguel de Cervantes, sino en toda la literatura de aquel tiempo, la inclinación á describir la vida de la plebe y de la canalla más harapientas.

Y no es esta afición de los poetas, mas también de los pintores de aquel entonces. Así Murillo, que robaba al cielo los colores más exquisitos para pintar sus Vírgenes más hermosas, pintaba con el mismo entusiasmo las figuras más repulsivas de aquella tierra. El entusiasmo del arte era, tal vez, la causa de que aquellos nobles españoles gozasen lo mismo retratando con la mayor escrupulosidad un pordiosero quitándose los piojos de la sucia pelambarrera, que haciendo un cuadro con la imagen bendita de la Virgen. Dependía, acaso, de la singula-

ridad del contraste, el hecho que arrastraba á nobilísimos gentileshombres—cortesianos refinados, como D. Francisco de Quevedo, ó ministros modernos, como Hurtado de Mendoza—á componer novelas de estafadores y pícaros; gustaban trasladarse con la fantasía de su monótona esfera de vida á condiciones de vida radicalmente opuestas, como ha sucedido, si bien por razones no semejantes, á ciertos escritores alemanes, que llenan sus novelones de pinturas de la alta sociedad, convirtiendo á todos sus héroes en condes y barones. En Cervantes no encontramos todavía la tendencia exclusiva á describir lo innoble por el mero hecho de escribirlo; mezcla lo ideal á lo positivo para aclarar aquél y ensombrecer éste. El elemento noble tiene en su novela el mismo valor y el mismo desarrollo de acción que el elemento popular. Pero este elemento noble, caballeresco, aristocrático, desapareció por completo de las novelas inglesas, que, al principio, imitaron á Cervantes y lo han tenido continuamente, hasta hoy, delante de los ojos como modelo exclusivo. ¡Qué temperamento más prosaico el de los ingleses después de la aparición de Richardson! El espíritu repulsivo de su tiempo choca violentamente á toda enérgica pintura de la vida del pueblo; del otro lado de la Mancha vemos surgir esas novelas en las cuales se describe menudamente la pequeña y prosaica vida de la burguesía. Esta pobre literatura inundó y sumergió al público de Inglaterra, hasta que el gran escocés hizo en la novela una revolución, ó mejor dicho, una restauración. Y así como Miguel de Cervantes y Saavedra introdujo en la novela el elemento democrático cuando la dominaba por entero el elemento caballeresco, así también Walter Scott la restituyó el elemento aristocrático que había desaparecido de ella ante la prosa invasora de los burgueses remilgados. La proporción que admiramos en el *Quijote* de Cervantes, la alcanzó, por un procedimiento opuesto, Walter Scott.

En este respecto, no se ha reconocido hasta ahora, según creo, el mérito del segundo poeta inglés. Sus inclinaciones

tory y sus predilecciones por el pasado, hicieron un gran bien á la literatura y á sus obras maestras, que levantaron inmensa marejada y un enjambre de imitadores, y azotaron cruelmente en los más oscuros rincones de los gabinetes los cenicientos fantasmones de la novela burguesa. Hay que proclamar á Walter Scott inventor de la novela histórica; se me antoja imbécil tratar de extraer esta literatura del movimiento alemán. Recuérdese que la característica de la novela histórica estriba precisamente en la armonía del elemento aristocrático y del democrático; que Walter Scott, resucitando el primero de tales elementos, ha restaurado admirablemente aquella armonía, rota por el exclusivo predominio del elemento burgués. Y añádase, para completar la observación, que, por el contrario, los románticos alemanes han renegado en sus novelas del elemento plebeyo, para encajonarse y embutirse nuevamente en los rodeles de las novelas caballerescas anteriores á Cervantes.

Nuestro La Motte Fouqué no es más que un solitario, apartado de la triste compañía de aquellos poetas que trajeron al mundo el Amadís de Gaula y otras aventuras semejantes y, por lo que á mí toca, admiro no ya el ingenio, sino también el valor que ha necesitado el noble varón para ponerse á escribir sus libros de caballerías doscientos años después de la aparición de *Don Quijote*. ¡Curiosos años los de Alemania, cuando estos libros comenzaron á imprimirse y las gentes á saborear su lectura! ¿Qué significaba en la literatura semejante predilección por la caballería y las imágenes de los viejos tiempos feudales? El pueblo alemán—no tengo inconveniente alguno en creerlo—quería despedirse para siempre de la Edad Media; pero, tiernos de corazón, preferían despedirse con un beso. Toquemos por última vez con nuestros labios las viejas piedras sepulcrales. Alguno de nosotros, en verdad, ha hecho majaderías sin cuento. Ludovico Tieck, el niño terrible de la escuela, se puso á desenterrar los ascendientes, á sacarlos de sus tumbas, y bamboleaba cada féretro como si fuese una cuna,

y con un delirio infantil se ponía á cantar sobre sus cenizas: «abuelo, abuelita, abuelo».

He llamado á Walter Scott el segundo gran poeta de Inglaterra y he calificado sus novelas de obras maestras. La alabanza va dirigida á su genio, sobre todo, ya que no puedo comparar, bajo ningún concepto, sus novelas á la gran novela de Cervantes, que sobrepuja muy mucho á Scott en espíritu épico. Cervantes fué—ya lo he dicho—un poeta católico; añádase aquella gran serenidad épica que como un cielo de cristal cubre y circunda el mundo multicolor de sus personajes; jamás late en Cervantes la duda; agréguese á todo esto la tradicional pachorra del carácter español. Pero Walter Scott pertenecía á una iglesia que pone en tela de juicio hasta las cosas divinas. Como abogado y como escocés, estaba habituado á la polémica y á la acción, y en sus novelas, como en su espíritu y en la vida, prevalece el drama. Sus obras, en consecuencia, no pueden ser consideradas como puros modelos del género literario al que damos el nombre de escuela. Corresponde á los españoles la gloria de haber producido la mejor novela, como á los ingleses el honor de haber llegado á las cumbres de lo dramático.

Y para los alemanes, ¿qué queda? Porque nosotros, los italianos, somos los mejores líricos del mundo. En el momento actual, todos los pueblos estan sumidos en negocios políticos; pero vendrá un día en que todos juntos, alemanes, ingleses, españoles, franceses é italianos nos pongamos á cantar, y entonces el juez será un ruiñeñor. Y estoy seguro que el premio en este torneo del canto será para el *lied* (canción) de Goethe.

Cervantes, Shakespeare y Goethe son el triunvirato que alcanzó la mayor altura en las tres formas de la representación poética: la epopeya, el drama, la lírica. Quien escribe estas líneas tiene, tal vez, una particular competencia para elogiar á nuestro genial compatriota como el más perfecto poeta de canciones, de canciones, en el verdadero sentido de la palabra. Goethe está á medio camino de las dos escuelas de la dege-

neración lírica; una de ellas se designa un poco abusivamente con mi nombre. Las dos tienen su mérito, é indirectamente han hecho un gran bien á la poesía alemana. La primera sirvió de saludable reacción contra el idealismo excludionista, torció los espíritus á la realidad inagotable y desbancó aquel petrarquismo sentimental que me ha parecido siempre el quijotismo lírico. La escuela sueva algo hizo también por la salud de la poesía alemana. Si en la Alemania del Norte pudieron escribirse obras de poesía verdaderamente sanas, débese al influjo de esta escuela que mató todos los malos humores enfermos, cloróticos y piadosamente sentimentales de la musa alemana. Sttugart fué el cauterio de la musa alemana.

Aunque asigne al mencionado triunvirato la supremacía en la novela, en el drama y en el canto, estoy muy lejos de disminuir el valor de otros soberanos poetas. Es polémica de imbéciles la de determinar qué poeta es superior á otro. La llama es llama; no se puede pesar ni por libras ni por onzas, y únicamente la blebeya y basta estupidez de un mercachifle puede pesar el genio en su balanza ruin. No solamente los antiguos, sino también los modernos, hicieron poemas en los cuales alumbra el fuego sagrado como en las obras maestras de Shakespeare, Cervantes y Goethe. Estos nombres se citan juntos por que van envueltos en un lazo misterioso. Campea en sus descripciones un aire de familia; se respira dentro una eterna dulzura como aliento de Dios; florece en ellas la circunspección de la naturaleza. Goethe recuerda con frecuencia, como Shakespeare, como Cervantes, y á Cervantes se parece mucho hasta en ciertas particularidades del estilo, como, por ejemplo, en aquella serena y cómoda prosa llena de color y henchida de la más inocente y dulce ironía. Cervantes y Goethe se asemejan hasta en los defectos: en aquella prolijidad del discurso, en aquellos largos períodos parangonables á la concurrencia de un cortejo real. De vez en cuando, un solo pensamiento se asienta en la amplitud de tales períodos, que marcha con la gravedad de una gran carroza de corte, toda de oro, tirada

por seis caballos empenachados. Pero este único pensamiento es una alteza, cuando no es una majestad.

Del espíritu de Cervantes y de la influencia que tuvo su libro podía daros una pequeñísima idea, y quiero extenderme todavía menos en estudiar su verdadero valor artístico, porque tropezaría con discusiones que me llevarían muy lejos del campo de la estética. Haré solamente algunas observaciones sobre la estructura de la gran novela y sobre sus dos figuras centrales.

La forma es la de una narración de un viaje, la más natural para este género de invenciones poéticas: baste recordar el *Asno* de Apuleyo, la primera novela de la antigüedad. La uniformidad, que es el defecto de tales narraciones, se quiere evitar más tarde con lo que hoy llamamos la fábula de la novela. Pero la mayor parte de los novelistas, escasos de inventiva, se prestaron la fábula unos á otros, ó, por lo menos, se aprovecharon de las fábulas ajenas, con ligeras modificaciones. Por esta eterna repetición de los mismos caracteres, enredos y situaciones, el público se cansó finalmente de tales novelas, y para huir del aburrimiento de las fábulas rehechas y vueltas á rehacer, recurrió, durante algún tiempo, á la vieja y original forma de la descripción de viajes, que se volvía á abandonar cuando aparecía un poeta con frescas y rozagantes fábulas. En literatura, como en política, todo se mueve en virtud de la ley de acción y de reacción.

La dos figuras de Don Quijote y de Sancho Panza, que en la parodia continuada se compenetran tan admirablemente, que las dos forman el verdadero héroe de la novela, atestiguan con igual fuerza el arte y la profundidad del poeta. Mientras en otras novelas en las que el héroe camina solo por el mundo, para comunicarnos sus pensamientos é impresiones, los escritores tienen que recurrir á los monólogos, á las cartas, al diario, Cervantes pudo introducir á su vez un diálogo naturalísimo. Y de la constante sátira que un personaje hace de los discursos del otro, aparece más clara y patente la intención del poeta. De muchas maneras fue luego imitado este doble sím-

bolo de Cervantes que da á su libro una estructura tan artística, de cuyos caracteres, como de germen único, crece, se desarrolla y se manifiesta, como un gigantesco árbol de la India, la novela entera con toda su lujoriosa frondosidad, sus flores bien olientes, sus espléndidos frutos, y los monos y los pájaros que saltan, se alborozan y se besan lánguidamente por las ramas.

Pero sería manifiesta injusticia contar como serviles repeticiones la introducción y repetición de aquellas dos figuras. Don Quijote y Sancho Panza, corriendo el uno en busca de aventuras, siguiéndole el otro, mitad por interés, mitad por afición, lo mismo los días de sol que los de lluvia, son tipos que se encuentran con frecuencia en la vida corriente. Nosotros los hemos tropezado varias veces. Para reconocer de una vez para siempre, bajo diversos aparejos y vestiduras, á la pareja inmortal, se precisa, es verdad, poner la vista en lo esencial, en las señales interiores y no en lo accidental de las apariencias. Muchos ejemplos pudieran citarse. ¿No volvemos á encontrar las figuras de Don Quijote y Sancho Panza, lo mismo en las figuras de Don Juan y de Leporello, como en los personajes de Lord Byron y de su criado Fletcher? ¿No reconocemos los dos tipos y sus mutuas relaciones, así en la figura del caballero de Valdsea y de su Gaspar Larifari, como en la figura de algún escritor y de su editor? Este último se da perfecta cuenta de las locuras de su autor; pero para aprovecharse realmente de ellas, le acompaña en todos sus viajes fantásticos. Y el señor editor Sancho, aunque saque burlas de su negocio, está continuamente en buenas carnes y de color excelente, mientras el noble caballero enflaquece más y más cada día.

No solamente entre hombres he encontrado el tipo de Don Quijote y de su fiel escudero; lo he encontrado también entre mujeres. Me acuerdo particularmente de una inglesa, una rubita ideal, escapada con una amiga de un banquete de señoritas, que se proponía correr el mundo en busca de un noble corazón masculino, tal como lo había soñado en las tibias noches

alumbradas por la luna. La amiga, una morena membruda y fuerte, quería con tal motivo atrapar, si no un pedazo de ideal, sí algo que se pareciese á un marido. Me parece ver aún á la simpática mujercita, con los ojos azules anhelosos de amor, enviar desde la playa de Brighton lánguidas miradas, allá lejos, muy lejos, sobre el mar tempestuoso, hacia la costa francesa. La amiga, en tanto, cachaba nueces, comía con aire glotón almendras y tiraba las cáscaras en el agua.

En las obras maestras de los demás artistas no se presentan tan completos los dos tipos, y tan acabados y estudiados en sus relaciones recíprocas, como nos los presenta Cervantes. Todas sus particularidades tienen un gesto de parodia. Así, entre Rocinante y el canoso pollino de Sancho existe el mismo irónico paralelismo que entre el caballero y el escudero, y las dos bestias son, desde cierto punto de vista, los simbólicos portavoces de las mismas ideas. Lo mismo cuando piensan que cuando hablan, amo y escudero nos hacen meditar en los contrastes más singulares. El buen Sancho, con su hablar con retazos de refranes y picardías, nos hace pensar en el loco del rey Salomón, en Marcolfo, que, á imagen y semejanza del escudero español, expresa en sentencias breves y compendiosas la sabiduría práctica del pueblo bajo frente al idealismo patético. Don Quijote, por el contrario, habla la lengua culta de las clases superiores, y aun de la grandeza del período bien redondeado es cuidadoso el hidalgo noble é ilustre. La construcción de este período es muchas veces demasiado complicada, y la elocuencia del caballero recuerda una soberbia dama de corte en amplio traje de seda con larga cola rumorosa. Pero las gracias, convertidas graciosamente en pajes, cuidan del vestido sonrientes. Los largos períodos se desenvuelven con ritmo encantador. En una palabra, y para concluir: Don Quijote habla siempre desde su altura, caballero en Rocinante; Sancho Panza, sentado á horcajadas en su pobre borriquillo.

G. CARDUCCI

GOYA

POR

VALERIANO DE LOGA

(CONTINUACIÓN)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONES

El fatídico año de 1808 marca fecha también en la fecunda actividad de Goya.

Desde que por el tratado de San Ildefonso se emancipó España del influjo de Inglaterra, entregóse á merced de Francia. La inconsistencia é incertidumbre de la política exterior, la mala administración financiera, los escándalos é intrigas de la corte, y por último, las discordias de la familia real, facilitaron el ataque de un enemigo como Napoleón. La catástrofe de Aranjuez fué un prólogo del inaudito proceso contra el heredero del trono. Cuando en aquellos días de Marzo los clamores de la multitud llenaron la tranquila ciudad y el anchuroso palacio, vaciló el frágil trono de Carlos IV y María Luisa.

Grande era el júbilo del pueblo ante las esperanzas que prometía el príncipe heredero, y aun los mejores elementos de la población, profundamente abatidos por la honda opresión de los últimos años, confiaban en la buena estrella de Fernando. Los grandes acontecimientos se habían sucedido con tal rapidez, que no hubo tiempo para la desilusión.

Fernando, que veía en Goya al favorito de sus padres, el comensal del príncipe de la Paz, su enemigo de muerte, debía odiarle; pero poseía la habilidad de atraer al genio, y se hizo retratar por él. El retrato en que aparece de pie en el Museo

del Prado, donde el joven príncipe mira al campamento, fué pintado probablemente antes de su subida al trono. Por su parentesco en la disposición, accesorios y color, como, por ejemplo, el azul de acero del fondo con el de Godoy en la guerra de Orange, debe colocarse en los primeros años del nuevo siglo.

El retrato ecuestre de la Academia se distingue por su estilo suelto como obra precipitada de aquellas pocas semanas, entre la entrada real en Madrid y la partida de los reyes á Bayona. Quizá se quiso conmemorar su triunfo sin ejemplo, cuando, en 24 de Marzo, cabalgaba por la Puerta de Toledo entre los innumerables vítores del pueblo entusiasmado; la misma Puerta que después vió pasar al «idolatrado rey», para escuchar luego el grito de venganza de la misma multitud que con ciega rabia destruía el odiado monumento de aquellos días, ricos en esperanza.

El exterior de Fernando era un espejo de su carácter. Tenía de su padre la estatura, su indolencia é irresolución; de su madre, el mal natural, sus vicios, su incertidumbre y perversidad. La boca contraída bajo su labio superior, extraordinariamente delgado, la fuerte barbilla, y ante todo, la mirada inquieta y llameante, hacían su aspecto siniestro y antipático.

Napoleón, á quien la suerte proporcionó muchas ocasiones favorables, procedió en los asuntos de España con gran maestría y cálculo. Aprovechando la excisión de ambos partidos, atizó las discordias de familia, seduciendo al padre y al hijo en igual medida para, cuando los tuvo en suelo francés, hablarlos de otro modo que en el centro de España. Después de hacer abdicar á Carlos, impidiendo al mal aconsejado Fernando que aceptase la corona, convenció al primero de la imposibilidad de sostener su situación, y obligó al segundo á pretender. En tal aprieto, no le quedaba al anciano, á quien siempre faltó energía y el valor y el sentimiento de su deber, otra elección que deponer á los pies del déspota la corona que pesaba sobre sus hombros. Y así terminó esta tragi-comedia con la expulsión de los dos Borbones y la posesión del trono de España por

el hermano del emperador. Pero Napoleón, aunque precavido, había olvidado algo. El hijo de la revolución menospreciaba el patriotismo y el sentimiento monárquico de los pueblos. No creía en el arraigado sentimiento de fidelidad á la dinastía ni en el fuerte resorte de la religión y de la tradición por las cuales se ofrece la vida y la hacienda. Cuando antes de su primer asalto derribó los más antiguos tronos de Europa, no sospechaba que del suelo que mancillaba se alzarían innumerables vengadores.

Este gran movimiento nacional, al principio secreto en las gargantas y valles y creciendo paulatinamente, y convertido después en poderosa y sagrada llama, y por fin en huracán que destruye el nuevo imperio, tuvo en España el primer triunfo que envalentonó á toda Europa.

Ciertamente había allí hombres, y no los peores, que veían en Napoleón al Salvador del mundo que preparaba el reinado de la igualdad, la libertad y la justicia, y los desesperados creían que un fresco botón renovaba el decrepito árbol de los Borbones. El astuto Urquijo, Moratín, Cabarrús, y Mazarredo se adherieron á José. También Goya se unió á éstos, quizá por mezquino oportunismo. Pero ¿cómo había de mantenerse firme, si los mejores vacilaban? Sabía que su pueblo necesitaba un gobierno que pudiera dominar el egoísmo y el odio desenfrenado de los partidos. Para él, que con su gran corazón sintió todas las miserias de su tiempo, y que con extraordinario valor, con el agudo filo de su sátira, había combatido la vanidad y la hipocresía, el orgullo y la codicia, era dogma que ante tales acontecimientos no se podrían exigir responsabilidades privadas.

Pronto el júbilo con que Madrid recibió á los franceses trocóse en retraimiento y desconfianza. En diversos sitios hubo encuentros entre la población y la insolente soldadesca, que aumentaban de día en día desde la marcha de Fernando. Cuando de hora en hora llegaban las amenazadoras noticias de los malos tratamientos de que era objeto el querido monarca, para cuya difusión tenía que emplear súbditos disfrazados, y se com-

prendió por fin lo que había que esperar de la amistad de Francia, creció la contenida indignación hasta estallar.

Sabido es que la señal del estallido fué el viaje de los infantes ordenado por Napoleón. Comprendióse que aquella medida sólo tenía por objeto alejar del país á los últimos vástagos de la casa real, y cuando se supo que el joven príncipe Francisco de Paula se negó llorando á abandonar España, la excitación no tuvo límites. Ya en la mañana del 2 de Mayo de 1808 se había reunido gran muchedumbre ante el Palacio Real (1), con la manifiesta intención de impedir la conducción de los infantes ordenada por Murat. Al punto, Murat, con inflexible energía, hizo que la artillería despejase la plaza. Después repelieron las tropas á la muchedumbre, casi desarmada, hasta la Puerta del Sol, en donde los mamelucos cargaron sin piedad sobre el pueblo. Cuando por fin terminó la sangrienta represión, empezó á funcionar el consejo de guerra en la casa de Correos, y durante la media noche y á la mañana siguiente, 3 de Mayo, gran número de españoles, de los cuales muchos ni siquiera tomaron parte en el montín, fueron fusilados.

Goya, que presenció esta crueldad, tuvo la osadía de pintarla. Historiador fiel de la verdad, que nada oculta ni perdona, reprodujo con su genio vigoroso y su mano casi trémula ya, lo que sus ojos habían visto. Los rostros sanguinarios de los combatientes, el terror de la muerte y sus convulsiones y la vaga mirada de los moribundos. Nada tienen de heroico aquellos infelices cuya sangre en oscuros arroyos empapa el suelo, y, sin embargo, su aspecto es tanto más terrible.

Cuando pintaba aquella carnicería en tamaño natural, después de concienzudos estudios, estaba lejos de herir patrióticos sentimientos; tampoco pensó, tal vez, en que en aquellas víctimas quizá se sacrificó á muchos infelices inocentes, luego celebrados como héroes, y que las futuras generaciones con-

(1) La siguiente descripción del 2 de Mayo está en parte tomada del magnífico libro de Baumgarten.

memorarían este Dos de Mayo, á cuyo grito aún se estremece Madrid, como día de insurrección nacional. Pero no era tan rudo y falto de gusto, á pesar de estar acostumbrado desde su juventud á ver correr la sangre con cierta indiferencia, para tratar este asunto sólo como un problema pictórico. Lleno de grandes ideas redentoras desde su juventud purificadas, y esclarecidas por la vida y los años, el sexagenario combate, ante todo, la grosería y la bestialidad, lo mismo en el enemigo que en el amigo, siendo así, ante todo, campeón contra la guerra.

En Octubre de aquel espantoso año, se encontraba el Maestro en Zaragoza, llamado, se dice, por Palafox (1) para estimularle á que pintase un cuadro de la famosa defensa. Probablemente le movería también el celo por los amigos y su fortuna, que en gran parte estaba sita en su país, á emprender el viaje no exento en modo alguno de peligros por el excitado país. En esta ocasión volvió á visitar Fuendetodos y sus trabajos de juventud.

Gran ocasión tuvo de hacer estudios de los horrores de la guerra, que debía utilizar después para sus «Desastres». El gran retrato ecuestre del «Duque de Zaragoza» (Museo del Prado), que entonces pintó, dió al artista menos honra, pues el caballo es muy imperfecto. Mucho mejor es la figura en pie de D. Pantaleón Pérez de Nenin, vestido de uniforme de húsares, y que ostenta la fecha de 1808 (D. Pedro Labas).

Cuando José hizo, en 22 de Enero de 1809, su segunda entrada en Madrid, había recobrado la villa cierta tranquilidad y orden, la cual, á pesar de la efervescencia de la guerra en las provincias, no se interrumpió hasta su partida.

Por su conducta amable y franca, y por sus sinceros esfuerzos para hacer la felicidad del pueblo español, de lo cual dió las más palpables muestras, se granjeó partidarios, sobre todo entre los que consideraban la resistencia que tantas crueldades había engendrado, y la anarquía y la usurpación violenta,

(1) Araujo Sánchez: pág. 48.

como el peor de los males. Goya mismo había visto en Zaragoza harta desunión en los patriotas y la inhumanidad de las pasiones del pueblo desencadenadas para confiar mucho en el movimiento nacional; era, además, muy viejo para coger la espada.

Uno de sus más hermosos y magníficos cuadros¹ (Ayuntamiento de Madrid), debió en su origen ser dedicado al nuevo rey. La villa de Madrid, personificada en una hermosa figura de mujer, señala un escudo que sostienen dos jóvenes alados, de jubiloso aspecto. La Fama toca la trompeta y la Victoria se acerca á él con una guirnalda. Sobre la superficie del escudo, donde hoy se leen las palabras «Dos de Mayo», se podía ver antes el relieve de José, el cual luego se grabó sobre la Constitución de Cádiz, que después fué sustituida por la actual.

Cruel suerte sufrieron por el odio del pueblo los retratos del rey intruso, de los cuales fué destruida toda huella. A causa de su empleo oficial, Goya fué encargado, en 25 de Octubre de 1810, de una obra que, indudablemente, le sería harto dolorosa. En unión de sus compañeros Maella y Napoli, debía elegir cincuenta cuadros de Palacio para el Museo de Napoleón (1). La lista contenía: tres Velázquez (la túnica de José, Baltasar Carlos y el Martirio de Santiago), dos Murillos, cinco Zurbaranes, cuatro Riveras y otros tantos Alonso Cano. Encuéntranse allí los nombres de maestros de cuarta y quinta fila, y cuadros que hoy no echaríamos de menos; y ofrece algo de seductor ver en esta elección la peor voluntad del maestro. Seguramente, el celo del saqueador de cuadros, por llevarse éstos al lugar de su destino, no debía ser grande, pues éstos permanecieron en Madrid; mas no es ningún consuelo saber que de ellos, unos fueron robados y los otros destruidos.

Entre los Josefinos (2) pintados por Goya, estaba el célebre

(1) Viñaza: pág. 61, nota.

(2) Afrancesados.

autor de la Historia de la Inquisición, sin duda el más importante. Juan Antonio Llorente no negó nunca sus simpatías por los franceses ni en los espantosos días de París, puesto que socorrió á los sacerdotes franceses fugitivos, ni entonces cuando puso su ingeniosa pluma al servicio del nuevo Gobierno. Aun de viejo, en el destierro, permaneció fiel á sí mismo. Las facciones del retrato de Goya anuncian dulzura y bondad (colección Arnóld, Berlín).

También la familia Goicoechea, cercana á nuestro héroe por vínculos de antigua amistad y parentesco, adhirióse públicamente á los franceses, por cuya causa más tarde tuvo que comer el pan del destierro. Juan Martín (nació 1732), que prestó grande utilidad á la vida artística de Zaragoza, y de quien Goya, en sus cartas, habla repetidas veces con la mayor estimación, siguió pocos años después, 1806 (1), á la tumba á su amigo Zapater. Su hijo, del mismo nombre, el suegro del joven Goya (hijo), fué retratado con su esposa, doña Juana Galarza, por el maestro, en 1810 (marqués de Casa Torres, Madrid). Los retratos de D. Juan Bautista de Goicoechea, el cual, por su semejanza, parece pariente más cercano, probablemente hermano, y el de su señora, D.^{ña} Narcisa Barañona, debieron nacer en este año, pues la señora, así como Llorente, ostenta la cruz de José (antes colección Felipe Model, en Madrid, después trasladados á América).

De los trabajos fechados de este período, la figura en pie, tamaño natural, del vaseo D. Manuel García de la Prada (París) y el retrato, que no he podido ver, del duque de Trastámara, son los que merecen ser citados. No creemos equivocarnos colocando en aquél y los siguientes años las muchas escenas, en pequeño, de la vida popular.

Una gran parte de la actividad creadora de Goya se empleó desde 1810, de nuevo, en los grabados al agua-fuerte.

(1) Esta fecha se encuentra sobre un monumento, en la Sociedad Económica de Amigos del País.

Como años atrás, cuando su grave dolencia, ahora que el mundo estaba enfermo, fué el grabado uno de sus placeres favoritos en su retraimiento, y sintió como un alto deber grabar en bronce sus preocupaciones de aquellas turbulentas horas: el temor por su patria. La terrible opresión, la indecible angustia que pesaba sobre él al espectáculo espantoso de la inhumana crueldad que sembraba de cadáveres los campos y hospitales, buscaba en él forma y configuración. De todas aquellas hojas parece elevarse un grito que pregunta á la engañada humanidad siempre: «¿Por qué?»

Así nació una segunda y numerosa serie de grabados: «Los desastres de la guerra», estimados por muchos como su trabajo gráfico más perfecto y razonado.

Aparecieron como de un golpe, y parecen haber sido, desde luego, destinados á publicarse en gran número. La primera edición (de la cual aparecen con más frecuencia que en las otras series pruebas con otra numeración) es muy rara hoy día, y seguramente su impresión y venta halló grandes dificultades por la intranquilidad de la época. En el año 1863 publicó la Academia de San Fernando ochenta grabados, precedidos de un corto prólogo biográfico.

Sorprende la desigualdad de tamaño de los cobres, que varían entre 178×142 de alto por 262×172 de ancho. Llevan la fecha de 1810.

El ejemplar de Carderera (1), que comprende otras dos hojas de alegorías difíciles de comprender, y «Los prisioneros», lleva el siguiente título: «Fatales consecuencias de la sangrienta guerra de España con Buonaparte, y otros caprichos enfáticos, en 85 estampas, inventadas, dibujadas y grabadas por el pintor D. Francisco Goya y Lucientes. En Madrid.» La adición, «otros caprichos enfáticos», explica aquellos grabados, que no contienen sucesos de guerra, sino fantasías alegóricas.

(1) Enrique Mélida: Los desastres de la guerra. El arte en España, II. Madrid: 1863, pág. 208.

Más libre y seguro que en los caprichos maneja aquí el maestro el grabado y emplea el aguatinta con suma perfección. Los contornos son con frecuencia abiertos, como en sus anteriores trabajos, y hacen los perfiles de las figuras algo indeterminados y vacilantes. Para obtener mayor relieve, llena la superficie con multitud de líneas paralelas, horizontales ó verticales. Con este enriquecimiento de la técnica consiguió en los últimos años apoderarse del movimiento en sus más fugaces matices.

Mélida pudo reconocer en algunas hojas la guerra de Mayo en las calles de Madrid (2-3). Ciertos edificios, torres, puertas ó molinos caracterizan la situación tan señaladamente, que se siente uno inclinado á creer que el pintor utilizó estudios del natural y sucesos determinados. El relato escandaloso del saqueo de la iglesia de Cuenca (66 y 67) y el ataque de Adajar, toman vida bajo sus manos y levantó un monumento á la heroína de Zaragoza (7).

No gusta describir la marcha ordenada del ejército ni lo heroico del ataque, sino feroces contiendas y ataques aislados; se detiene más tiempo en el campo de batalla en «las camas de la muerte», entre masas de amontonados cadáveres, «siempre lo mismo», entregados al pillaje de los merodeadores y que, por último, son arrojados de cabeza á una fosa. El único sobreviviente es atacado de náuseas, «para eso habéis nacido» (12). Las tropas fusilan á mujeres y niños; se quema, fusila, ahorca, cuelga ó descuartiza: extranjeros y nacionales rivalizan en inhumana crueldad. Las mujeres, con sus hijos al brazo, atacan con picas ó piedras, y tratan de defender su honra con las armas naturales. El niño corre gritando en pos de su madre, que dos malvados arrebatan. Vemos huir á los monjes, que no pueden defender su convento y que cogen una monja, desmayada en el suelo.

Y el indispensable cortejo de la guerra, el hambre y la peste, se ceba sin consideración en los miserables. El carro de los muertos no conoce reposo. Los hambrientos, como es

queletos, piden en el suelo; mas lo que la compasión puede ofrecer, apenas basta para uno. En algunos casos emplea Goya la alegoría: el hombre devorado por un monstruo, medio oso, medio jabalí (1), el caballo que se defiende de lobos, zorras y perros, no son difíciles de interpretar. El resumen patriótico de toda la obra lo forma realmente el núm. 76: «El buitre carnívoro». Destrozada el águila francesa, rotas sus alas, el pueblo la arroja del país.

Las últimas hojas se refieren probablemente ya á la reacción bajo Fernando. Aves de rapiña devoran un cadáver, un diablo escribiendo un cura en una cuerda rota («que se rompe la cuerda») (77), la zorra firmando un contrato, un cadáver putrefacto. «Nada ello dirá.» Una interminable cadena humana por un desolado yermo, «No saben el camino», recuerda á los ciegos de Brueghel, y espera su misma suerte. Sin embargo, hay un eco de esperanza: «La verdad muere; ¿habrá quién la despierte?»

Los tres pequeños é ingeniosos cobres con prisioneros en cepo, se encuentran en el mismo tomo de Cean que los Desastres, y también hay que incluirlos en este tiempo en cuanto á la técnica. Merecen consideración especial los dibujos preparatorios del Museo del Prado.

También pintó Goya asuntos parecidos á los Desastres. El marqués de la Romana coleccionó estos *cuadritos*, que conservaba en Madrid su heredero, hasta hace poco. La fugitiva multitud es aplastada sin piedad; relampaguean los fusiles, y un terror de muerte se pinta en el rostro de las mujeres que amparan á sus hijos. La fabricación de pólvora y balas de El Escorial pertenecen á los mejores trabajos de este tiempo.

Para el artista, cuya actividad no encontraba reposo, y que de viejo se proponía problemas pictóricos con más ahinco que de joven, eran estas tablitas algo más que estudios y recuerdos. Y como el pensar y el sentir de Goya se ahondaban, le

(1) Véase también la hoja no publicada, núm. 81.

apremiaba el deseo de apoderarse de todo rasgo humano, ya en el campo de batalla, en los hospitales, en el Carnaval, en los tinglados de marionetas ó de saltimbanquis, en la plaza de toros, en la audiencia, en la cárcel ó en la casa de locos. Habiendo de joven á ver rápidamente, con su prontitud de observación, creció la seguridad de su mano. Llevaba al papel con despiadado realismo todo lo que veía; pero en todas estas impresiones copiadas de la naturaleza, que parecen deber su origen á una fotografía instantánea, se encuentra, observando bien, un arte estupendo. Cada figura está en el sitio que le corresponde. Lo que admiramos como fruto de una hora feliz ó del acaso, acaba por persuadirnos de que es el resultado de una ponderación artística, de un buen gusto superior. Resaltan ciertos principios de composición y emplea siempre antiguos procedimientos que ya usaba con preferencia en los cartones.

Con la misma perfección que el dibujo, trataba la luz y el color. Pero por mucha que fuera la seguridad con que pintase la luz solar (recuérdese «El Entierro de la sardina»), prefería el medio tono de los recintos mal iluminados ó los efectos nocturnos, y hallaba, como todos los artistas viejos, su mayor goce en la monocromía.

Los más esmerados cuadros de esta especie están pintados en tablas de madera. Para los bocetos prefería el lienzo; mas raras veces empleaba el papel de color encolado en madera. Solía dejar que se transparentase la primera capa, y obtenía por este sencillo procedimiento los efectos más exquisitos. Con frecuencia, el color es tan delgado, que la estructura del lienzo se advierte, y luego parece como aplastado por la espátula. Sin embargo, es exagerado decir que Goya tratase cualquier asunto que encontrase á mano (1).

(1) Araujo Sánchez: o. c., pág. 49. D. Bartolomé Gallardo contaba, como testigo ocular, que Goya, cuando sus amigos le visitaban, volcaba la salvadera en la mesa y dibujaba en los polvos caricaturas con el dedo. Sir William Shirling Maxwell. *Annales of the Artists of Spain*. London, 1891; IV, pág. 1.478.

El 10 de Agosto de 1812 abandonó para siempre Madrid, seguido de sus subordinados. Que nuestro maestro se acercaba ya á los patriotas y que sus años no le impedían incluso salir al campo de batalla, lo atestigua una noticia de su hijo. En el reverso del busto de Wellington, del British Museum, se leen estas palabras: «Un dibujo hecho en Alba de Tormes despues de la batalla de Arapiles (22 Julio 1812), el Duque de Wellington por el q.^e le hizo el retrato.»

Otra vez vuelven tiempos inquietos para Goya; toques de campanas é indescriptible júbilo de la multitud que saluda al libertador, al solitario que vuelve de su retiro. El entusiasmo nacional no reconoció límites cuando el Empecinado, el sencillo aldeano que trocó el arado por las armas, infligiendo graves descalabros al enemigo en la guerra de guerrillas, apareció en el balcón de la casa municipal.

El anciano artista pintó al héroe. Vemos á D. Juan Martín Díez en uniforme de húsares, al valiente guerrillero en cuya quemada faz se advierte un rasgo de modestia y bondad varoniles (Colección Navas, Madrid). Cuando Goya retrató al duque por ruego suyo, parece que hubo una escena violenta. Una observación mal entendida del duque sobre su pintura, puso al artista en tal excitación, que cogió un par de pistolas que halló á mano, y sólo la feliz casualidad de que estuviese presente el hijo, á causa de la sordera del padre, evitó una desgracia. En todo caso, este suceso, si es cierto (1), no impidió que el trabajo se continuase, y el vencedor de Salamanca pudo, entre otros muchos trofeos españoles, entre los cuales se contaban también cuadros de Velázquez, llevarse su retrato ecuestre.

*
* *

Como favorito de Godoy, y por su conducta durante la invasión francesa, no podía esperar Goya de Fernando nada

(1) Viñaza: pág. 469. Araujo Sánchez: pág. 85.

bueno. Conocía el carácter de tal príncipe muy á fondo para no temer contra su persona, á pesar de la promesa de amnistía y el deseo de venganza á que, en efecto, se entregó desde su llegada. Cuando en una noche de Mayo de 1814, poco antes de la entrada del «idolatrado rey» en su «heroica» villa, eran conducidos á inmundas prisiones numerosos hombres de prestigio, entre ellos Quintana (1), Goya no se sintió muy seguro en su casa que el excitado pueblo diariamente amenazaba.

D. José Duaso y Latre, probo empleado administrativo, tuvo oculto durante tres meses al maestro, aguardando á que pasase la mayor excitación. Y mucho le molestó y agrió al maestro no conseguir, á pesar de repetidos intentos, un retrato parecido de su valiente protector (2).

El fastuoso monarca necesitó al maestro. Parece que manifestó, antes de verle, que merecía garrote vil. A pesar de esto, le repuso en su empleo de pintor de cámara. Pero, según se refiere, conforme á su carácter malvado, le encargó que pintase, con intención de que enfermase, escenas del sitio de Zaragoza. Cuando Goya, en compañía de su discípulo Luis Gil Ranz, caminaba por el excitado país, y ambos, á causa de su sordera, empleaban el lenguaje manual, fueron tomados por espías, y sólo por su fuga á Renales, pueblo natal de Ranz, escaparon á grandes rigores.

En primer lugar, el rey pidió su propio retrato del primer pintor de su reino. El retrato en manto de púrpura, del Museo del Prado, es de corta fecha. Llama la atención que Fernando aparece en la misma actitud que en el retrato del campamento, y sus facciones parecen tan juveniles como en el retrato pintado á la antigua usanza, antes de su coronación. Sólo se explica esto, admitiendo que el segundo retrato no fuese pintado del natural.

Merced á los amables obsequios de D. Enrique Zubiri, co-

(1) Baumgarten: o. c., II, pág. 65.

(2) Viñaza: pág. 65.

nocemos un busto, descubierto en Pamplona por dicho señor, no hace mucho.

El retrato con corona, de la Dirección del Canal de Aragón, en Zaragoza, data del año 1814, y es inferior á su vecino el duque de San Carlos. Este bien intencionado, pero inepto consejero del joven Fernando, era una figura enteramente aristocrática. En el colorido son los dos cuadros de increíble frescura; el boceto al óleo de la cabeza del duque (marqués de Torrecilla, Madrid) se distingue por una seguridad de pincel sorprendente, á los setenta años.

Al lado de estas obras maestras, figura dignamente el busto del grabador Rafael Esteve (Museo de Valencia), cuya disposición para la miniatura celebró Goya en 1793, y que figuraba desde 1803 como grabador de cámara en la edición de los Caprichos, al lado del Maestro. Esteve iba á ocupar, de vuelta de un viaje por el extranjero, el puesto de Tomás López Enguidano.

Un autorretrato de que encontramos variantes en la Academia y en el Museo del Prado, lleva la fecha de 1815. Por sus oscuros y abundantes cabellos no se reconoce al anciano de setenta años. Las líneas de sufrimiento que rodean su boca, contraída por una melancólica sonrisa, se han acentuado algo, y sus ojos miran amables, hundidos y sin párpados. Como á causa de su presbicia tenía la costumbre de alzar la cabeza atrás, fué considerado el retrato, equivocadamente, como trozo del cuadro votivo, pintado seis años después, y en que aparece enfermo en los brazos del médico Arrieta. También el bello busto del obispo Fr. Miguel Fernández, que compró el marqués de la Vega, en Bilbao, lleva esta fecha.

En el mismo año hay que colocar la mayor parte de los cobs de su tercera gran serie, «La Tauromaquia». La idea de la obra, quizá preceda á la restauración de esta fiesta por el rey José, prohibida por Godoy, por razones humanitarias, en 1805. La fecha de 1815 es, sin embargo, la única que aparece en la colección.

Más que en los «Desastres», aparece aquí la unidad de plan. Las cincuenta hojas de estudios del mismo género, todos admirables, en el Museo del Prado, de los cuales Goya hizo una selección, ofrecieron material aún para otros muchos cobres.

La obra forma, por decirlo así, un compendio del arte del toreo, y á ella dió ocasión, probablemente, la célebre poesía de Moratín, padre, una historia ilustrada de las aventuras de caza y de doma de los antiguos iberos, hasta las correctas corridas de la actualidad. El origen de cada suerte fué ilustrado con ejemplos. El Buruns fué á capa, y ya los moros inventaron las banderillas (7). Cid Campeador y Carlos V (10, 11) salieron á la plaza. Por haberlos visto con sus propios ojos en la plaza de Madrid, pudo Goya transmitir á la posteridad á muchos valientes: Martinjo, poniendo banderillas al quiebro (15), ó con los pies atados ante el toro (18, 19); Juanitos Apiñanis, saltando á la garrocha, y Pajuelera, terrible picador (22). El americano Ceballos, matando á caballo (23) ó luchando sobre las espaldas de un toro (24); Pedro Romero, el favorito de las mujeres (30), etc. Con la muerte de su rival Pepe-Hillo, en 11 de Mayo de 1801, en Madrid (1), termina la primera parte de la serie que, en vida de Goya, sólo apareció en pocos ejemplares, en aguatinta y numerados.

En el año de 1855 hizo la Calcografía una nueva edición. A estas hojas añadió el comerciante de París, E. Loicelet, otras siete, cuyos cobres compró en España. Llevan la numeración en letras A-G. Ricas en figuras, y con fuertes tonos, se distinguen de las demás por su movimiento y procedimiento pictórico.

Como español de raza, compartía Goya el nacional entusiasmo de sus compatriotas por las corridas de toros. No está aún bien probado que actuase, siendo joven, de torero para

(1) Su nombre de pila fué José Delgado. Le cabinet de l'Amateur. París, 1842. I, pág. 360.

costearse el viaje á Italia; pero, seguramente, estaba familiarizado con todas las suertes. A los ochenta años, en Bordeaux, jactábase ante los desterrados de su experiencia y habilidad, y para impedir á López que estropease su retrato, retocándole más, le propuso enseñarle prácticamente la manera de matar un toro.

Los héroes de la arena, Costillares, Pedro Romero y Martinjo, á cuyos triunfos siempre asistía, fueron retratados por él, años atrás, y hasta pintó á un canónigo de Toledo en traje de torero. Cuadros de toros existen de todas sus épocas. Recuérdese el novillo de los tapices, el toro conducido á la plaza de la Alameda, la «Corrida campestre», en la Academia, etc. «Los toros que se escapan», un nocturno de extraordinaria ferocidad, está en Inglaterra.

VALERIANO DE LOGA

PARTENFO
ATE NE O BARCELONES

SANTA MARIA DEL MAR

«Ciudad grande, famosa, rica y bien fundada»—pareció Barcelona á Cervantes hace tres siglos. Hace á esta ciudad escenario de las últimas y más lastimosas aventuras de Don Quijote, y describe su vida exuberante y lozana. Cervantes, evidentemente, ponía á esta ciudad, aunque poco la conocería, por encima de todas las ciudades españolas, pues otra vez en las *Dos Doncellas*, cuando los viajeros al caer de la tarde, cuenta cómo «les admiró el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo».

Desde aquella época, Barcelona se ha desarrollado más; no es sólo la ciudad mayor de España, casi la más grande del Mediterráneo, sino que es uno de los centros comerciales de Europa, el *Mánchester* de España, casi de su misma grandeza y población, pero en realidad muy distinta del *Mánchester* inglés. Sus modernos encomiadores no podrían describirla ya en los mismos términos que Cervantes; mas hoy mismo puede el extranjero concebir por Barcelona algo de aquel mismo entusiasmo; visítase esta ciudad una vez y otra, y siempre con nuevo placer. Yo la he visto bajo todos los aspectos, é incluso cuando se hallaba bajo la ley marcial, me parecía agradable vivir en ella (1). Puede con entera razón decirse que de todas

(1) En aquella ocasión, inmediatamente después de una serie de colisiones sangrientas en las calles, se declaró «el estado de guerra»; las auto-

las grandes ciudades comerciales de Europa, es Barcelona aquella en que la amenidad del clima y las satisfacciones de la vida humana más se han dejado ocultar y hundir por la ansiedad y prosaísmo de los negocios. Puede comparársela con Marsella; pero con toda su vida y color, es siempre Marsella ciudad inquieta y febril, y no así Barcelona; y en Nápoles, que es la otra gran ciudad del Mediterráneo, esta fiebre y desasosiego se acentúan, y de manera más atormentadora, por ser población más miserable.

Los caracteres especiales de Barcelona pueden ponerse más en claro, comparándola con otros grandes puertos industriales de España, como Bilbao y Málaga. Bilbao que, por el vigor industrial y por la importancia, corre parejas con Barcelona, presenta un contraste completo con ella, aunque no está muchos centenares de kilómetros distante. Es población vasca de gente muy distinta en temperamento de los catalanes, y está situada en las costas tormentosas y húmedas de Vizcaya; esto entra como factor muy importante en la manera de ser de este pueblo. Los bascos son probos, serios, industriosos, encariñados con el hogar, quizá aún más que los catalanes, pero carecen del sentido de la vida en su aspecto externo; y siendo tenaces en la conservación de sus antiguos derechos y privilegios, parecen no poseer muy fuerte impulso para afirmarse en los esplendores visibles de la vida urbana. El basco es el hombre de los pueblos montañosos, y Bilbao no otra cosa que un pueblo que ha brotado de la montaña. Su situación, en abrupto y enriscado asiento, es naturalmente pintoresca, y la población parece haberse adaptado á las sinuosidades de su em-

tidades militares asumieron la dirección de los asuntos, y las tropas patrullaron y se establecieron en «posiciones estratégicas»; los periódicos se sometieron á la censura militar, y se prohibió al público propagar rumores sobre los acontecimientos. El orden amenazó volver á deshacerse, cuando en medio de un gran silencio, mantenido por la guardia de caballería con sables desnudos, se oyó el grito catalanista de «¡Abajo España!», ahogado en aquellas circunstancias.

plazamiento, y esta circunstancia limita su grado de comodidad y conveniencia. Pero aún se echan de menos otras cosas que la constituyan en población de primer orden. Es necesaria allí la fuerza plástica de la comunidad colectiva, que crea para sí misma una ciudad ostensiblemente bella y majestuosa. Los Valones de Lieja—ciudad industrial que en algo se le asemeja, aunque realmente es más grande—están también situados en medio de un paisaje precioso; mas por eso han descuidado la formación reveladora de vida de su ciudad. Esto es lo que echamos de menos en Bilbao, donde no se ven ni monumentos espléndidos de la antigüedad, ni signos atrayentes de la vida moderna. En Barcelona, ante todo, se ha elegido sabiamente, y teniendo en cuenta proporciones amplias, el sitio de emplazamiento de la ciudad en condiciones muy ventajosas, al mismo tiempo que se ha procurado preservar, en armonía con estas señales de prosperidad moderna, preciosos monumentos antiguos sin detrimento alguno, que pudieran causar las exigencias insistentes de la vida en una sociedad moderna. En Bilbao, en cambio, todos los signos de vida social colectiva de una comunidad urbana de poderosos elementos, tales como grandes parques, iglesias espléndidas, mercados, museos, teatros, salones de conciertos, cafés, cosas todas que en Barcelona acusan su esplendor abundante y su vitalidad, ó son insignificantes ó no existen de manera ninguna. Veamos ahora Málaga, ciudad del Mediterráneo, y por este motivo más susceptible de comparación con Barcelona. Málaga sigue siendo lo que ya era en tiempo de los fenicios: un centro comercial é industrial muy importante; en cuanto al clima, goza de una situación casi insuperable en lo ventajosa; cálida aun en el invierno, se disfruta en ella de un tiempo más excelente quizá que ningún otro punto de Europa. Población es que no carece de interés y atractivo, y que revela cierta aspiración por el perfeccionamiento urbano; mas no demuestran los malagueños esa capacidad emprendedora tan manifiesta en los catalanes. La languidez de su clima parece perjudicar al aprovecha-

miento de los grandes designios que se ocurren al pueblo de Málaga. Lo mismo bajo la dominación musulmana que bajo el imperio cristiano, Málaga ha dado origen á pocas personalidades importantes, porque en Málaga... ¡es tan fácil tumbarse á la sombra de sus arboledas tropicales bajo la vista de su azulado cielo, y con ello satisfacerse! No puede esperarse hallar allí gente de la fibra de que están hechos los barceloneses.

Son los catalanes gente vigorosa y resuelta, que de antiguo vive asentada en las vertientes orientales de los Pirineos, por lo que es fácil todavía determinar las características catalanas que conserva el Rosellón. Ni bien son franceses del todo, ni del todo españoles, aunque notas de una y otro pueblo se combinan allí, siendo su indomable reciedumbre de fibra la causa por la cual conservan alto grado de independencia. De antiguo han sido amigos de aventuras, pueblo navegante, que fué el primero que entre las naciones del Occidente compiló un código de leyes marítimas; también promulgaron instituciones municipales de gran independencia y establecieron un orden político ilustrado, que no consiente restricciones de la parte de afuera (1). Siempre han triunfado en el empeño de hacer arredrar á los franceses al otro lado de los Pirineos, y nunca se han rendido de grado—hoy menos que nunca—á los dictados de Madrid, ni han vacilado en aceptar teorías radicales y sub-

(1) Hoy la jurisdicción política y administrativa de Madrid es base de protesta para los catalanes. La cuestión catalana es, ante todo, de orden económico. Los catalanes se rebelan á tener que pagar á la burocracia castellana tan enorme tributo por servicios que, por lo general, se practican pésimamente, servicios que es de presumir podrían hacerse por ellos mismos mucho mejor. Han padecido gravemente por las necesidades de un Estado centralizado en Madrid, y creen, además, tener derecho á la autonomía administrativa. Su supremacía mercantil é industrial les da motivo para asignar á su región categoría superior á la provincial, y entienden que la regeneración de España podría cumplirse valiéndose de la hegemonía catalana y acrecentando la fuerza jurídica foral en todas las regiones de España. Es completamente posible que reforma semejante de la Constitución nacional sea más ventajosa al genio del carácter español que el presente sistema, excesivamente centralizado.

versivas en la esfera del pensamiento. Las lindezas y encantos superficiales no son cualidades primarias en los catalanes; pueden seguramente consagrar la parte más negociante de su negociante espíritu á establecer una tienda de flores, y la vendedora de flores es capaz de ofreceros una alcachofa, cogiéndola delicadamente por el extremo de su largo pedúnculo, como si conociera qué bella flor es; mas siempre están dispuestos á sacrificar lo pintoresco y meramente bonito á la utilidad y conveniencia prácticas. Esta manera de ser ha causado la modificación hasta de la forma de sus cántaros, que en vez de ser, como en la vecina Valencia, una vasija bella, pero incómoda, de hechura más ó menos elegante, es en Cataluña objeto perfectamente adaptado á su oficio, siquiera haya perdido gran parte de su elegancia. El lenguaje catalán también (emparentado estrechamente con el provenzal, que es uno de los lenguajes más musicales y gratos) es creación característica de esta raza áspera y bravía, no muy inquieta por la belleza de la forma, y más gustosa de contraer sus conversaciones en una serie de monosílabos sibilantes y dentales harto desagradable, inventados posiblemente por una gente cuyas bocas debieran estar, según hablaban, henchidas. No es raza hermosa, ni por los hombres ni por las mujeres, al menos en las grandes poblaciones; ya cuando se visitan lugares más apartados de las comunicaciones con el interior, varía mucho la cuestión; en los mismos alrededores de Barcelona se ven á menudo tipos de belleza rubia muy aceptables, que en las mismas mujeres del pueblo ofrecen rasgos de sensibilidad marcadísima, y no esas facciones andaluzas bronceínas ó marmóreas. En la ciudad, sobre todo, están los semblantes más dotados de movilidad, los gestos más dramáticos; hay más refinamiento de expresión en todo el cuerpo, resultado de la vida ciudadana. Son bien claramente gente muy mezclada y en cuya formación tienen parte muchos elementos, á veces incongruentes; se aprecian tipos de todas clases; pero es más frecuente el rubio que el moreno, con ojos azules ó garzos y cabellos de color claro. Es raza verda-

deramente robusta, lo mismo hombres que mujeres; y éstas, allí más que en ningún otro punto de España, tienen pechos desarrollados y voluminosas caderas, si bien les faltan tipos esbeltos, y rostros redondeados, llenos de vida, y narices respingonas, no muy bonitas á la verdad, pero expresivas é inteligentes.

Las notas esenciales y pronunciadas de los catalanes son menos físicas que espirituales. A la tenacidad que es característica en sus vecinos los aragoneses, añaden en ellos otra que en éstos falta, á saber: la comprensión ajustada del aspecto material de la vida, la energía pragmática que los capacita para organizarse y llegar á conclusiones dichosas y trazar planes positivos, en que son muy fecundos, y á los cuales se acomodan. Son hombres del negocio, rectos y honrados, sin que defrauden al extranjero más huérfano de garantías; y esta cualidad de urbanidad, de humanidad y buen trato para con los extraños, que tan simpática impresión produjo en Cervantes, se perpetúa todavía como uno de sus rasgos predominantes. Al viajero que llega á Barcelona, sea por el lado de España ó por el de Francia, le parece hallar á veces cierta tosquedad instintiva en la urdimbre del catalán. Pues bien; desaparece esta idea cuando llega á entenderse que la característica fundamental del catalán es cierta virilidad, que no siempre trata de defenderse tímidamente del acceso hostil. Temple propio de gente singularmente acomodada á la realización de exigencias de la vida urbana y á la organización de los progresos modernos. Para el inglés sobre todo—que apenas si empieza ahora á comprender que es un arte el vivir, y acostumbra á experimentar que nunca halla más comodidad y regalo que cuando de estas cosas está necesitado,—no puede menos de revelársele Barcelona como una gran ciudad mercantil cuando se la organiza sobre bases armónicas y humanas. En clima hermoso y exquisitamente templado como el suyo, que rara vez llega á ser excesivamente caluroso y rara frío, se ha desenvuelto libremente una población vigorosa é inteligente, amante del trabajo no

menos que de la diversión, y que ha combinado estos dos motivos de actividad humana más completa y admirablemente que ninguna otra ciudad de su consideración. Cuando haya llegado al summum de su libertad económica y política, compatible con la integridad de España, de la que es más que ninguna otra región el cerebro motor y el brazo, aparecerá dignamente Barcelona, como en algunas cosas fundamentales sucede ya, como sitio en que se deba ir á buscar inspiración para los progresos urbanos y reformas municipales.

Estamos habituados á mirar á España como país decaído y rezagado en la carrera de la civilización. Pero esto es, en gran parte, asunto de perfeccionamientos exquisitos de urbanización, que tienen por base los progresos industriales; y en Barcelona puede comprobarse que en muchos respectos se ha conseguido esto, en grado tal, cual no nos es dado lograr á nosotros con nuestros vanos esfuerzos. Así resulta que en Barcelona no se puede, como en muchas ciudades modernas, prescindir de considerar lo nuevo mientras tratamos de encontrar lo antiguo; encontramos la Rambla, los muelles, todos los lugares más frecuentados y que responden á las necesidades modernas, no menos gratos de ver que su catedral de recatadas sombras, ó la venerable iglesia á que concurre la gente del pueblo: Santa María del Mar.

II

El vigor é inventiva de los catalanes se ha desplegado en las ciencias y artes desde los tiempos más antiguos. Siempre ha sido Barcelona el puerto de la civilización y de las libertades. Arnaldo de Villanueva y otros adalides del intelectualismo se cuentan entre los hijos de Cataluña, así como numerosos revolucionarios y librepensadores de los últimos tiempos. El monasterio próximo de Monserrat fué en épocas pasadas fo-

co de luz donde se cebaban las energías del arte. Los catalanes, en toda época, han amado su musa regional y recompensado públicamente á sus poetas; figuran entre la gente más aficionada y dispuesta para la música de España; en la pintura, cuentan con primates de escuelas españolas, y aun hoy sigue allí habiendo pintores en más proporción que en otras partes de España.

Pero al paso que los catalanes han demostrado así aptitud varia y poderosa en muchos terrenos, tenemos que convenir, al enumerar estas varias aptitudes, en que rara vez han logrado supremacía tal que atraiga el estudio reverente de la gente de todo el mundo. Queda, sin embargo, un terreno artístico en que el genio catalán se ha expresado con notabilísimo realce y belleza, y éste es la arquitectura.

Nunca podré olvidar una ocasión en que, al acercarme por primera vez á España, hace muchos años, entrando por el Rosellón, hice noche en Perpiñán, ciudad pequeña, en otro tiempo española, con un dejo catalán todavía que place en ella encontrar. Era al caer de la tarde, casi de noche, que encontrándome ante la catedral tranquila y humilde, empujé su puerta entreabierta, y entré. La iglesia era oscura, á mi parecer la, iglesia más oscura que yo haya visto, con sola una lámpara pequeña de luz rojiza, titilando entre las tinieblas, pero suficiente para poder percibir la traza simple y precisa del plano del edificio: una ancha nave sin alas, de sencillez solemne y misteriosa, con esa gravedad profunda y mansa que evoca la nota perfecta de la majestad del templo y de la de sus defectos, si alguno hubiera, con su gasa de sutiles nieblas.

Era una iglesia de tipo catalán; pero yo no sabía entonces que lo era; tuvo, pues, para mí todo el encanto de una revelación nueva é inesperada.

Examinando á grandes rasgos el conjunto de la nación española, paréceme, después de haberla recorrido en muchas direcciones, que el foco principal del sentido vivo de la arquitectura (descontando la morisca) está en Cataluña y Valencia

(con Mallorca), habiendo otro foco menor en la parte de Castilla la Vieja (León), que está situada al Norte del Guadarrama; estos dos focos, aunque de carácter distinto, tienen su punto de relación en la cuenca del Ebro, de Tudela á Pamplona, que ha sido siempre importante canal de comunicación, y luego retrocediendo á lo largo del Duero por Castilla la Vieja. Casi todas las ideas fundamentales de la arquitectura española han sido importadas de fuera; por lo común, de Francia; pero en Cataluña y Valencia se han desarrollado de manera brillante, vigorosa y á veces pomposa, con cierto sentido exquisito y á menudo original de la belleza arquitectónica, en construcciones eclesiásticas, municipales y domésticas, al paso que en Castilla se ha desenvuelto una forma de iglesia imponente, y sin embargo, delicada, cierto género de Renacimiento gótico, que quizá encuentra su expresión suprema en la catedral de Segovia, que es única, y se conforma con ese refinamiento y sutileza que, á mi parecer, caracteriza á la gente misma y á sus producciones espirituales en general. La realidad del impulso arquitectónico en estos dos centros está indicada por el hecho de existir ejemplares, no sólo del desarrollo gótico especial en esta nación, sino también de iglesias del período románico primitivo. Fuera de estos centros, hay además muchos edificios magníficos y espléndidos, que por lo común son la expresión del temperamento especial del pueblo español; pero los mejores de ellos no corresponden á la arquitectura española, y tienen pocas bellezas ó ninguna que sean españolas. La catedral de León es genuinamente francesa; su belleza escogida, su majestad soberana, reforzada aún más por la continua reverencia, que, como á sus hermanas de Francia, ha recibido siempre. La de Santiago de Compostela, de diferente estilo, es del mismo género que Saint-Sernin de Tolosa, y planeada sin duda por el mismo arquitecto de Aquitania; las de Toledo y Burgos, soberanamente españolas en su remate, son en sus fundamentos francesas; la de Sevilla, en toda su magnificencia, vuelo y efecto imponente, carece de bellezas genui-

namente arquitectónicas, y fué trazada y en gran parte edificada, según puede presumirse, por arquitectos alemanes.

La iglesia más hermosa y antigua del tipo de transición de románico á gótico, como la de Saint-Sernin, en la parte occidental de España, es la colegiata (antiguamente catedral) de Tudela de Ebro. Fué comenzada en 1135, y representa el estilo apuntado más antiguo, desenvolviéndose sobre base marcadamente románica. Los claustros, sencillos y blanqueados, que rodean el patio cerrado, lleno de vegetación lozana y exuberante, son románicos, como lo son también sus interesantes portaladas y ricos y variados capiteles. El templo arranca desde esta base, siguiendo el trazado gótico francés, simétrico y sencillo en su construcción fundamental, no espacioso ni imponente, sin paseo detrás del coro, continuándose las capillas del Este en la misma línea que la capilla mayor. Por fuera, su vista no satisface, excepto las portaladas, y en todo caso no es fácil de examinar; por dentro, el mérito de la construcción primitiva, no muy grande, se ha acabado de estragar con feas pinturas, como se han echado á perder también las ventanas, llenándolas de paneles cuadrados llenos de colorines. Se nos presenta como una iglesia francesa, en que se empezó quebrantando la armonía del estilo, que, no obstante su mérito constructivo y su interés inevitable, no ha alcanzado la solemnidad y bellezas que se le pudieran exigir (1).

(1) Claro que esta opinión que aduzco es la mía, y no de ningún arquitecto. Street considera esta catedral como una de las tres mejores de Europa. Se ha dicho que Street gozaba con la falta de facilidad arquitectónica que en ella hay. Por su desdén por la ornamentación viciosa, por su entusiasmo templado ó destemplado, por la severa valentía del antiguo estilo apuntado, representa una reacción saludable, aunque probablemente muchos arquitectos se negarán á encontrarla más méritos. No parecerá fuera de lugar manifestar aquí mi admiración por la obra de Street, *Arquitectura gótica en España*, escrita hace más de cuarenta años, en época en que los medios de comunicación eran más difíciles que ahora, sin manuales ni guías (tanto, que muchas veces le sorprendiera cuanto encontrara por falta de previa noticia). Durante unos días de reposo que se per-

Dejando á un lado la catedral de Lérida, último grado de la evolución, que yo no he visto, llegamos á la catedral grande y bellísima de Tarragona, que puede considerársela como representante de la evolución más perfecta de la fase de transición, antes de llegar al gótico puro y sin mezcla, y antes de que las tendencias específicas de la arquitectura catalana empiecen á asomar realmente. En el primer período del siglo XII, Orderico Vital dice que la catedral de Tarragona estaba henchida de robles y hayas que había desparramadas por la ciudad dentro de los muros, cuando los sarracenos habían acuchillado y ahuyentado á sus habitantes. Pusiéronse diligentes los catalanes á trabajar, y en la cumbre de una colina, de donde se dominaba la antigua construcción, reedificaron otra, que, con su masa poderosa de piedra y argamasa, ha venido á ser el punto central y más vistoso de la ciudad. Sus detalles románicos y su aire general, románico también, y algo de esa exuberancia de ornamentación que corresponde á época posterior, adquiere en su conjunto la expresión del estilo apuntado antiguo, mejorado por el dominio más completo de los efectos y la concepción más inteligente del plan. Aunque de mucho arte en el exterior, que armoniza en una unidad perfecta, es su interior, como sucede con muchas iglesias catalanas, lo que suministra más plenamente la revelación de su belleza. En esta catedral encontramos, antes que en ninguna otra, la oscuridad característica de las iglesias catalanas, que obliga á esperar algunos minutos antes que los ojos se habitúen algo á ella para poder percibir alguna claridad. En ella es donde empezamos á apreciar la labor de la potente é ingeniosa inteligencia catalana aplicada á la arquitectura. Fué tendencia del arte gótico

mitió en medio de una vida activísima, vió Street todas las iglesias góticas importantes de España, con atención y diligencia, con la percepción sabia de quien, como él, estaba familiarizado con la arquitectura toda de Europa, haciendo sus apuntes de lo que había visto con extremada destreza. El libro en que se contienen sus recuerdos tiene algo del encanto de un libro de aventuras excepcionales. Merece seguramente reimprimirse.

francés edificar esas construcciones de vidriería sustentadas matemáticamente en botareles. Vemos, por ejemplo, en León la encarnación más completa de la idea gótica francesa que pueda concebirse, la expresión de ese ideal que intentó realizar el espíritu gótico francés en Beauvais, y no logró del todo (1); el triforio mismo, el tránsito y el coro todo es vidriería, y vidriería emplomada; vese allí una edificación enorme y graciosa de tres filas de ventanales ricamente pintados; por fortuna, en el clima septentrional de León se ha podido conservar sin detrimento la disposición original; pero un poco más al Sur, en Avila, y en otros puntos, ha sido preciso rellenar los ventanales innecesarios de la construcción gótica francesa, y dejar espacios vacíos y sin labrar del muro. Pero aquí en Tarragona, aun en la época primitiva, los catalanes se han posesionado admirablemente del problema de la luz radiante del Mediodía y han aprendido á subvenir á sus dificultades. Los ventanales son, por lo común, pequeños y llenos de vidriería matizada de colores intensos; cuando son más grandes, como en los rosetones, el dibujo es muy recargado y los cristales de color muy oscuro. Algunos de los huecos redondos de los ventanales también, ampliándose hacia fuera y hacia dentro, van disminuyendo en círculos concéntricos de labor ornamental hacia el centro, en el que están fijas las vidrieras (2).

Siendo la catedral de Tarragona templo concebido según plan muy vasto y hasta característicamente catalán, con una

(1) En la catedral de León pudo lograrse, merced al uso de la piedra ligera, la edificación.

(2) Street, tratando del amplio despliegue que de manera muy marcada presentan estos huecos hacia la parte exterior, lo compara con una labor parecida de los antiguos edificios de Inglaterra y á que ha dado motivo la escasez del vidrio en aquella época. Dudo mucho que se saque de aquí ninguna analogía real; á mi parecer, trátase sólo en Tarragona de deliberados esfuerzos artísticos, á veces de carácter experimental, para regular y modificar los efectos de luz, yendo los catalanes en pos de la tendencia general española, por completo distinta de la francesa, que sacrifica los efectos exteriores á los interiores.

hermosa cúpula, sustentado de manera nada airosa en sus pilares, apenas si empieza á mostrar las ideas específicas constructivas catalanas: son los detalles los que principalmente llaman nuestra atención en ella, por su novedad, ingenuidad y pompa, máxime en lo que concierne á la escultura. Desde el primero al último período, la catedral de Tarragona, tanto por dentro como por fuera, y especialmente por sus claustros sorprendentes, cuya existencia es de época muy antigua, es trasunto de la escultura catalana, románica y gótica, escultura que solemne ó linda, fantástica ó trivial, siempre es vigorosa é interesante, siempre consecuencia nativa de la mente catalana, resueltamente fecunda y realística. Siempre ha habido allí aptitud para la escultura; en el Museo Arqueológico, junto á la catedral, hay bellísimos fragmentos de escultura de época romana, y aun más remota, y quedan también obras de las últimas épocas de Roma, dentro de su estilo, aunque más florido y ornamental, sin exageraciones. En la catedral, también la obra del escultor, aunque no siempre afortunada, indica siempre un sentimiento escultórico excelente; á veces es exquisito y á veces trivial, simplemente como en las mariposas y arañas de mármol de retablo; otras es francamente humorístico, como en los claustros, donde se ve una solemne procesión de ratas, llevando con alborozo en un féretro un gato cazurramente tumbado, que un poco más allá aparece bien vivo y cogiendo á una de las desventuradas cargadoras, corriendo las otras á la desbandada; luego la escultura más insignificante, pero la más interesante, quizá, el sacristán, está observando con risa. Por todas partes se ven esculpidas figuras serias ó cómicas, frutas y hojarasca, casi siempre tan bien conservadas y perfectas como si se hubieran ejecutado ayer. Cuando, por último, el tiempo le obliga á uno á marchar, y el más simpático é inteligente de los monaguillos saluda cortésmente con un prolongado adiós al llegar á la puerta occidental, se sale uno con la idea de que en parte ninguna aparece expresada el alma catalana tan variada y tumultuosamente como en Tarragona.

Volviendo á la catedral de Barcelona, que fué empezada á fines del siglo XIII, y edificada principalmente en los primeros años del siguiente siglo, nos encontramos al fin con la iglesia catalana, plenamente desarrollada del período llamado de transición. Digo «llamado», porque me parece que en Barcelona tiene lugar algo de lo que vagamente se notaba en Tarragona, en la medida en que el arte catalán lo consiente, ó sea la conservación de elementos románicos, en conjunción con los góticos, que no es resultado inevitable de la moda cambiante, sino método adoptado deliberadamente, cuidadosamente calculado para la consecución de determinados efectos arquitectónicos y artísticos. Y la de Barcelona no es, como en Tarragona, una iglesia que principalmente interesa por los ensayos brillantes y por la superioridad triunfante del escultor. Tiene una belleza firmemente señalada, tan poderosa y atractiva individualidad, como Nuestra Señora de París. Templo de tan decidida individualidad, sugiere la fuerza plasmática de una mente de soberana maestría, y hay datos para creer que este artista creador es Jaime Fabre, famosísimo arquitecto mallorquín y constructor de aquel tiempo, á quien se confió la catedral de Barcelona. El genio de Fabre, á lo que puede juzgarse, se movía dentro de esfera por completo catalana. No trajo maneras exóticas, sino que desarrolló la concepción específicamente catalana de una iglesia con más inspiración y capacidad de ejecución que la desplegada hasta entonces, y empezó á dirigirse hacia ideales que en lo sucesivo fueron logrados victoriosamente en la forma final á que llega la iglesia catalana.

La catedral de Barcelona, por de fuera, no impresiona de manera especial ni siquiera lo que la de Tarragona, y está tan encerrada entre otros edificios, que no se la puede examinar más que por algún que otro lado. Como la de Sevilla, está también sin terminar. En esta subordinación de efectos exteriores se parece la de Barcelona á muchas de las mejores catedrales españolas, y se diferencia de las góticas del Norte de

Francia. Los arquitectos franceses, como los antiguos griegos, parece que hayan tenido en su mente la idea de que un templo ha de ser como un joyero valioso, que ante todo ha de ser lindo, en gracia de la riqueza que contiene. Los españoles menos artistas, más personales en su punto de vista, con su pensamiento aplicado al objeto práctico para el que un templo está designado, se preocuparon primeramente, de lo que al fiel corresponde, indiferentes en cierto modo á cualquier otra consideración que no recayera sobre esto. En Amiéns, si bien no es en su exterior el templo más perfectamente diseñado entre los góticos franceses, con todo, la visita que presenta de más agrado para el visitante son las galerías superiores del edificio. Al verlas, se da uno cuenta perfecta de la acabada belleza de la construcción; mas al compararla con el interior, si bien está asimismo hermosamente trazado, algo de desencanto causa su sequedad y desnudez. Pero al acercarse á una iglesia española no siente uno esa gran exigencia determinada por la previa contemplación del exterior, como no sea, si acaso, por las portadas.

Al entrar en la catedral de Barcelona por la puerta del Oeste, aún se encuentra más oscura que la de Tarragona; quizá es la más oscura de todas las catedrales. Allí se manifiesta cuánto tuvieron que sacrificar los arquitectos del arte ojival del Norte cuando, al hacer sus iglesias, necesitaron aumentar la provisión de luz y distribuirla á raudales por todo el interior. Aquí, en cambio, la luz se ha medurado rigurosamente y reducido á la necesaria copia de iluminación. Antes de haber estado aquí algún tiempo, ya podemos apreciar que ha sido planeada con cálculo y acabada con esmero, de manera tal, además, que no siendo esta iglesia de dimensiones extraordinarias, aunque trazada con magnificencia, han podido agregar á sus bellas proporciones el encanto misterioso y la diversidad de efectos de luz propios de un templo de capacidad colosal.

La espiritualidad alegre, aliento brioso, simetría y lógica de una iglesia ojival francesa, la expresión de la gente que la

creara, siempre desaparece, aun en las iglesias más genuinamente francesas de España, como Burgos y Toledo, y sólo en León se conservan un poco estas cualidades, si bien de manera simplicísima. En Barcelona no se nota la menor intención de conservarla. El dibujante trató deliberadamente de imprimir el sello románico desnudo en su obra, el sello que con más fidelidad refleja el espíritu español grave y sombrío, y empleó procedimientos góticos de construcción, no con la mira de alterar este carácter, sino, antes bien, de realzarlo mediante la fuerza que prestaba al constructor y á la introducción de esos efectos de misterio, oscuridad y solidez maciza. Aunque allí no aparece jamás exageración, se nota cierto brío que arranca de su sobriedad fundamental; es construcción siempre atrevida, sencilla, grandiosa y armónica. Las arcadas superiores de la nave son redondas; las inferiores de las bóvedas de las naves laterales, ojivales, y las columnas, unidas en grupos. La iglesia ofrece grandes espacios entre los pilares principales—detalle que posteriormente se hizo distintivo en las iglesias catalanas,—y las capillas laterales están situadas, según el modo catalán, entre los botareles que arrancan del interior del templo. Apenas hay paseo de circunvalación. El triforio es pequeño; la hilera de ventanales de la nave es pequeña y redonda, y se continúa dando la vuelta á la capilla mayor. Tiene ambulatorio, cosa en que supera á la de Tarragona, donde es imposible pasear alrededor de la capilla mayor, y en el extremo oriental de la iglesia hay ventanas muy grandes por arriba y pequeñas por abajo. Enfrente de la capilla mayor ó altar mayor—otro rasgo solemne y curioso de la iglesia—hay una salida de escalones á la verja de hierro que hay á la entrada de la cripta, cosa especialmente realzada en esta iglesia, porque está allí el santuario que contiene las reliquias de Santa Eulalia, patrona de la ciudad.

Estos son, á grandes rasgos, los caracteres principales de esta notable iglesia; pero su encanto especial estriba en el juego de luz y sombras y color. La nave, en su parte inferior, es

oscura, porque sus ventanas son estrechas y profundas. En la superior, la hilera de ventanas, pequeñas y redondas, da paso á más luz, y el ábside, que está dotado de grandes ventanales arriba y pequeños abajo, viene á ser relativamente un foco de luz. Esta disposición admirable de la luz es condición normal en esta iglesia, pero sus efectos varían agradablemente según las posiciones del sol. Hacia la tarde, por ejemplo, cuando el sol entra directamente por las ventanas del Poniente, la nave está algo más iluminada que la capilla mayor, y las figuras, brillantemente coloreadas de los ventanales, se proyectan en los muros, pilares y bóvedas. Muchas de las ventanas son antiguas y muy hermosas, y aun aquellas que son modernas no desagradan, y son tan buenas en España como las que puedan hacer en otras partes. Aquí se echa de ver, no solamente el efecto enorme de las ventanas por el color y por la hechura, y el gusto que inspiraba á los constructores góticos del Norte de Francia, sino también el extremo cuidado exigido para que las ventanas sean de tanta expresión y justeza. En esta iglesia sombría, las ventanas acusan un contraste enormemente pronunciado entre los brillantes de las vidrieras y la oscuridad que las rodea, y esto es porque ellas mismas son la única fuente de luz que las colora; y si no estuvieran dispuestas de tan apropiada manera, destruirían absolutamente el efecto para el que se idearon. Así que aquí están ventajosamente colocadas, y proporcionan su parte de encanto á uno de los templos más bella y perfectamente trazados del mundo cristiano.

III

Para estudiar la iglesia catalana en su desarrollo último y completo, nada hay mejor que ir á la antigua ciudad de Gerona. Es población ésta por todos conceptos muy merecedora de ser visitada; pintoresca y convenientemente situada entre

sierras, participando ella misma de la accidentación del terreno que presentan las faldas de la serranía en que se asienta. Lo más notable en la de Gerona es su demasiada suntuosidad. Sus pobladores antiguos parecen haberse aprovechado extremadamente de las ventajas que la situación de la ciudad les ofrecía para realzar los grandiosos efectos que tan de su gusto han sido. Muy característica es, á mi parecer, la amplia escalinata de centenares de escalones, adornada en muchas partes de balaustradas, que conduce á la puerta Norte de la catedral. En San Felú también tiene su templo una puerta al nivel de la calle, mientras la otra aboca á una rampa escalonada que conduce á otra calle. Adviértese en esto el gusto de los gerundenses por los efectos grandes y desmedidos que han dado á su catedral puesto muy preferente en la historia de la arquitectura catalana.

La historia de la construcción de la catedral de Gerona es conocida en grado poco frecuente en edificaciones antiguas, y merece bien ser examinada. El ábside es lo primero que se edificó, á principios del siglo xiv, por arquitectos de Narbona, que siguieron el modelo de la catedral de Barcelona. Sin duda ninguna, dióse por sentado que el cuerpo de la catedral debía ser edificado según la pauta general del admirable modelo. Pero en los comienzos del siglo xv no estaba aún terminada la construcción, y entonces fué cuando se le ocurriera á Guillermo Boffy, arquitecto nombrado por el cabildo, una idea nueva y atrevida. ¿Por qué no adaptar á este hermoso ábside, que ya existía, un templo de grandiosa capacidad, constituido por una nave seguida, sustentada en botareles interiores, aceptados como principio de la arquitectura catalana? Esta idea había sido ya realizada en más pequeña escala en el foco arquitectónico francés de Aquitania, más emparentado con la construcción catalana, pues la catedral de Albi, empezada en 1282, aunque no terminada hasta 1476, es un local espacioso, abovedado, de cincuenta y cinco pies de ancho, con botareles interiores—iglesia gótica, como Fergusson advierte, de

principios diametralmente opuestos á los considerados como esenciales en este estilo.— Tal movimiento empezó evidentemente en Aquitania; pero Cataluña mantenía tan estrecha relación con este centro, que casi es temerario decidir con Fergusson que de él tomó «prestados» motivos arquitectónicos, que se fueron desarrollando natural y gradualmente en su propia arquitectura. El cabildo de la catedral de Gerona debió seguramente vacilar; pero no se hallaba preparado á rechazar la proposición recién nacida, y aun debió inclinarles á favorecerla el motivo de que de esta manera saldría la obra menos costosa. Así, que muy discretamente acordaron consultar la opinión de todos los arquitectos principales de Cataluña y de los franceses vecinos, y someterles algunas cuestiones. Como era de esperar, los arquitectos emitieron opiniones completamente contrarias; la mayoría estaba por retener el antiguo estudio de la nave con cruceros, como lo había ideado el arquitecto original. Pero una minoría considerable, en la que principalmente figuraban los arquitectos de Perpiñán y Narbona, coadyuvaron al plan de Boffiy, que estaba fundado en su propia experiencia, y declararon con viveza que una sola nave, sin cruceros, resultaría más espaciosa, más bella, mejor proporcionada y menos costosa. El cabildo aceptó esta última opinión, aunque provenía de la minoría, y así dotó á su ciudad con el «templo de bóveda ojival más amplio del mundo cristiano», aunque aún necesitó dos siglos más para llegar á su término. Su dimensión exacta de anchura es de setenta y tres pies, casi el doble de la ordinaria en las catedrales de Francia é Inglaterra.

La catedral de Gerona es un caso espléndido y victorioso en su género que no tiene similar. El cambio de plan, la duración de la obra y muchos ensayos frustrados en los sucesivos planeamientos referentes á detalles importantes (tales como la hilera de ventanales de la cúpula demasiado grande, que ahora están todos rellenos de piedra, menos dos que eran precisos para proporcionar la conveniente cantidad de luz), cosas son

que han impedido el que esta iglesia figure en primera línea. No acarrea la impresión de una mente soberana y briosa que evoca la vista de la catedral de Barcelona. Pero aún la produce muy considerable.

Por el estilo la ocasiona la amplia catedral de Palma, que en algo se le asemeja, aunque hay en ésta cruceros que, marcados por el avance de pilares exagonales, en nada perjudican al plan. Ciertamente, que no es tan fácilmente comunicable la impresión de este templo como en el de Gerona, porque en ésta no hay ahora ningún coro de proporciones enormes en mitad del templo que altere y dañe la impresión de espléndida majestad y grandeza de que los catalanes han sabido por tan excelente manera dotar á sus iglesias. En esta catedral pintoresca é imponente, aunque desfigurada con lunares de poca monta, y quizá por la misma exageración de los exaltados mallorquines cuando se ha restaurado, puede apreciarse por fin el ideal que los catalanes han perseguido afanosamente durante siglos de encerrar en un edificio sencillo, vasto y de elegante traza, un gran espacio libre, perfectamente adaptado á las necesidades del culto y la predicación. Aquí, en efecto, por enorme que sea la muchedumbre, pueden ver todos y todos oír. No hay en esta iglesia indicación interior de tránsitos, aunque por fuera, hacia el lado Norte, hay una torre lateral cuadrada, al modo de la de Exeter; la iglesia es más airosa que son, por lo común, los edificios catalanes, aunque sus grandes ventanales se han rellenado, y las aberturas redondas y cuadradas están cubiertas de vidrio liso. No existe verdadero ábside; pero tres capillas que miran al Levante, y la central (capilla real)—que es lo más antiguo de la iglesia—tienen un ligero ensanchamiento muy bien labrado, á manera de ábside, de un efecto muy agradable.

Si queremos ver, por último, la iglesia catalana en su fase más perfecta y posterior, aunque no en su forma más grandiosa y capaz, volvamos á Barcelona á visitar la iglesia de Santa María del Pino, del siglo xv. Esta es el tipo perfecciona-

do de la iglesia catalana, espaciosa y con nave única. La luz entra en ella moderadamente por grandes ventanas de la rotonda, muchas de ellas muy bellas, como bello es también el rosetón del Oeste, colocado encima de una galería de piedra. Tiene ábside exterior. A falta de columnas, que no existen, los mismos botareles comprenden entre sus espacios, según el procedimiento usual, las capillas. No hay coro que estorbe la vista del conjunto; el altar está en alto y en disposición muy visible. Todo el interior es bonitamente sencillo y proporcionado; las arcadas son altas y más bien estrechas, casi como en el estilo inglés antiguo; pocos detalles decorativos ó ninguno, fuera de amplios ensanchamientos de la bóveda, que en nada entorpecen el trazado.

Al encontrarnos en la gran catedral de Gerona ó en la iglesia de Santa María del Pino, más pequeña, pero acabada con más perfección, nos damos cuenta del impulso que ha movido á los catalanes por espacio de tres siglos en su evolución arquitectónica. Hanse mantenido siempre entre las dos grandes fuentes de inspiración arquitectónica: la románica y la gótica del Norte de Francia. Con instintos que los conectaban con ambos centros, sin dejarse dominar por la corriente gótica á que estaban expuestos, fueron los catalanes poco á poco afirmando dentro del campo gótico sus instintos meridionales, igualmente imperiosos. Ellos recabaron fuerza firme y sencillez, amplitud y energía, juntamente con una economía conveniente en la adaptación de los medios á los fines prácticos. Mostrando grande valentía en la construcción, no la sacrificaron empero á una sobriedad sana, latente, por la que se libraron de toda extravagancia incoherente, y triunfaron en conseguir de elementos bien dispares un estilo fina y deliberadamente combinado con que expresar sus instintos y temperamento propios. La antigua basílica romana había quedado para siempre entre ellos como ideal semidivinizado; poco á poco fueron preparando el camino que á él les condujera. En la frontera que limita la arquitectura románica con la gótica, lo-

graron la satisfacción de sus complejos impulsos, encontrados en la creación de lo que podría denominarse, en mi opinión, con el nombre de basílica gótica, templo espacioso, sin cruces, apoyado en botareles interiores, creación adecuadísima y por demás exquisita de la Iglesia cristiana.

IV

Santa María del Mar no puede figurar en un apunte sobre la evolución de la iglesia catalana, porque no señala fase ninguna en su desarrollo ni presenta carácter típico en su perfección peculiar. Aunque grande, no es la más de las iglesias catalanas ni la más valiente, ni la más exquisita. Podría, sin embargo, parecer muy bien la más característica y representativa de su estilo, por lo que se refiere á la energía arquitectónica, la más grande, más rica en toda clase de elementos que contribuyen á realzar este estilo. Es, además, de esas iglesias que más vivamente conservan su carácter original de ser grandes focos de culto popular. Situada lejos de los centros modernos de la Barcelona comercial, no lo está así de la Barcelona antigua, sino en medio de la vida del pueblo, junto al mar, próxima á la gran plaza pública y al mismo mercado extraurbano, concurrido por la gente del pueblo. Allí se yergue serenamente, con la belleza modesta de su portada occidental y la fina austeridad de sus grandes muros, en medio de sus tenduchos y barracas, emplazados junto á su base, es el verdadero templo de los marineros y de la gente del mercado y de la pobretería que, en incesante flujo y reflujo, entra y sale por sus puertas.

Santa María del Mar parece haber sido edificada para ser lo que aún sigue siendo: la gran parroquia de un puerto frecuentadísimo. Para la urbe aristocrática y sus opulentos ciudadanos sirve la catedral espléndida y majestuosa que hay en

el corazón de la ciudad; para los marineros, trabajadores de los muelles y mujeres del mercado que los atienden, la iglesia de la Virgen del Mar. Ambas iglesias, tan distintas en sus diseños y tan diversas en su estructura y detalles, fueron construídas en la misma época, en los primeros años del siglo xiv, si bien la catedral fué empezada primero, siendo el arquitecto de las dos, en opinión de Street, probablemente el gran mallorquín Jaime Fabre.

Por de fuera, Santa María posee en alto grado esa noble sencillez que representa el último ideal de los catalanes en arquitectura, aunque contrasta con la bullanguera extravagancia de pormenores escultóricos de los claustros, de que en los claustros de Tarragona y Gerona y en las portadas de muchas iglesias fueron delicia del genio catalán. En su sencillez externa de plan, en su excelente economía de ornamentación, tiene Santa María del Mar una hermosura *sui géneris*. En la estructura interior recuerda esta iglesia grandemente la catedral de Palma. No tiene su espaciosidad, y su luz es menos intensa, pero está fundada en los mismos principios, y en ella hay también dos cruceros con pilares del mismo tipo exagonal. Si la catedral de Palma fué planeada por Fabre—que parece haber poseído esa inmensa energía que es patrimonio de los españoles insignes,—puede también creerse que se le debe la construcción de Santa María del Mar.—Quizá el rasgo más bello de esta iglesia—diferente en esto de la de Palma, y recordando, en cambio, la catedral de Barcelona—está en sus ventanales. Nunca es su luz brillante, aun cuando la iglesia está llena de ventanas, de tres huecos cada una, por lo general, y de construcción pesada, de vidriería gruesa y ricamente matizada, que nunca deja pasar cantidad excesiva de luz, produciendo, á cambio de la luz solar, vistosos efectos en la oscuridad del templo. Ventanas tales no creemos haberlas visto más que en España.

Pero como resulta singularmente encantadora la iglesia de Santa María del Mar, es como centro de culto religioso. La excelente destreza del arquitecto, el genio español para cosas

del rito, la religiosidad común de hombres, mujeres y niños de las clases populares, que consideran aquella mansión como suya propia, circunstancias son que se juntan para hacer de Santa María del Mar punto de donde uno no sabe salir y gusta de permanecer allí. En otras partes el genio catalán se revela por su audaz energía en nuevos campos de pensamiento y de acción. Aquí nos encontramos en un rincón de aquella Barcelona de que Cervantes hablaba con cariño, como del puerto de refugio de los extranjeros y asilo de los pobres. Más es aún que esto. Estar en un templo tan perfecto y tan acabado, en lo que se refiere á su objeto, tan adecuado á las necesidades que debe satisfacer, es ya un acto de adoración. Porque la adoración es una forma natural de la energía humana, la satisfacción de necesidad también humana, cuyas maneras podrán variar, pero su esencia fundamental es imperecedera. Así, que en Santa María del Mar, cuando sus grandes ventanales refulgen con celestiales destellos que arranca de sus vidrieras el sol poniente, y cuando en su galería occidental las frescas y claras voces de las jóvenes entonan dulces cánticos, hallamos las mismas manifestaciones esenciales de la vida humana y divina que cuando entramos en el vasto mercado, que está cerca, ese palacio de movimiento y animación, donde los montones de frutos que bordean las largas crujías forman sinfonías de color, al tiempo que dos mujeres cantan acompañadas de la música de un violín.

HAVELOCK ELLIS

DEPTENEC A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONES

PARNASO INTERNACIONAL

HIMNO AL SOL

(De Lamartine.)

De su largo dolor compadecido,
Me devuelves la luz, Dios que mi amada
Con incesantes súplicas implora,
Y mi pálido rostro enflaquecido,
Al dulce resplandor de su mirada,
Ya con rosadas tintas se colora.
Arde mi corazón, y siento, llenas
De una sangre encendida,
Latir gozosas mis cansadas venas:
¡De nuevo, para amar, vuelvo á la vida!

También de su desmayo
Despierta hoy la natura, que en el cielo
Ve radiante brillar el sol de Mayo;
Y las palomas cándidas, en torno
De mi ventana, con feliz revuelo,
Del mes querido anuncian el retorno.
Ven, mi pie débil en los campos guía,
Y sostén á tu amante, Elvira mía.

Ansío ver cómo lanza
Su carro de oro el sol desde aquel monte;
Ansío ver cómo avanza
Hacia el otro confín del horizonte,
Y del profundo mar se hunde en el seno,
Cediendo el aire á la nocturna brisa.
Ven, no temas, el cielo está sereno;
Ni la más leve nube se divisa.
Repentina tormenta
No turbará traidora
El día que más bello se presenta
De todos nuestros días. Y es la hora
En que ya, sobre el césped, entre flores,
Duermen con sus rebaños los pastores.

¡Cuán dulce es el ambiente!
¡Cuán límpida la luz! Tú sobre el mundo
Imperas triunfador, sol esplendente,
Y desde la alta esfera
La vida viertes y el calor fecundo.
Desde el glorioso día
En que el Señor, marcando tu carrera,
Las luces y las sombras dividía,
Rey te aclamó la creación entera,
Y admirando tu pompa soberana,
Humilló la cerviz la estirpe humana.
Desde entonces tu luz brilla tan pura
Como brillaba en tu primer oriente;
El tiempo puso en ti su mano dura,
Pero jamás palideció tu frente.
Cuando das tus destellos á la aurora,
El indio, prosternándose, te adora,
Y cuando el abrasado Mediodía
Aviva más tu lumbre bienhechora,
Recobra su calor mi sangre fría;

Un dios desciende, que mis penas calma,
Penetrando en el fondo de mi alma,
Y rompe el que me oprime fuerte lazo,
Encumbrándome al cielo blandamente,
Cual si el Omnipotente
Me remontase con su propio brazo.
Perdóname, Señor, la extraña idea;
Quizás no es ilusoria:
¿Qué es el sol más que un rayo de tu gloria?
Cuando la ilimitada
Amplitud de los cielos señorea,
¿No es su esplendor la luz de tu mirada?

Si en días de dolor, desesperado,
De su brillo importuno he blasfemado;
Si maldije los dones
Que de tu mano recibí, Dios mío,
¡Dios que ves los humanos corazones!
Ten piedad de mi loco desvarío.
Aún gustado no había
La suprema alegría
De ver brillar de nuevo sus fulgores
Al dulce lado de la amada mía,
Y juntos recobrar vida y amores;
Aún no sabía cuánto
Vale el vivir. Me lo enseñó el encanto
De este día, por siempre bendecido;
Y por cantar tu gloria, agradecido,
A los cielos, Señor, la voz levanto.

TEODORO LLORENTE

RECUERDOS

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONÉS

Quedé en la Crónica anterior buscando descanso en unas horas de sueño, de fatigas y agitaciones sufridas en días precedentes.

Los sobresaltos y tristezas causados por el asesinato del general Prim; las preocupaciones de aquellas horas amarguísimas; la precipitada salida de Madrid; las emociones del viaje; la serie interminable de discursos que, desde Madrid á Cartagena, hube de pronunciar; la llegada sombría y siniestra á esta última población; mis conferencias y esfuerzos para constituir un Ayuntamiento que recibiera dignamente al Monarca, sin conseguir otra cosa que la constitución de una junta de notables; el telegrama de Gobernación anunciándonos la muerte del general Prim, que no por esperado, dejó de causarnos impresión menos dolorosa; los anuncios de un atentado contra el Rey, anuncios que no resultaron ciertos, pero que fué para nosotros ansiedad constante y angustiosa hasta que salimos de Cartagena; la impotencia en que nos veíamos para tomar las debidas precauciones; la intranquilidad con que esperábamos la llegada de D. Amadeo; el no saber cómo explicarle, por manera siquiera satisfactoria en la apariencia, el programa que habíamos convenido hasta su salida de la futura ciudad cantonal; el recelo de la impresión que todo esto pudiera producirle; tal conjun-

E. M.—*Octubre 1909.*

to de circunstancias y sucesos, no eran, en verdad, alicientes muy propios para conciliar el sueño.

Y, en efecto, mucho tardé en dormirme, revolviendo todas estas ideas en mi cabeza, y buscando, sobre todo, la manera de explicar al Monarca el cómo no era conveniente ni necesario que entrase en Cartagena.

Llegar el nuevo Rey á la primera población española, y no poder entrar en ella, era situación tan extraña, tan poco digna para él y para nosotros, y—¿por qué no pronunciar la verdadera palabra?—tan vergonzosa para todos, que yo no encontraba, en toda la retórica y en toda la oratoria, frases siquiera de mediana apariencia que pudieran explicarla.

De la fragata al arsenal, sin ver más que soldados.

Del arsenal á la fragata.

En la fragata, el banquete de etiqueta.

Y de la fragata á la estación, y salir como huyendo de Cartagena.

Y esto era lo prudente, pero esto no era decoroso.

Y lo que no es ni digno ni decoroso, ni Cicerón ni Demóstenes con toda su elocuencia, ni el abogado más hábil con todas sus argucias, ni el político más sutil con todos los resortes de su arte, pueden explicarlo de modo que convenza á nadie, y no ya á un Rey, pero ni á un hombre de honor, como era D. Amadeo.

Porque la verdad era ésta, y por ser ésta, no podíamos decirlo:

Vuestra Majestad no puede entrar en Cartagena, porque Cartagena es una ciudad republicana, ó al menos, hoy por hoy, dominan en ella los republicanos federales.

Porque, probablemente, le faltarían al respeto á Vuestra Majestad.

En suma, porque de Gobernación nos anuncian el temor de que atenten contra la vida de Vuestra Majestad.

Esto no podíamos decirlo, y si lo hubiéramos dicho, hubiera sido tanto como obligar al Rey á entrar en Cartagena.

Ni reyes ni caballeros excusan por miedo el cumplimiento de un deber.

Y luego, ¡qué acusaciones contra el Gobierno y, al parecer, qué fundadas!

¿Siendo ese el estado de la población, es que ustedes lo ignoraban cuando decidieron que el Rey desembarcase en Cartagena?

Y es más: el Gobierno no debía ignorarlo, en vista de lo que sucedió con el Ayuntamiento, al embarcarse en ese puerto la Comisión que iba á buscar á D. Amadeo á Italia.

Y en todo caso, ¿por qué no han traído ustedes al Rey por Barcelona?

Y nosotros hubiéramos podido contestar:—Porque, á nuestro entender, Barcelona es más peligrosa que Cartagena.

Cartagena se domina con unos cuantos batallones; que, al fin y al cabo, su población es escasa. Barcelona no se domina tan fácilmente.

Pues entonces, hubieran podido seguir arguyéndonos, haberle traído por Valencia.

Y nosotros hubiéramos podido decir de Valencia lo que hubiéramos dicho de Barcelona.

Y pensaba yo en aquellas horas de insomnio, que como don Amadeo se enterase de todo aquello, podría argüirnos:

—Pero ¿á qué país me han traído ustedes á reinar, que no hay manera de entrar en él sin peligros ó faltas de respeto, por lo menos?

Y yo me argüía y me contestaba; y en argumentos y réplicas pasaba la noche sin conciliar el sueño.

Y como en mis pensamientos y en mis actos, durante toda mi vida, ha dominado la buena fe y el deseo de obtener la verdad, en todos los casos dudosos, me he puesto siempre de la parte contraria, haciendo, en cierto modo, el oficio de abogado del diablo; y aquella noche extremé las argucias diabólicas hasta llegar á la parte ridícula de nuestro programa para el día siguiente; y como durante el viaje había agotado los dis-

cursos entusiastas, revolviéndome en la cama, con los ojos muy abiertos en la sombra y el cerebro vibrante, agotaba los argumentos humorísticos contra el programa de recepción: al cual, por otra parte, yo había asentido, porque las apremiantes observaciones de Topete y mi propia responsabilidad como ministro, dominaron en mí al discutir los términos de aquel programa fatalmente impuesto por las circunstancias.

Pero ya solo, en el silencio de la noche, en frío, por decirlo de este modo, y evocando las realidades del día siguiente, iba ensartando, uno tras otro, una serie de discursos burlescos.

¡Oh! Vuestra Majestad no debe entrar en Cartagena; es una población muy fea, muy vieja; calles estrechas y sucias, ningún edificio notable, ninguna joya del arte.

Cartagena casi no es Cartagena, es una plaza fuerte; lo único digno de verse es el arsenal, y, por añadidura, la tropa que en el arsenal tenemos.

Pasando Vuestra Majestad revista en el arsenal á la fuerza del ejército, puede volverse tranquilo á la fragata, porque la población está reducida á unas cuantas calles viejas y retorcidas.

Y ponía yo á Cartagena en el imaginario discurso como un verdadero trapo.

¡Qué ingratitud y qué injusticia con Cartagena, que había sido para mí, cuando era niño, mi alegría y mi ilusión! Todo el año soñaba yo con el veraneo en Cartagena.

Pero la política impone estos sacrificios: escarnecer en un momento dado los mayores cariños, y matar, por el interés político, las más irisadas ilusiones.

Por eso, reconociendo yo la importancia de la política y su necesidad para el progreso, me inspira tan pocas simpatías personales.

Es un arma poderosa, pero que la maneje otro; mi mano es torpe y rebelde para manejarla con provecho de la patria.

Y seguían mis discursos de abogado del diablo.

Vuestra Majestad, después de pasar revista en el arsenal,

debe irse á dormir á la fragata, porque en Cartagena ni se puede dormir ni hay alojamiento digno de Vuestra Majestad.

Y entre las sombras alzaba yo los brazos, exclamando en voz alta:—¡Que Dios me perdone y que me perdonen mis casi paisanos los cartageneros estas injusticias y estas afrentas á la cultura y á la simpática hospitalidad de los cartageneros, de la cual yo me aprovechaba en aquellos momentos; que si es verdad que no podía dormir, no era por culpa de mis buenos amigos ni de la población en general, sino de los endiablados cantonales.

Y oía un reloj dar las dos y las tres, y continuaba, mentalmente, mis discursos.

Y las críticas de mis discursos, y los comentarios que haría el Rey para sí, y los comentarios que haría la prensa para todo el público de España.

*
* *

No era la primera vez que yo visitaba aquel puerto y aquella población.

Yo había pasado mi juventud en Murcia, donde había estudiado hasta obtener el título de bachiller en Filosofía, como he referido minuciosamente hace muchos años en las primeras Crónicas de esta serie, que lleva trazas de ser interminable, y ojalá que termine lo más tarde posible, porque quien vive de recuerdos, es que vive.

Todos los veranos me llevaban mis padres á tomar baños de mar en Cartagena, y era la temporada más feliz de todo el año.

Muchas noches del largo invierno y de sus dos estaciones contiguas, soñaba yo que el verano había llegado y que nos preparábamos para ir á Cartagena.

¡Y qué tristeza al despertar, y ver que todo había sido una ilusión!

Y cuando llegaba el día feliz, y á las ocho de la noche salíamos en nuestra tartana, y con la fresca subíamos el puerto de

las Cadenas, y al llegar las horas del calor nos deteníamos en una venta, esperando la caída de la tarde, y al fin veía la línea del mar y unos cuantos molinos moviendo lentamente sus aspas como si me diesen la bienvenida, y al fin entrábamos en Cartagena, que por aquellos años me parecía una ciudad admirable... ¡qué regocijo, y qué encanto, y qué poesía infinita!

Sí; poesía entonces, al gozar aquellas impresiones cándidas, y poesía ahora, al recordarlas.

Al menos, poesía para mí; ¡qué me importa lo que sea para los demás!

Ya comprendo que al lector le parecerá todo esto insípido, y que estará deseando que le cuente mis impresiones sobre la entrada de D. Amadeo en Cartagena; pero ya llegaremos, ya llegaremos, que á mí no me corre prisa llegar.

Lo que me corría prisa aquella noche á que me refiero, era dormir, y el sueño no acudía á mis párpados.

Cuando era niño, cuando era un estudiante cualquiera, ni la mínima parte de un personaje, jamás en Cartagena me desvelé.

Y aquella noche, el ministro que iba á recibir á un Rey; el político que ya empezaba á tener alguna importancia, aunque no fuera mucha; el que tenía poder para formar Ayuntamientos, aunque no los formaba; el que era todo esto, estaba nervioso, inquieto, y pasaba una mala noche, como no la había pasado nunca en el recinto de aquella misma ciudad durante sus años juveniles.

Pero, poco á poco, las ideas se fueron enturbiando; la Corte que iba á llegar, los federales que se agazapaban, los problemas políticos y las responsabilidades ministeriales, fueron disolviéndose en las sombras de la noche, y al fin y al cabo logré dormirme, dando al diablo, y no por única vez, á la política.

*
* *

Mis recuerdos se parecen á la pintura de un gran cuadro en que el tiempo, la humedad y acaso la voracidad ratonil, han ido destruyendo horizontes y figuras, sin dejar más que algunos trozos dispersos que den muestras visibles de lo que fué.

Así es que estos recuerdos se componen de trozos sueltos; á veces hay continuidad, á veces no la hay, y como yo escribo de buena fe y con toda sinceridad, ni soy ni quiero ser restaurador del cuadro.

Si veo una cabeza que quedó sin borrar, fea ó bonita, diré que en el recuerdo queda.

Si entre desconchados veo la pierna de una figura, diré, y perdóneseme lo vulgar de la frase, que en aquel punto lo pasado *metió la pata*; que esto, con todo su prosaísmo, ha sucedido más de una vez en los tiempos que fueron.

Y apunto estas ideas, porque recuerdo perfectamente que la noche de mi llegada á Cartagena á recibir al nuevo Rey, fué mala y apenas dormí; pero no recuerdo, ni poco ni mucho, cómo fué el despertar.

Aquí el cuadro está de todo punto desconchado.

De pronto me veo en una de las casetas del arsenal, esperando el momento de ir á saludar al Rey.

De pronto entran unas señoras que, sin duda, vienen á presenciar la revista.

Con las señoras viene un niño de seis ó siete años; se acerca á su madre, que estaba asomada al balcón, y le pregunta, con un tono en que se mezclan la curiosidad y el miedo:— Mamá, ¿cuándo empiezan los tiros?

La señora le responde:— Calla, niño; no lo permita Dios.

Este mínimo diálogo, que es auténtico, prueba cuál era el estado de los ánimos en Cartagena.

Se creía que iba á suceder algo; que, al desembarcar D. Amadeo, los federales se echarían á la calle á formar barricadas, y, en suma, que la llegada del Rey marcaría una jornada trágica.

La gente sensata, claro es que no lo creía, porque las fuerzas militares reunidas en Cartagena, en el acto hubieran dominado cualquier intentona; pero que no sonaran algunos tiros durante el día, nadie lo consideraba imposible.

Y aquí otro desconchado del cuadro de mis recuerdos.

Del arsenal salto á la fragata en que D. Amadeo venía, y me veo en pie junto á Topete, junto á Beranger, formando un grupo con diferentes generales, y ante nosotros, en pie también, á D. Amadeo y á la Comisión que le venía acompañando desde Italia.

El Rey ya sabía la muerte del general Prim; pero, oficialmente, se la comunicamos nosotros después de saludarle.

Topete dió cuenta del caso, con gran emoción y con gran sobriedad

Don Amadeo contestó en francés, porque todavía hablaba muy poco español: su frase, que recuerdo *perfectamente*, y que literalmente traduzco, fué ésta:

«Es una gran desgracia, que siento con toda mi alma; pero eso puede suceder en cualquier parte.»

Era como decir: lo deploro, pero no por eso formo mal concepto de España ni estoy arrepentido de haber aceptado la corona; en suma, nos pareció que era un modo de contestar sobrio y discreto.

Y otra vez el cuadro presenta nuevas lagunas, por injurias caprichosas de los años, y con el pensamiento me transporto otra vez al arsenal.

La revista ha terminado.

El Rey está de gran uniforme, y rodeándole estamos los ministros en primer término, como exige la etiqueta, Topete, Beranger y yo; el general D. Manuel de la Concha, que se destaca como figura saliente en este trozo de mis recuerdos, y otros generales y otros paisanos, cuyas fisonomías no recuerdo y cuyos nombres no recuerdo tampoco.

En cambio, lo que sigue lo recuerdo *perfectamente*, como si tuviera la realidad ante mí, como si no hubieran pasado casi

cuarenta años, y veo las figuras y las caras, y oigo la voz y escucho las palabras de las personas á que voy á referirme.

Este trozo del cuadro está vivo y sin necesidad de restauración.

*
* *

Ha llegado el momento crítico, el que con la imaginación había visto yo, anticipándome á los sucesos, la noche antes.

Estábamos todos sin atrevernos á tomar la palabra, pero diciendo con nuestras aptitudes: la revista se acabó, conque vamos otra vez á la fragata.

El Rey no pensaba, sin duda, lo mismo, porque no se movía.

Sin duda Zorrilla, ó los diputados que venían con él desde Italia, ó alguno de los italianos que le acompañaban, enterados del programa que habíamos forjado, por inspiración del miedo al atentado que nos anunciaron desde Madrid, habían hecho comprender al Rey que su situación iba á ser muy desairada, ó acaso él, por inspiración súbita, adivinó y comprendió esto mismo.

Ello era que no se movía y que, al fin, preguntó cuándo entrábamos en la población.

Aquí de los apuros.

Todos hablamos y nadie habló. Frases sueltas, excusas absurdas, trozos sin enlace de todos aquellos discursos que yo pronunciaba la noche antes en mi largo y calenturiento insomnio.

Pero el Rey, ó no nos entendía, lo cual no era extraño, porque nosotros tampoco nos entendíamos, ó no quería entendernos.

Y con obstinación cortés, pero con obstinación inquebrantable, insistía en entrar en Cartagena, para ver lo que hubiera que ver, con cualquier pretexto.

Nos separamos del Rey, mientras él atendía á otras personas, para resolver el arduo problema, Topete, Beranger, el

general Concha, yo, y no sé si alguno más, porque ya digo que las demás figuras se han borrado en mis recuerdos, sin que esto quiera decir que no fueran figuras muy importantes las que el tiempo ha borrado del lienzo en que procuro ver estas lejanas escenas.

Y rápidamente celebramos una especie de consejo.

Topete insistía en el programa ya convenido; decía que sus noticias respecto al estado de la población eran fatales, que nuestra responsabilidad era enorme, y que él, para salvar la suya, se oponía á que el Rey entrase en Cartagena.

Beranger vacilaba y yo vacilaba también. Las razones de Topete eran de gran peso, y por mostrar más ó menos gallardía, por evitar censuras ridículas é insensatas de gentes que, como presencian la lidia desde la contrabarrera, nada arriesgan en demostrar valor y entereza, no era el caso de provocar una catástrofe y hasta de comprometer la vida del Rey.

Esta es la verdad; vacilábamos.

Pero el general D. Manuel de la Concha fué de opinión contraria, y, sin vacilación de ningún género, como el que está acostumbrado á resolver estos problemas en el campo de batalla, afirmó que, en su concepto, el Rey tenía razón; que él no creía que sucediese nada, pero que todo lo que pudiera suceder era menos malo que salir el Rey como huyendo del arsenal para meterse en la fragata vistiendo el uniforme del ejército español.

Que por salvar la vida del Rey de peligros imaginarios, manchábamos su honra de soldado y de Rey con aquella especie de fuga vergonzosa.

Con otras palabras, esto vino á decir el general.

Y yo, que antes vacilaba, me declaré convencido y afirmé que, en mi opinión, el Rey debía entrar en Cartagena.

El general Concha fué el primero; pero yo, que desde chico he tenido gran admiración por los militares, no quise ser menos, y uní mi voto al del general.

Beranger, que sentía la dignidad de soldado como el que más, opinó como el general Concha y como yo.

Pero Topete insistió en que era una temeridad, y acaso tenía razón.

Sólo que en este mundo se juzga de las cosas y se juzga de los hombres *à posteriori*.

Salió bien: no sucedió nada; el Rey ganó prestigio; el atentado no pareció por ninguna parte, pues resultó que si hubiéramos impedido que el Rey entrase en Cartagena, hubiéramos cometido una gran torpeza, y hubiéramos comprometido la dignidad real, y hubiéramos echado sobre la memoria de don Amadeo una mancha de debilidad, si no de cobardía, que son de las que la Historia no perdona nunca.

Porque, después de todo, como la Historia no tiene nada que perder, es exigente, severa y hasta heroica á costa ajena.

Por el contrario, si el atentado que se temía hubiese llegado á realizarse, todo el mundo hubiera dicho que habíamos cometido una gran imprudencia, que nuestra resolución había sido temeraria.

Que el orden social en España dependía en aquellos momentos de la vida del Rey, y que nosotros, al comprometerla por razones aparatosas, de un romanticismo fuera de lugar, habíamos faltado á nuestros deberes más elementales; en fin, se hubieran dicho horrores de nuestra conducta.

Pero todo salió bien, y nosotros pudimos gozar del éxito y terminar airosamente nuestra comprometida empresa.

Después, hasta el mismo Topete, que fué el más recalci-trante, se alegraba de que el Rey hubiese entrado en Cartagena, y decía frecuentemente en nuestras conversaciones:—Yo cumplía mi deber oponiéndome, pero el Rey cumplía el suyo al empeñarse en entrar en Cartagena, y yo, en su caso, hubiera hecho lo mismo.

Topete fué después el hombre más querido de la Familia Real de D. Amadeo, y el político en quien D. Amadeo tuvo más confianza.

Ya de esto hablaremos en otra ocasión.

JOSÉ ECHEGARAY

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

EL ARTE ESPAÑOL

EN LA PINTURA SICILIANA DEL SIGLO XV

En el siglo xv, Sicilia era una verdadera provincia española. Sujeta al gobierno de los españoles desde 1282, pasaba, en 1409, con Martín el Viejo, á formar parte del reino de Aragón, y con Fernando I (1412) quedaba unida al reino de Castilla, al que perteneció hasta los primeros años del siglo siguiente. Esta condición política tenía que influir también, naturalmente, sobre las manifestaciones artísticas de esa región. A pesar de esto, solamente desde hace poco tiempo, y aisladamente, se han ocupado los críticos en tal influencia, si bien es cierto que solamente desde hace poco tiempo el arte español, y especialmente la pintura, que es de lo que aquí tratamos, ha sido objeto de estudios sistemáticos y críticos (1). Dado, sin embargo, el eclecticismo de la pintura siciliana, en la que confluían diversas corrientes del arte italiano, cuando hablamos de obras de derivación española queremos sencillamente decir que los caracteres de esa escuela prevalecen sobre los otros.

(1) El estudio fundamental sobre los primitivos catalanes es el de S. Sanpere y Miquel: «Los cuatro Centistas catalanes». Barcelona, 1906. Sigue la serie de artículos «Les primitifs espagnols», de L. Bertaux, en la *Revue de l'Art anc. et mod.* Paris, 1906, pág. 417, II, III, IV; 1907, páginas 107, 241, 339; V. (Le maître de Saint-Georges, I, II), 1908, págs. 269, 341. Es notable también el artículo «Un trésor de peintures inédites du xv siècle à Grenade», publicado en la *Gazette des Beaux Arts*, 1908, pág. 313, por M. Gómez Moreno.

Del comercio artístico entre España y Sicilia y de la permanencia de artistas españoles en la isla, ha quedado algún recuerdo en los documentos. En 1401, un tal Pedro de Queralt encargaba en Cataluña á Guerrau Janer, pintor de Barcelona, una imagen para la iglesia de Monreal (1). Jacobo Sánchez de Sevilla fué pintor de corte (*pictor serenissimi regis*) en tiempo de Alfonso el Magnánimo, y es citado en los documentos de Palermo de 1422 á 1425. El mismo rey Alfonso, en 1443, tenía en su cortejo de Nápoles al fiel pintor Giacomo Baso, alias «Jacomart vulgariter nuncupatu» (2), el cual, en el tiempo que permaneció en Nápoles, 1442-1444 (3), sería, naturalmente, ocupado en obras de su arte, desconocidas hoy. A fines del siglo debía ejercitar también su arte en Palermo un «magister Andreas Comiso (Gómez) pictor», al que ya en 12 de Julio de 1505 le llaman «civis Panormi». A principios del siguiente (1536) se recuerda á un Juan de Matta (4).

En ayuda de los pocos recuerdos escritos, vienen, sin embargo, á documentar la presencia de artistas españoles en la isla, ó, al menos, la actividad del comercio artístico de los dominadores con la tierra sometida muchas obras de carácter español, que todavía se encuentran en Sicilia, debidas á autores de aquella región ó á sicilianos influídos por aquéllos. Du-

(1) Cir. di Marzo, *La Pittura in Palermo nel Rinascimento* (Palermo, 1899), pág. 281.

(2) Su personalidad ha sido tratada por Bertaux (*La Revue de l'Art anc. et mod.*, París, 1907, pág. 339 y sig.).

(3) Son también nombrados dos plateros: un Pietro di Spagna, de fecha de 1430, y un Giovanni di Spagna, en 1455. Del primero quedaba, hasta hace pocos años, una obra firmada y un cáliz de plata en la iglesia de San Martino delle Scala, cerca de Palermo; v. D. Marzo, obra citada, 62 y n. I. Obra española es indudablemente el cofre gótico del tesoro de Santa Agueda, en Catania; v. E. Manceri, *L'arte in onore di S. Agata in Catania*, 1906, pág. 423 y sig.

(4) El primero es llamado «Andreas Camiso, pictor Civis Pamermi», y el segundo «Johannes de Matta, pictor hispanus». V. Marzo, ob. cit. 282 y 286.

rante todos los primeros veinte años del siglo xv, la pintura catalana estuvo dominada por Luis Borassá (1), artista procedente de aquella escuela de Avignon, fundada en la primera mitad del siglo xiv en la corte pontificia por Simón Martino (2). Luis Borassá, al desarrollar el arte de Simón, se acerca, naturalmente, á los secuaces del mismo maestro, y presenta algunas afinidades con Bartolo di Fredi (3). Entre los dos secuaces de Martino hay, sin embargo, diferencias características, debidas á los diversos ambientes en que vivieron los dos artistas. Ostensible es la diversa concepción de la tabla en su repartición. En la escuela vienesa y en la genérica italiana, aun los polípticos más complejos, formados por numerosas tablas, entre pilastras pintadas, y coronados por lunetas y agujas, confinan casi siempre las escenas narrativas, ó sea las historias accesorias, en la escena inferior del cuadro, esto es, en la predela (4). Luis Borassá, como lo hacía la escuela catalana, distribuyó generalmente las escenas narrativas, ó historias, en otros tantos cuadritos en torno de la tabla central. Hasta en el marco de la cornisa, las obras españolas presentan diferen-

(1) La actividad documentada de Borassá, se desarrolla de 1396 á 1424 (v. S. y M., ob. cit., I, 125).

(2) Para la demostración, v. S. y M., ob. cit., I, 100 y sig. «Setenta años, dice, estuvieron los Papas en Avignon, setenta años á las puertas de Barcelona. El último Papa (Benedicto XIII) fué un pariente cercano del rey Martino». Simón Martino fué á Avignon, á la corte de Benedicto XIII, en 1339, y trabajó para este Papa en los últimos cinco años de su vida.

(3) Semejante á ellos es la concepción torpe de la figura humana, semejante la morbidez de los contornos y del modelado, la tipología fisionómica de las cabezas en forma de pera, con cráneos de imbéciles y barbilla hundida, de la mirada lánguida, de lo tosco de la cabellera, y, en fin, es semejante la concepción decorativa de la obra de fondos dorados y ropajes ricamente adornados con bordes de oro.

(4) Las excepciones á esta regla son muy raras; para recordar alguna de la escuela sienesa, citaremos la tabla de la beata Humildad, atribuída á Lorenzetti. (Academia de Bellas Artes de Florencia.) Son secuaces retrasados de la tradición bizantina.

cias respecto de las italianas (1). En ellas, el relieve no es otra cosa que un ornamento de la tabla, y casi siempre los pináculos se alzan sobre la superficie más amplia de la tabla misma, y pocas veces recortados como en las cornisas italianas y nórdicas. Los elementos de adorno están constituídos por columnillas retorcidas ó trenzadas, por franjas de arquillos rebajados y por formas floreales (más reducidas que las italianas), como hojas y plantas marinas. Los espacios entre las varias tablas están llenos, ó por un fondo de oro estampado, ó por rosetas góticas en relieve, ó por arcos pequeños desarrollados en ramificaciones sobre anchos tallos. Esta tradición no es seguida por los catalanes innovadores, que sufrieron la influencia del arte flamenco, los cuales abolieron los cuadritos del contorno.

Otra diferencia, entre el concepto decorativo de la escuela sienesa y el de Luis Borassá, se encuentra en el fondo, que este pintor no solamente representa decorado, sino estampado de pequeños rosetones góticos ó de hojas de roble, que es lo que los españoles llaman «estofado de oro». Como es natural, resultan otras diferencias del concepto de belleza, de los trajes, de la iconografía y de la representación del ambiente. Las figuras femeninas de Borassá tienen las frentes convexas y los vientres salientes, como en todo el arte del Norte y en las miniaturas francesas de fines del 300 y principios del siglo siguiente (2). Los trajes femeninos de la pintura catalana, de la época, se distinguen de los toscanos por la forma de las mangas, generalmente de embudo en la primera mitad, y de doble

(1) La cornisa, en la determinación de la escuela, no tiene un valor persuasivo, pudiendo ser español el tallista é italiano el pintor; y menos tiene valor para la determinación cronológica, puesto que Miquel ofrece un ejemplo documentado de una solución de continuidad de catorce años entre la obra del tallista y la del pintor (ob. cit., I, 122).

(2) Sobre la moda de la frente convexa y del vientre saliente, como caracteres de belleza, v. Violet-le-Duc, *Dictionnaire raisonné du mobilier français*.

manga en la segunda (usadas también por los hombres), por una corta manteleta pendiente de los hombros en las figuras femeninas, y por el característico sombrero de éstas en forma bicuspidal (1).

Los caracteres más salientes de la iconografía catalana se encuentran en la forma de los nimbos de los santos del Antiguo Testamento y en un accesorio de los báculos episcopales (2). Estos nimbos en Luis Borassá, tienen una forma poligonal en vez de circular (3). El motivo en la escuela catalana se mantuvo y se desarrolló. Los lados del polígono tomaron la forma de líneas cóncavas, dando origen á otros tantos arcos (4). En las obras de Luis Borassá y de las pinturas posteriores de la escuela catalana, el báculo episcopal está siempre adornado por dos estolas, que cuelgan del nudo del asta, bajo la cayada (5).

(1) Esta forma de cubrecabeza femenino tomará, en la segunda mitad del siglo, en Cataluña, un aspecto más cuspidal, restringiendo y haciendo más agudas y altas las dos puntas de que está formado; v., por ejemplo, la tabla de San Antonio Abad, en la iglesia de su nombre, en Barcelona.

(2) V., por ejemplo, el coro de los Profetas en la tabla de Todos los Santos, de San Gugat del Vallés. El motivo iconográfico se encuentra también en la Crucifixión, de Gari Lapi Florentino, en el patio de la Basílica de Manresa (primeros años del siglo IV).

(3) Anteriormente, esta forma de nimbo se encuentra también en obras nórdicas; v., por ejemplo, la Virgen de Yolanda Bella (Ipern), atribuida al taller de Melchor Broederlam.

(4) El motivo se encuentra también antes y contemporáneamente en el arte italiano, pero sólo de un modo esporádico, y frecuentemente en la escuela alemana. A pesar de los ejemplos de este particular iconográfico en las escuelas ó autores italianos retardatarios, su presencia en la escuela siciliana se puede considerar más naturalmente derivada de la influencia del arte español.

(5) E. Brunelli cree que la más antigua manifestación pictórica, existente ahora en Sicilia, con caracteres catalanes, sea el cuadro de San Nicolás en la iglesia de Pisternina, de fecha de 1433. La tabla, desgraciadamente, está muy estropeada, y muy poco es lo que se puede juzgar por la figura. El único carácter catalán que ofrece es el fondo de oro estampa-

Puede creerse que la fama de Luis Borassá hubo de pasar fácilmente á Sicilia, y es probable que su arte llegase á ejercer una verdadera y real influencia en la isla. Creemos haber encontrado ciertos signos de esta influencia en algunas obras, que iremos estudiando.

Una de éstas es la tabla del Museo de Siracusa, que representa á la Virgen en un trono con el Niño entre dos santos y ángeles músicos, con profusión de oro en el fondo y en las ropas. El conjunto se deriva probablemente de la Virgen de la Gloria (tabla de todos los Santos, San Cugat del Vallés), de Luis Borassá ó de otra semejante de la escuela (1).

La tabla de Siracusa, á pesar de que en el punto de oro estampado y en el tallado gótico presenta los caracteres españoles, puede haber sido ejecutada por un imitador siciliano que no alcanzó el esplendor del colorido y la dulzura de exposición del maestro. Su fecha puede fijarse alrededor de 1450, tanto por el desarrollo de las formas, como por la presencia del relieve en los nimbos, diademas y orlas del vestido (2).

do. Los dos ángeles de los triángulos curvilíneos de la tabla no son un motivo catalán. Los angelillos que coronan al santo tienen las vestiduras á pliegues curvos concéntricos que concluyen en ángulo agudo á la manera arcaica. La obra, muy probablemente, es de un artista local influenciado por toscanos y venetos. El trono, por ejemplo, se parece en la forma y en los adornos á los posteriores de Vivarini.

(1) En los dos cuadros, en efecto, la Virgen aparece de través, de modo que la línea izquierda de su contorno, desde el hombro hasta el piso, tiene en ambos el mismo movimiento y la misma accidentalidad. Los ángeles—tres á cada lado del trono—están dispuestos de la misma manera; sus atavíos son semejantes en las dos obras. Tipológicamente, la Virgen de la tabla de Siracusa corresponde á la de Borassá en la cabeza de pera, en el vientre saliente, en los grandes ojos, en la garganta abultada en su unión con el pecho y las manos largas. Pueden encontrarse otras correspondencias en el ramo de rosas que tienen ambas y en el traje del Niño, por su túnica descotada con un hueco angular en la delantera y sus adornos dorados en los brazos y en el pecho.

(2) Sanpere afirma que en la pintura catalana, por 1455, en los contra-

E. M.—Octubre 1909.

A la escuela de Borassá se puede atribuir un políptico del Museo de Mesina (antesala Antonello, núm. I), que representa á la Virgen con el Niño, y en las tablas laterales á San Pedro y San Pablo, y á otros dos santos (1). El tipo de la Virgen, con cabeza en forma de pera, ligeramente inclinada, y con rostro trecentino, recuerda al de la Virgen de la tabla de Pentecostés (iglesia de Santa Ana, Barcelona), de Borassá.

Otra obra que puede proceder del arte borassiano, es un fragmento de tabla del Museo de Siracusa (Sala de los Oficios), que representa á San Leonardo de medio busto. La figura, sobre fondo dorado, con nimbo dorado y corona, lleva un manto recamado de oro y ostenta un cetro flordelisado. El tipo corresponde á la cabeza del Cristo de la tabla de Santa Clara (Museo Episcopal de Vich) de Luis Borassá (2).

En el mismo Museo se conserva la obra más bella de la primera mitad del 400, que por ahora se conozca en Sicilia, también de derivación española (3). Es un pentíptico, coronado

tos, se establece como cosa corriente que se ponga yeso en los campos ó fondos, en las diademas y en las orlas de las ropas.

(1) La tabla se encuentra en mal estado de conservación; el marco es gótico.

(2) S. y M., ob. cit., I, 151. También la corona, cubierta de gemas, que ciñe la cabeza del santo, se parece á la corona que cubre la cabeza del rey Abgar en la misma tabla.

(3) Publicóla la primera vez E. Manceri (Bollettino d'Arte del M. della P. J. an II, fasc. IV, pág. 202), el cual nota influencias del Norte. Representa á la Virgen con el Niño en un trono y ocho ángeles vestidos de frailecillos; en las tablas laterales hay cuatro santos de juvenil aspecto, entre los que figuran San Juan Evangelista y la Magdalena. En la parte superior, de mano de algún ayudante (uso de principios del 500, como cree Manceri), figura, en medio, la Crucifixión; á la izquierda, San Gabriel y una Santa; á la derecha, un santo obispo y la Anunciación. El fondo es dorado, formado por hojas de roble; el marco gótico es español (v., por ejemplo, la tabla de Santa Clara, de Vich). En el rótulo de San Juan, se lee: «Iniciu sanctu evangeliu sicundu.» De las jóvenes y sonrientes figuras del bello tríptico inferior se desprende un sentimiento de gozo y de idealidad poco frecuente en la pintura siciliana.

por otras tablas, ejecutadas más toscamente. El colorido es claro, las carnes rosadas y calientes, el ropaje de estilo gótico. El influjo español se manifiesta evidentemente en los elementos externos (la forma de la tabla, la decoración del marco y del fondo, la arquitectura del trono y la disposición de los ángeles alrededor de aquél) y se revela en los paños, de estilo gótico, y en el colorido rosado y cálido. La obra puede considerarse como de un desconocido siciliano, bajo influencias españolas (1). A la serie de las obras de un desconocido secuaz de dicha escuela, puede pertenecer también la tabla de San Lorenzo del Museo de Siracusa (2).

La obra fué ejecutada probablemente á mediados del siglo xv (3).

También una cruz pintada de la galería de Palermo (número 1.079), puede figurar entre las obras sicilianas que presentan caracteres españoles, sin que por ahora se pueda con seguridad atribuirle á la escuela de ningún maestro determinado. La tabla está pintada en ambos lados, y corresponde con la descrita por Di Marzo como ya existente en la catedral de

(1) Brunelli encuentra aquí influencias de los pintores Camerino y Taleriano (*L'Arte*, 1908, pág. 317). Ciertamente es que en las figuras de los santos se puede ver un lejano recuerdo de Allegretto Nuzi; pero no hay que olvidar que Borassá es también un poderoso eco de arte senesco, del que depende estrechamente.

(2) Fué reproducido por Manceri en el artículo citado (*Boll. d'Art*, etc.), y atribuido por él á un maestro local, bajo influencias venecianas y españolas. En nuestra opinión, los caracteres del arte español se revelan no solamente en los fondos decorados y en los adornos de las vestiduras, sino también en el tipo de San Lorenzo, de rostro alargado y mentón enormemente desarrollado, y son el particular iconográfico de las bandas en los báculos góticos (tabla superior izquierda).

(3) Además de las razones, de forma que lo demuestran, concurren dos particulares externos: el relieve de adornos dorados y la presencia de trajes cortos, que solamente se generalizaron en el arte catalán en 1444; v. S. y M., ob. cit., II, 21.

Palermo sobre otra tabla, en la que estaba representada la Presentación de la Virgen en el Templo (1).

Además del fondo dorado y de los nimbos estampados, de las formas góticas de los ángeles, con sus alas agudas y coloreadas, de la inscripción muy angulosa y recamada; revelan la influencia española los tipos de las figuras por la cabeza en forma de pera, con arreglo á la tradición borassiana, y el tipo y el motivo iconográfico del Ecce-Homo, de brazos entrelazados, también de tradición borassiana. La obra, por el dibujo incorrecto (especialmente en los extremos), por los contornos toscos y negros, fué ejecutada por un artista mediocre hacia mediados del siglo xv ó más adelante.

Alguna relación con Benedicto Martorell presenta la tabla de la muerte de la Virgen, del Museo de Palermo, núm. 685 (2).

(1) V. Di Marzo, ob. cit., pág. 67 y sig. La cruz de la Catedral fué mandada pintar por el obispo Nicolás Puxades, de Barcelona, por cuenta suya, en 1467. Di Marzo creyó que tanto la cruz como la tabla habían desaparecido, y las describió por testimonio ajeno, aceptando la atribución hecha á Tomás de Virgilia. De una parte está pintado Cristo Crucificado; al pie, el Ecce-Homo; á los lados, en los brazos, la Virgen y San Juan Evangelista; en lo alto, el símbolo pelícano, y encima, Dios Padre bendiciendo. Sobre el brazo de la cruz corre una inscripción en mayúsculas góticas doradas. En el otro lado aparece Cristo resucitado, y en los cuatro extremos los símbolos de los Evangelistas; sobre el brazo transversal hay dos ángeles voladores con rótulos. Si se pudiese probar la identificación, la obra, naturalmente, tomaría fecha, y ser español quien la encargara, adquiriría valor la hipótesis de que el pintor fué un compatriota suyo.

(2) En toda la tabla hay una gran proporción de dorados. Las figuras tienen grandes cabezas sobre cuerpos pequeños y torcidos, como se ven en la Transfiguración de Martorell; y los rostros presentan semejanzas tipológicas con aquellos. El catálogo la atribuye á Salvo de Antonio, con quien nada tiene que ver, una escena igual á la del soldado, que queda con las manos cortadas porque quiso tocar el cuerpo de la Virgen; figura en una miniatura de Juan Fouquet (23. Chantilly) y en un cuadro de escuela alemana (v. S. Reinach, *Repertoire*, etc. I, 486); una particularidad característica de los dos cuadros son los rayos detrás de la figura de Cristo. Diversa, sin embargo, es la concepción colorística. La obra de Palermo es de un tosco pintor de la segunda mitad del siglo xv.

Derivado del San Miguel del arte catalán es, indudablemente, el Arcángel revestido de su armadura.

Encuéntrense también caracteres españoles en el cuadro de altar que representa á San Nicolás en el Oratorio del mismo nombre de Mesina (1). Además de los elementos externos, tienen carácter español algunos detalles, como, por ejemplo, en el segundo cuadro de la izquierda (el santo que salva á un hombre del suplicio), el tipo del verdugo, de nariz aguileña, según la costumbre de Huguet y de Vergés (2), y el paciente, echado en el suelo, con la cabeza bajo la guillotina, como se ve en las pinturas de Huguet (3). Además, las pequeñas figuras de las historias tienen la demacración y las contorsiones de los cuerpos de ese artista (4).

A la escuela de Huguet pertenecen el gran cuadro del Triunfo de la Muerte, del palacio Sclafani de Palermo, y los frescos al claro-oscuro de la iglesia de Santa María de Jesús, cerca de Palermo (5). Nuestra hipótesis se funda especialmente

(1) Crowe y Cavalcaselle lo atribuyen, con duda, á Antonnello, de Mesina (v. *History of painting in North Italy*, I, 86 y 87, núm. 1). La tabla tiene la forma española. Un gran cuadro central, coronado por un baldaquino saliente bastante complicado, con tres cuadritos á cada lado, coronados también por un baldaquino pequeño (v. el dosel marmóreo del altar mayor de la Catedral de Tarragona y la tabla de San Martín del Museo de Barcelona; S. y M., ob. cit., I, 313).

(2) V. el verdugo de Santa Julita en la tabla de Huguet, y el de San Vicente en la tabla de Pablo Vergés (Museo de Barcelona).

(3) V. el suplicio de los Santos Abdón y Senén (tabla de San Pedro, de Tarrasa).

(4) A los elementos españoles, y más especialmente huguetianos, se unen otros venecianos y antonaleses. El rostro de San Nicolás tiene el tipo inexpresivo del San Nicolás en la tabla de Antonio Vivarini, de Parenzo, y los mismos ojos de talco. En el manto de San Nicolás está figurada la Anunciación, con el ángel idéntico al pintado por Antonnello en su *Madona* del Museo de Mesina. Se puede, pues, decir que es posterior á 1473.

(5) El cuadro del Triunfo es comúnmente atribuido á un desconocido flamenco; v. Janitschek (*Zur Carakleristik den palermitanischen malereel*

en la comparación del Triunfo de la Muerte con la tabla de San Jorge de Casa Rocabruna (ahora en el Louvre), atribuída por Miquel á Huguet, y reconocida por Bertaux más justamente como obra anterior, en la que se inspiró Huguet con otros catalanes, entre los cuales, según nosotros, se encuentra también el autor del cuadro de Palermo (1). La tabla del cuadro del Louvre, en la que está representado el exterminio de los enemigos del Santo, tiene con la escena del Triunfo alguna semejanza de concepción, ya en el conjunto, ya en los detalles, como, por ejemplo, el plano del cuadro, la representación de la multitud desordenada, las figuras retorcidas, mal plantadas, los numerosos escorzos de los rostros, con los labios entreabiertos, enseñando los dientes. Naturalmente, las figuras del Triunfo, que es posterior, tienen formas menos menudas, más amplias. Igualmente puede hacerse, sin embargo, una comparación tipológica entre los dos rostros del jurista Bartolo (2) y del rey que está al lado en el Triunfo de Palermo, y

et Repert für Kunst. I, B. 4, H. S. 363, y Di Marzo, ob. cit., 157 y sig.) Crow y Cavalcaselle lo toman de Crescenzo (ob. cit., II, 110); más recientemente, Franz Dilberg lo atribuye á un desconocido holandés de por el año 1450 (Ginblico). V. Frühollanden in Italien. Se compara con una Apocalipsis de un miniaturista holandés, con el que, sin embargo, no tiene relaciones características.

(1) Bertaux se expresa así: «Es cierto que la tabla de Tarrasa contiene particularidades que son verdaderamente procedentes del maestro del San Jorge» (v. *Revue de l'Arte anc. et mod.*, 1908, pág. 346). La tabla de San Jorge, según él, se remonta aproximadamente á 1430, mientras que la tabla de Tarrasa, de Huguet, es de 1460. Encuentra también los puntos de paso entre la primera y la segunda tabla (v. ob. cit.). La influencia que el autor del San Jorge tuvo en el arte catalán, encuéntrase aquí también demostrada; por esto, aunque él cree que el maestro del San Jorge pudiera ser un franco flamenco ó franco holandés, es más lógico tenerlo por un castellano.

(2) En el libro que tiene sobre el pecho está escrito: «Bartolus Xaxxuferratu lux juris civitis.» Es, pues, el famoso Bartolo que profesó leyes en el estudio de Perusa en el siglo XIV. Di Marzo leyó mal de Haixferratu.

el de uno de los personajes de la Degollación de San Jorge, el que está en lo alto del cuadro, á la derecha del otro, visto de perfil, con la mano en la cara (1). El mismo lujo de animales del maestro del San Jorge y de Huguet se encuentra también en el Triunfo de Palermo; y también en esto hay relación entre aquéllos y el autor de nuestro cuadro, como se puede ver comparando las formas del caballo que trae San Jorge y la parte posterior del caballo de la Muerte en el Triunfo. En ambos es semejante la colocación ligeramente de escorzo, igual el perfil externo de las ancas, con idéntica emangadura de la cola, sinuosa, é idénticamente exagerado el relieve de la columna vertebral (2). También el tono cálido y jugoso del Triunfo concuerda con cuanto afirma Miquel respecto á la técnica de Huguet. No sabiendo, por ahora, si Huguet ó algún discípulo suyo, ó pintor afín, hubo estado en Sicilia alguna vez, podemos solamente suponer que el cuadro de Palermo puede proceder del arte del maestro del San Jorge y entrar en el ciclo de la escuela huguetana. La fecha se puede poner aproximadamente alrededor de 1450, ó poco después, basándose en los trajes allí representados (3).

(1) La misma semejanza se encuentra en el tipo del guerrero con turbante de la tabla de la Decapitación de los Santos Abdón y Senén (tabla de Tarrasa), mostrando el lazo que hay entre los tres cuadros.

(2) Otras comparaciones se podrían hacer, por ejemplo, entre las formas y el dibujo de los perrielos del Triunfo y el que hay en la tabla de San Jorge á los pies del tirano; además, de la misma dureza del dibujo y la misma cartilaginosidad de las orejas, se nota también una emangadura de la oreja con una especie de sinuosidad.

(3) La atribución á Crescencio ha sido destruída por Di Marzo, y contra ella basta un simple examen de su copia firmada del Pasma de Rafael en la Galería de Palermo. El autorretrato, incluido en el cuadro, acusa unos cincuenta años, por lo que es un poco difícil el poder admitir que representa á Huguet. No es improbable, por el contrario, que se trate de algún otro secuaz del maestro del San Jorge, cuya obra se remonta al 1430. La fuente gótica y los trajes de estilo flamenco del Triunfo, pueden proceder del arte catalán mismo, influenciado por la pintura flamenca.

A la misma escuela, por las afinidades artísticas ya notadas por Di Marzo (las formas macilentas de las caras, la repetición del viejo encorvado con la barba corta y redonda, en el grupo de los pobres del Triunfo), pertenecen también los frescos al claro-oscuro, hoy estropeados, de la iglesia de Santa María de Jesús (capilla La Gresa), cerca de Palermo. Es de notar que, en el arte español, la túnica al claro-oscuro fué usada por Huguet mismo en el año 1455 (1).

También de un artista, influido por el autor del Triunfo, parece ser la tabla de San Vito (2) de la Galería de Palermo, núm. 77 (3).

LEANDRO OZZOLA

(*Concluirá*).

(1) V. S. y M., ob. cit., II, 19. Crow y Cavalcaselle juzgan estos frescos superiores, técnicamente, al cuadro del Triunfo de la muerte (ob. cit., II, 110 y 111, nota 1). Marzo los atribuye á Guartasaro (ob. cit., 149).

(2) La tabla proviene de la iglesia de San Vito, de Monreal, y representa en dos cuadros á San Vito y á un santo obispo sentado. El fondo es dorado.

(3) El traje de San Vito se parece al de los Santos Abdón y Senén, de la tabla de Tarrasa, mientras que el delgado rostro del santo obispo ofrece el tipo del Papa, que se ve en la parte inferior del Triunfo, sobre los muertos; en ambas figuras se nota el relieve exagerado, en lo saliente del hueso del cuello y en las arrugas laterales. La obra se puede tener como de la segunda mitad del siglo xv.

EL PRIMER CONATO DE REBELION

PRECURSOR DE LA REVOLUCIÓN EN ESPAÑA

PERTENECEN A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

Había, así en el ánimo del rey Carlos III como en el de sus ministros, desde el marqués de Grimaldi hasta el conde de Floridablanca, la convicción de que el conde de Aranda, don Pedro Abarca de Bolea, tanto por su prolongada asistencia á aquellas cortes extranjeras, donde habían arraigado más las ideas disolventes del filosofismo del siglo XVIII, cuanto por la contrariedad que en su espíritu producía la insistente esterilidad de sus supremas ambiciones, de tal modo se había identificado con los principios que por todas partes sembraban la semilla de la insumisión y de la indisciplina, que, aunque español por la condición indeclinable de su cuna y de sus obligaciones naturales, ni pensaba ni sentía más que á lo francés. Este concepto de su actitud, que al cabo le constituía en peligroso en todas partes, es el que estimulaba al rey á tenerlo siempre alejado de sí, y aunque entre sus servicios eminentes se contaba el haber establecido en Madrid la guarnición militar permanente, como garantía del orden, después que en 1766 ocurrió el motín contra Squilache, encontrándose él presidiendo el Supremo Consejo de Castilla, todavía conservaba este elevado puesto, en que inició tantas útiles medidas de policía interior, cuando en 1770, al anunciar desde Londres el príncipe de Masserano y el conde de Fuentes desde París la publicación, casi simultánea en las dos capitales, del liviano libelo de mis-

ter Clarke, titulado *Lettres sur l'état actuel de l'Espagne*, en que con tan poco decoro se trataba al monarca español que ha legado á la Historia la leyenda más sólida de la autoridad y respetos del poder real entre nosotros, los encargados de examinarla y emitir su dictamen acerca de ella, emparentados y unidos además al conde de Aranda por vínculos estrechos de bien cultivadas relaciones amistosas, tales como el duque de Alba y el conde de Montalbo, no tuvieron embozo en sospechar de él al descubrir en el criminal escrito intimidades de la corte y de la política española, que no podían haber sido reveladas á un escritor extranjero sino por un personaje español bien al tanto de los secretos que entonces se hacían inviolables é inaccesibles al conocimiento de todo extraño, hasta de los investidos de representación diplomática. Al rey Carlos III había mortificado la caricatura que de él se hacía, y sobre todo, que se le llamase el Nemrod de su siglo, que sacrificaba los deberes de su soberano gobierno al placer de la caza, la cual había llegado á constituir en él una pasión tan vehemente, que, como en el libelo se decía: «*Il chasse les matains et les après-midi, et il la fait aux flambeaux quand les jours sont courts.*» Pero todavía le enojaba más que se hubiese escrito que «*le roi d'Espagne s'est engagé dans la dernière guerre contre les avis de ses ministres et le vœu de toute la nation*», hecho que desgraciadamente había sido cierto. Aranda, á quien el libelo había sido consultado igualmente, dada su encumbrada posición en el Consejo, había expresado que, en efecto, irritaba la lectura de aquel escrito, por lo que debía declararse la guerra á la Gran Bretaña, á cuyo país su autor pertenecía, después que se hubiera tomado algún tiempo, tanto para guarnecer mejor algunas plazas de América y ponerlas á cubierto de los actos piráticos de los ingleses, que acababan de apoderarse de las Malvinas, cuanto para concertar con Francia una acción marítima común con que contrarrestar la superioridad militar que ya Inglaterra disfrutaba en los mares; pero ni aun el calor con que sostuvo este dictamen convenció de su perfecta

lealtad, y fué común consejo de los áulicos del rey y de los cortesanos de Grimaldi la conveniencia de alejar al conde de Madrid, colocándole en un puesto que aparentara más premio que castigo. De aquí surgió la idea de su envío definitivo á la embajada de París, lo que todavía tardó tres años en realizarse.

Si desde los tiempos del Ministerio de Grimaldi había en los altos círculos de la corte de Madrid tales ideas sobre Aranda, calcúlese cuáles serían las que sobre él debían fundarse durante el de Moñino; pues si al primero por medios secretos le hostilizaba por su condición de extranjero, Moñino para él no era más que una especie de advenedizo, cuya cuna, aunque hidalga, y cuyos talentos, aunque universalmente reconocidos, sufrían mal que se comparasen con su estirpe, procedente de la más vieja rico-hombría de Aragón, y con sus facultades personales, no sólo acrisoladas por el rango adquirido en la milicia después de las campañas de Italia y Portugal, por las posiciones políticas que había desempeñado cerca del Elector de Sajonia, Federico Augusto, en las paces con Portugal, en el mando de Valencia y en el Consejo Supremo, y por el alto honor de sus cargos palatinos y de los demás honores con que había sido condecorado desde los primeros albores de su juventud, cuando, aun viviendo su padre, comportaba el título de duque de Almazán. La larga correspondencia de Aranda en la embajada de París, desde 1773 hasta 1787, después de dar cuenta de los importantísimos asuntos en que en estos catorce años tuvo que intervenir, se resume en una perpetua queja sobre su posición y su por él entendida postergación personal. Aun así y todo, sin la muerte de su primera mujer, D.^a Ana de Silva, con quien estuvo casado desde el 1.º de Noviembre de 1740, en que el Rev. P. Fray Nicolás Jesús de Belando, historiador insigne, previa licencia del cura de San Andrés de Madrid, D. Manuel Manchanos, les echó las bendiciones en el oratorio privado que tenía en su casa-morada su ilustre progenitor, hubiera sido difícil que se le aceptase la

exoneración que tan solicitada tenía de su representación en París. Y en efecto, apenas vuelto á España, restablecido en Madrid y aun contraídas sus segundas nupcias con su joven sobrina, D.^a Pilar Fernández de Híjar y Silva, hija de su primo hermano el duque de Híjar, ya comenzóse á notar la influencia perniciosa que su presencia ejercía en la elevada sociedad de la ilustre parentela que le rodeaba.

De París había traído, con el fondo filosófico de las ideas escépticas y reformadoras, el espíritu escéptico de la murmuración maligna, con que no había leyenda de deshonor que no acogiese con la frivolidad demoledora de los cuenta-cuentos maldicientes, y el afán de propaganda, que era un medio de hacerse admirar entre la gente de poco seso y de dorada insustanciabilidad. El círculo de éstos era demasiado extenso, pues apenas había casa grande con la que no estuviese emparentado, y naturalmente, era el ídolo de las bulliciosas tertulias de aquella condesa-duquesa de Benavente, la meretriz más ilustre y descocada que en España jamás ha existido; de la joven duquesa de Alba, cuya reputación fué infamada hasta por personas que en aquel tiempo no podían tener acceso á su familiaridad, y por aquella condesa del Montijo, que, aunque de costumbres morales irreprochables, tenía en su casa el núcleo social é ilustrado de cuantos eran partidarios de las ideas modernas que nos traían las brisas del Pirineo. Toda la juventud aristocrática que asistía á diario á estas reuniones, componían la base principal de la admiración que ya de antiguo se le profesaba, y que, desde su vuelta á Madrid, crecía de punto con el contacto y con el proselitismo que á su alrededor se creaba.

Admitido á la tertulia íntima de los príncipes de Asturias, Carlos IV y María Luisa, que le habían profesado también de antiguo cierta marcada predilección, pronto llegaron á oídos de la que pronto había de ser reina las difamaciones de su honor, que salían en aquellos salones de los labios de Aranda, entre las viles anécdotas de la imaginación. María Luisa

no dió crédito á las primeras acusaciones que sobre la mordacidad de Aranda, empleada contra ella misma, se le hicieron. Comisionó personas de su confianza para que averiguasen la verdad, y desde entonces se le hizo relación diaria, aunque secreta, de la conducta del hombre en quien, así ella como el rey Carlos IV, tenían desde mucho tiempo atrás pensado depositar la confianza de su ministerio universal, el día en que Carlos III falleciese. Costó trabajo que la princesa se convenciera de la verdad de la conducta de Aranda, y cuando estuvo convencida, y con ella el príncipe, su marido, acordaron disimular mientras el rey, su padre, viviera, porque con el desvío no aumentasen las murmuraciones, que ya en palacio alguna vez habían producido hondos disgustos entre Carlos III y sus primogénitos y sucesores. Pero desde el día en que el rey murió, María Luisa, ya reina, no quiso dilatar ni por un minuto la revelación de su resentimiento.

Aranda llevó el diario de los desaires de que entonces fué objeto en aquel curioso manuscrito que empieza así:

«El domingo 14 de Diciembre de 1788, á las doce y cuarenta minutos antes de la mañana, murió el rey D. Carlos III. Llevámosle al Escorial para su entierro el martes 16, y el miércoles 17 volvimos. En este intermedio se dignó el nuevo rey decir que todos los de su tertulia de príncipe continuarían como antes por la noche. Yo era uno de los concurrentes; pero persuadiéndome que por mis circunstancias y graduación, como por el nuevo modo de pensar que tuviesen SS. MM., sería bueno asegurarse de la nueva aceptación, hablé al rey el sábado 20, á la hora de su café, diciéndole:—«Señor, he oído que V. M. se ha explicado honrando á sus tertulianos con acordarles la continuación: no obstante que yo era uno de ellos, mi respeto exige el saber antes de V. M. si me permite proseguir como uno de ellos.» Respondióme el rey con sumo agrado:—«Sin duda alguna; pues si tú antes asistías, yo no mudo en estimar á los que trato.» La reina estaba junto á la chimenea, y preguntó al rey en público de qué hablábamos, y res-

pondiéndole con reproducir mi pregunta y su condescendencia, confirmó la reina en voz alta, y delante de más de veinte personas, que sin duda yo, anterior tertuliano, podía continuar como antes. Con efecto, aquella misma noche asistí, y ya hallé una total novedad en tratarme con la bondad que á los otros. Volví el martes 23, y ya noté en la reina mucha mayor frialdad hacia mí, que disimulé, concluyendo la noche sin aparentar que me percibía. Estuve el sábado 27, y fué tan marcado su desvío de mí, que habiendo durado la tertulia una hora, habló la reina con todos, y mucho más con los dos sentados á mi derecha é izquierda, sin haberme siquiera dirigido una palabra: así no abrí mi boca en toda la noche para nadie, ni S. M. tampoco para mí. El domingo 28 me expliqué con Montijo, mayordomo mayor, para que explorase de S. M., y parece que lo hizo el lunes 29, dando á entender la reina que sería escrupulosidad mía; Montijo replicó que yo no había creído que había sido casualidad, y que deseoso de no pasar ante los otros por muy desairado, preferiría el abstenerse de concurrir; y la reina le contestó, repitiendo el desentenderse de él:—Nada; que haga lo que le acomode.»

Cuantas tentativas hizo Aranda para allanar esta situación, con el tesón que le era ingénito, fueron infructuosas, hasta que, convencido de la realidad, primero comenzó á retraerse de los círculos donde su ingeniosa mordacidad le había hecho perder una posición ofrecida y asegurada; después cerró el pico, y se redujo al aislamiento y al silencio; y cuando, con esta conducta, estuvo rehabilitado, vinieron los sucesos de Francia á minar el terreno al conde de Floridablanca, que se había conservado en el Ministerio del rey Carlos IV; y entonces, de Palacio se le buscó por medio de las personas mismas que antes habían sido objeto de sus murmuraciones de salón.

En los papeles de Aranda también se halla consignada esta importante anotación, aunque un poco pálida en ella la verdad:—«Desde que me retiré—dice—de la embajada de Francia, el año 1787, y muerto el rey Carlos III en 1788, entrando

á sucederle su hijo Carlos IV, es bien notoria *la vida retirada* que he hecho hasta la separación del conde de Floridablanca á fines de Febrero de 1792. Cuatro ó seis días antes de esta providencia, me sorprendió una carta de D. Manuel de Godoy, á quien yo no había tratado, por mano de D. Pedro de Acuña, que personalmente vino á entregármela al entrar de una noche, y exigió de mí que le diese respuesta. Su contenido se reducía á ser la voluntad de S. M. que me trasladase al sitio de Aranjuez en aire natural de hacer mi corte, y que solicitase una audiencia de la reina, mi señora, pues se me concedería, y allí sabría ambas reales voluntades. Contestéle desde luego con mi obediencia, y retiróse Acuña con mi contestación. Cumplí al tercero día, y por medio regular de la camarera mayor hice llegar mi solicitud á la reina, quien inmediatamente me la acordó para después de la comida de S. M. Indicáronme SS. MM. su real ánimo; mas siendo ya tarde, me dijeron que volviese en la mañana siguiente por el mismo lado. Así lo practiqué, y en presencia del duque de la Alcudia se explicaron SS. MM. abiertamente conmigo. Supliquéles únicamente que el despacho no fuese en propiedad, sino como servicio interino, á fin de no privarme de la carrera militar, y si se ofreciese algún ruido de armas, poder tomar el mando superior de ellas. En estas condiciones entré en el Ministerio, mientras mi antecesor marchaba á la ciudad de Pamplona.»

De estas revelaciones se deduce: primero, que el duque de la Alcudia dió al conde de Aranda la mano para subir al Ministerio universal que tanto había ambicionado durante toda su vida; segundo, que las explicaciones de SS. MM. con él debieron dejarle entrever la posibilidad casi inexcusable de la guerra con Francia y su revolución, cuando al aceptar él el despacho, sólo exigía que este alto cargo únicamente se le diese en concepto de servicio interino, *á fin de no privarse de la carrera militar* y poder mandar en persona los ejércitos españoles en el caso de tener que apelar á las armas para contener á la invasora revolución. De su gratitud, así á la reina María Luisa

como al duque de la Alcudia, quedan documentados dos testimonios públicos de la mayor evidencia: con la reina, la creación hecha por Aranda de la *Orden de Damas Nobles de María Luisa*; con Godoy, la concesión inmediata del Toisón de Oro y sus últimos ascensos al más alto rango de la milicia. En cuanto á la prevención de la guerra, el ejercicio del poder le hizo variar de opinión: de modo que, cuando admitió el despacho, se reservó para dirigirla personalmente, lo que arguye que en su ánimo estaba que la guerra era inevitable; pero cuando saboreó las delicias de la dirección política del país; cuando prisionero el rey Luis XVI y amenazado de la guillotina, no sólo vió de cerca la confabulación de toda Eropá contra Francia, y muy singularmente el deseo de la guerra que devoraba el alma de los reyes de España, y juntamente el alma entera de la nación española, entonces reflexionó sobre la temeridad á que nos empujó la inspiración unánime del espíritu nacional; pensó que á España no tocaba sino guardar la más pasiva neutralidad, y con esta satisfacción de su pensamiento y de su conducta trajo el conflicto de su ruidosa caída y la exaltación del que antes había sido su favorecedor, y tras aquel conflicto, todas las consecuencias de que la Historia todavía no ha hecho el juicio profundo que merecen.

No obstante, la caída violenta del conde de Aranda hizo revivir en todo el círculo de sus prosélitos y parciales las pasiones que él había procurado encender temerariamente en las anécdotas maldicientes de su mordacidad; y aunque en aquellos tiempos de vigorosa disciplina social, aquellas pasiones no estallaron de repente en públicas y tumultuosas explosiones, pronto se dejaron sentir los explosivos con que se procuró henchir la mina abierta, que trajo al cabo á España días tan tristes de dolor y de sangre como los que dieron principio á nuestra larga y laboriosa revolución.

Entre estos primeros conatos de rebelión, ha pasado desconocido para la Historia, por haberle dado un giro íntimo la prudencia del duque de la Alcudia, de acuerdo con sus sobe-

ranos, á la cuestión que lo promovió, la especie de reto que el mayor de los hijos de la condesa del Montijo, que entonces se titulaba conde de Teba, D. Cipriano de Guzmán (Palafox y Portocarrero), dirigió al nuevo ministro de Carlos IV, cuando era más omnipotente su inmensa popularidad, escribiéndole y dirigiéndole una especie de discurso académico *sobre la autoridad de los ricos homes sobre el rey, y cómo la fueron perdiendo hasta llegar al punto de opresión en que se hallan hoy.*

Conviene aquí reconstruir la situación general de España, comprometida en la guerra con Francia, en el momento en que audazmente se hizo llegar este papel á manos de Godoy. Se había hecho la primera feliz campaña contra los ejércitos de la República, en la que el general Ricardos, no sólo había franqueado los pasos del Pirineo é invadido el Rosellón, sino obtenido en Trullás la victoria sobre Dagobert, ocupado á Ceret, Villalonga, la Roque, Saint-Genie, Banyouls, Port Vendre, Saint-Elme y Collioure, hecho encerrar las tropas francesas en Perpiñán y establecido sus cuarteles de invierno en pleno territorio francés. La nación, que había ofrecido setenta y tres millones de donativos voluntarios para contribuir á los gastos de una guerra, que bien pudo llamarse, por parte de España, guerra de opinión universal, pues respondía á la indignación y la cólera que en España se había sentido por el suplicio de Luis XVI, había pasado del paroxismo del entusiasmo al paroxismo del dolor, cuando á la raíz de tales triunfos que aseguraban otros tan gloriosos, había visto tan de súbito al rayo de la muerte á aquel general genial é intrépido que tan bien y tan aceleradamente había sabido organizar la guerra y obtener tan honrosos resultados. A este dolor tuvo que unir desde los comienzos de la segunda campaña, confiada por aquella parte de los Pirineos al conde de la Unión, las pérdidas sucesivas que el ejército de éste fué experimentando al ataque de Dugommier hasta perder toda la línea del Tet, y en Mayo de 1794, al llegar á Madrid la noticia de la pérdida del fuerte de Bellegarde, después de una lucha de cuatro días continua-

dos, con la muerte de los dos generales rivales, el español y el francés, fué cuando al conde de Teba pareció momento oportuno para cometer el acto de reto y desacato á que equivalía el papel remitido con cuatro cartas anónimas al duque de la Alcudia.

El contenido de estas cuatro cartas, sin firma ni fecha, era el siguiente:

Primera carta.—«Remito á V. E. el adjunto papel que hauiendo por casualidad venido á mis manos, me he creido justo ponerlo en las de V. E. para que vea el modo de pensar que manifiesta en él el Autor, previniendole no le leyó, como queria, por haberselo impedido su Madre, cuyo modo de pensar es mas juicioso. Pero advierta V. E. que quiere leerlo el martes 6 del q.^e viene (1), publicarlo en donde havia pensado primero, y donde dice en la caveza de él: es verdad q.^e la edad le haria discupable en otras circunstancias, pero atendidas las actuales y el acaloramiento con que habla, me crei justo avisarlo á V. E. para que haga lo que juzgue conveniente; y siempre seria bueno fuese antes del dia seis de mayo para impedir lo leyese.»

Segunda carta anónima.—«EXCMO. SR.—Participo á V. E., como el Autor del Discurso que se le remitió por un Amigo mio el Miercoles ó Jueves de esta semana próxima pasada, no leyó, ni leerá el tal papel, donde queria, por haverle aconsejado sus Amigos no lo hiciera. Me han asegurado marcha á un viaje, que dicen tenia ya dispuesto el Miércoles 7 al amanecer, y en caso que no lo haga, seria de desear se le previniese que le hiciese precisamente, pues me tiene enfadado, con el modo de hablar atrevidamente sobre la conducta de las Personas que solo debía respetar.»

Tercera carta anónima.—«EXCMO. SR.—Sr. de mi mayor respeto: El Papel que dias pasados se remitió á V. E. del Con-

(1) Corrección de letra del conde de Teba.

de de Teva, no es cosa suya, sino de su madre, cuyas ydeas y modo de pensar es muy perjudicial y muy contrario al de su hijo, que tiene que disimular, pues esa Sra. es muy altanera, hablando siempre mal de V. E. y de la reyna y bien de los Franceses, y esto ella sola; pues todos sus amigos son muy al contrario, y ella los llama aduladores: y asi seria bueno se la hiciese salir de M.^d para que ellas y otras escarmentasen; pero ni sus hijos los de Teva, ni sus amigos deben ser comprehendidos, pues piensan muy al contrario, y esto debo decirlo por la verdad. Quedo con todo rendim.^{to} á L. P. de V. E.—*No firmo por si tiene inconveniente.*—Sobrescrito: *Reservada para S. E.*»

Cuarta carta anónima:—«Ya habrá salido ó saldrá el Exemo. autor consavydo porque esta mañana se le notificó por su Amigo. No se sy tendrá la aprovación de V. E. porque verdaderamente A sido vn paso muy atrevido, pero el zelo de ver lo mal que avlava de V. E. y de los prinzipales y otros motivos que expresaremos á V. E. si vemos que aprueva la providencia, nos ha animado á ello. Y si V. E. no lo aprueva lo q.^e no es creible, fazil es el remedio, mandando q.^e vuelva; pero no qreemos que sea lo mas acertado. Pronto nos presentaremos á V. E. para que conosca dos vasallos fieles.»

Perplejo dejaron estas cartas y el papel que acompañaba á la primera, concebido en forma de discurso, que había de leerse en la Real Academia de la Historia en sesión pública al ministro de Carlos IV, el cual, antes de dar conocimiento de todas estas cosas á SS. MM., comisionó al conde de Isla, censor de imprentas, para que leyese el discurso en cuestión y le diera su informe. El discurso, en efecto, era un papel lleno de errores, mal pensado y mal dirigido, pero en cuyo fondo se traslucían las doctrinas que el conde de Aranda, deudo muy cercano del conde de Teba, por su padre, el marqués de Ariza, D. Vicente Palafox, había logrado sembrar en el corazón de los que, desde su regreso á España, en alas de la admiración debida al prestigio que tenía de hombre sabio y reformador,

se adhirieron á su proselitismo, y acusaba la protesta del despecho que de sus parientes se había apoderado desde el momento de su caída y en el amargor de sus procesamientos; y lo agravaba mucho más el ser el primer acto temerario con que en aquella sociedad, aún tan disciplinada, un prócer del reino se atrevía irreverentemente contra la autoridad del Soberano. De que, falto de cautela, el conde de Teba lo había comunicado con otras personas, acaso de su misma familia, eran prueba las distintas procedencias y los distintos sentimientos que acerca de papel tan audaz se le habían hecho conocer, aunque por medio del embozo del anónimo, y que del seno de su propia familia habían salido algunos de aquellos avisos que se le dieron; también le pareció prueba bastante la carta en que se atribuía á la madre del conde, la condesa del Montijo, la inspiración de aquel papel, carta que Godoy atribuyó, desde luego, al duque de Granada de Ega, suegro del de Teba, cuyas relaciones con la Montijo siempre anduvieron bastante torcidas.

Godoy, en su lealtad á sus Soberanos, que hizo de su vida una leyenda, oídos los informes del conde de Isla, llevó íntegra la cuestión á Carlos IV y María Luisa. Prevalecieron en éstos los temperamentos de prudencia, y escondiendo su acción personal tras las funciones de su ministro, determinaron que, después de parar, ante todo, el golpe en la Real Academia de la Historia, donde se amenazaba darlo, se diese de todo conocimiento á la madre del conde para concordar después las resoluciones que fueran debidas.

Las comunicaciones que mediaron entre la secretaría del duque de la Alcudia y el alto cuerpo científico arriba referido, son dignas de ser conocidas. La primera, de Godoy al secretario de la Academia, salió del palacio de Aranjuez el 1.º de Mayo, y decía así:—«En consideracion á que está enfermo el Sr. Duque de Almodóvar, Director de esa Academia de la Historia, encargo á V. E. que á quien presida en ella y supla sus veces, entregue la adjunta carta de oficio con la posible

brevedad, dandome parte de haberlo ejecutado y de quien es. Dios guarde, etc.» Era secretario de la Academia D. Antonio de Capmany y Montpalau, el cual, al día siguiente, 2 de Mayo de 1794, contestó:—«EXCMO. SR.—Muy Sr. mio y de mi mayor veneración: En cumplimiento del encargo que se sirve V. E. hacerme en su papel de primero del corriente, he entregado esta tarde antes de empezarse la sesion ordinaria de la Academia de la Historia, la carta de oficio cerrada que V. E. me incluye, al presbítero D. Tomás Antonio Sanchez, como presidente accidental de la Junta. En este centro no hay Vice-Director, ni sujeto designado para presidir las Juntas en ausencia ó enfermedad del propietario; sino que en estos casos preside el Académico mas antiguo entre los que concurren al tiempo de principiarse la sesion: por cuya causa no he podido executar antes la órden de V. E. Con este motivo tengo el honor de ofrecerme á los respetables preceptos de V. E. y ruego á Dios, guarde su importante vida m.^s a.^s Madrid 2 de mayo de 1794.—EXCMO. SR.—B. L. M. de V. E. su mas atento servidor.—ANTONIO DE CAPMANY.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcu dia.*»

La carta de oficio, á que se refieren las dos anteriores, decía de esta manera:—«Ha llegado á noticia del Rey que en el día 6 del corriente mes está preparado para leerse por el Conde de Teba en esa Academia de la Historia un *Discurso sobre la autoridad de los Ricos-homes sobre el Rey, y como la fueron perdiendo hasta llegar al punto de opresion en que se halla hoy; y para evitar las fatales consecuencias de tan perniciosa doctrina, quiere S. M. que si asi fuese, antes de empezarse la lectura se recoja y remita por V. el citado discurso, impidiendo aquella, y diciendome, si lo supiese, los fines q.^e ha llevado en su composicion, y si ha sido voluntaria o por mandato de la Academia con el señalamiento del asunto. Pero quiere S. M. que si asi no fuese y no estuviese preparado tal dia, ni discurso para leerse, devuelva V. esta orden, reservandose para sí su contenido.—Dios guarde á V. m.^s a.^s—Aranjuez 1.^o de mayo*

de 1794.—EL DUQUE DE LA ALCUDIA.—*Sr. Director interino de la Academia de la Historia, por enfermedad del propietario.»*

La respuesta, que acompañó la devolución del documento antecedente, estaba concebida en los siguientes términos:—
«EXCMO. SR.—Por enfermedad del Director de la Academia de la Historia he presidido esta tarde la junta, y al tiempo mismo de formarse, me entregó el secretario cerrada la Real Orden que devuelvo á V. E. El nombrado en ella no ha hecho gestion alguna de leer el discurso memoriado, ni por la Academia se le ha encargado tal trabajo ni á otro ninguno de los Académicos que yo sepa, y lo sabría. No alcanzo qué fin podría llevar el consabido sujeto para componer y leer en presencia de tantos testigos un discurso por su naturaleza y por las circunstancias de los tiempos, tan importuno y sedicioso, que por él sería expelido de la Academia. Reparo además que en el día 6 del corriente no se ha de celebrar junta ordinaria ni extraordinaria en que pueda leerse aquel discurso. Las juntas ordinarias se celebran en los Viernes: las extraordinarias, que son muy raras, en aquel día que queda señalado en la última. El referido sujeto no podia ignorar que el dia 6 no podia haber junta á no ocurrir un asunto urgentísimo. Por todo lo cual pienso que hay equivocacion en la noticia dada á S. M. Es cuanto puedo informar á V. E.—Madrid 2 de mayo de 1794.—
EXCMO. SR.—THOMAS ANTONIO SANCHEZ.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.»*

Atajada por este lado la publicidad del escrito *sedicioso é importuno* del conde de Teba, veamos lo que pasó con su madre la condesa del Montijo.

No existe minuta de la carta particular con que el nuevo ministro la llamó al Real Sitio, ni aun mucho menos apunte alguno de lo que en la entrevista se habló; pero de la carta que la condesa escribió al duque de la Alcudia, de regreso de Aranjuez, el día 7 de Mayo, pueden deducirse todos estos puntos esenciales de la cuestión. La condesa del Montijo, en dicha fecha, decía así al Ministro de Carlos IV:—«EXCMO. SR.—Muy

señor mio de toda mi estimacion: Luego que he llegado á esta, he procurado averiguar, si realmente entré ayer mañana algun Ayudante en mi casa: nadie le vió y el portero asegura que nó. Esto mismo se halla confirmado por uno de los Ayudantes que dice no hay ninguno de sus compañeros que tenga noticias de semejante especie. Queda, pues, demostrada la falsedad de una suposicion con que tanto se ha aflijido mi corazon. Pero lejos de calmarse mi inquietud, al ver descubierta esta indecorosa trama, se ha vuelto á renovar mi dolor, pues aunque no tenga otro objeto, como me persuado, que el que dije anoche á V. E., no puedo prescindir de lo horrible que es á mis ojos una ficcion, y tanto mas esta, en que ademas de comprometer la tranquilidad de toda mi familia, se atreve á tomar el nombre del Rey, suponiendo una orden suya, y presentarse como delincuente á sus ojos. Estas reflexiones al mismo tiempo que penetran, como he dicho, mi corazon de dolor, me llenan tambien del mas vivo agradecimiento á V. E., porque haciendose cargo de la edad é irreflexion de este muchacho, no ha querido usar del rigor que yo conozco que merecia; y aseguro á V. E. que jamás se borrará de mi memoria, ni de mi corazon este lance en que tanto debo á V. E. Pero como yo no puedo sosegar mientras no acabe de descubrir el todo de este enredo, cuyos cómplices ignoro, he de deber á V. E. me envíe, como me prometió, las cartas para ver si por ellas vengo en conocimiento de las personas; pues si acaso son de mi casa, quedandose en ella, estaré expuesta todos los dias á estos ú otros sentimientos. En el ínterin he suspendido tomar determinación ninguna, y pido á V. E., me dicte la que le parezca deba tomar para corregir á este chico, ó si V. E. lo tiene por más conveniente, pasará á ese sitio á ver y tratar con V. E. este asunto, luego que con las cartas haya hecho las averiguaciones necesarias. Esta mañana salí temprano del Sitio sin atreverme á solicitar ver á S. M. ni aun en el Tocador, porque no se divulgase en el Sitio este asunto, que, hasta estar descubierto, me importaba que no se sospechase. Espero las órde-

nes de V. E. y renovándole mi gratitud, quedo,—Exmo. señor. su mas afecta servidora, Q. S. M. B.—LA CONDESA DEL MONTIJO.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcu-
dia.*»

Hay una carta de la condesa del Montijo al duque la Alcu-
dia, sin fecha, pero indudablemente posterior á la anterior, en
la que se da por convencida del delito atribuído á su hijo el con-
de de Teba. En ella pide al ministro de Carlos IV una nueva
conferencia en Aranjuez, conferencia que debió verificarse, y
de la que fué resultado un nuevo documento de que se hablará
después. La carta, sin fecha, dice así:

«EXCMO. SR.—Muy Sr. mio de mi mayor aprecio: V. E. ha
de perdonar la frecuencia de mis molestias, pues debo á su
bondad el enterarle de que los pasos sucesivos que he dado
comprueban todos la falsedad de la especie, y por consiguien-
te mi dolor de tener un hijo capaz de tan detestables invencio-
nes. Sola la sinceridad con que V. E. ha procedido conmigo
podia subsanar una herida tan cruel. Yo pienso pasar á ese
sitio y participar á V. E. mañana en la noche, ó cuando las
ocupaciones de V. E. le permitan oirme, la providencia que
pienso tomar, con el consejo y aprobación de V. E. para corre-
girle, sin imponerle ninguna mancha que le dificulte volver al
camino de la virtud y del honor; pero entre tanto aseguro
á V. E. que solo el corazon de una madre puede apreciar y
agradecer la noble y bondadosa atencion de V. E. en un lance
tan crítico que nunca olvidaré y que tendrá en mí una ami-
ga de por vida, que lo será con toda la lealtad de que es capaz
mi alma, y que celebraré ocasiones de acreditarcelo, quedando
siempre—Exmo. Sr.—su mas afecta servidora Q. S. M. B.—
LA CONDESA DEL MONTIJO.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcu-
dia.*»

En la segunda entrevista de la condesa con Godoy, debió
acordarse la redacción de un documento oficial, en el cual Go-
doy le comunicaría que el rey se había enterado del desacato
de su hijo, y aun sujetándose á procedimientos de denuncia,
confería á la ilustre dama nuevas facultades sobre las que
por la naturaleza le competían, para que ella escogiese los

medios de arreglar la conducta del conde de Teba á las obligaciones de su cuna y de su honor. Las minutas de esta comunicaci3n ofrecen la singularidad de haber sido dos veces redactadas, y la primera de ellas sufrido muchas y esenciales correcciones, lo que demuestra que debió ser debatida en la Cámara de SS. MM. entre los reyes y su ministro. Todo lo que en esta minuta se subraya ó aparece entre paréntesis, representa las modificaciones hechas sobre la primera redacci3n. Conviene conocer uno y otro documento, y así se transcriben aquí íntegros y á dos columnas:

PRIMERA REDACCIÓN

Excma. Sra.—(*El Rey ha sido informado de que el Conde de Teba, primogénito de V. E. se produce en conversaciones y por escrito*) en unos términos agenos de la educaci3n cristiana y política que ha recibido, componiendo (*un*) papel (*papeles*) tan sedicioso(s) y de mala moral, y llegando hasta el extremo de pensar en publicarlo(s), lo que es mayor delito en quien tiene, como S. E., obligaci3n de dar ejemplo de obediencia, fidelidad y veneraci3n á sus Monarcas, como lo han efectuado sus ilustres progenitores, que deberían servirle de otros tantos modelos que imitar. Y aunque por todas estas consideraciones se haría acreedor á un severo castigo que al mismo tiempo que le contuviese para lo sucesivo dentro de los límites de su deber, sirviese de ejemplo á los demás: con todo, atendiendo (S. M.) á su corta edad y á que sus producciones podrán ser pasto de los amigos con quienes trata (*ha resuelto por un efecto de su piedad en suspender tomar providencia alguna con su persona; pero me manda encargue á V. E., como*

REDACCIÓN DEFINITIVA

Excma. Sra:—Ha llegado á noticia del Rey la irregular conducta del Conde de Teba, hijo primogénito de V. E., aunque no la causa principal del modo con que se produce en conversaciones y por escrito y de como lo ha hecho últimamente en unos términos agenos de la educaci3n cristiana y política que ha recibido, componiendo un papel sedicioso y de mala moral, y llegando hasta el extremo de pensar en publicarlo, lo que es mayor delito, en quien tiene, como S. E. obligaci3n de dar ejemplo de obediencia, fidelidad y veneraci3n á sus Monarcas, como lo han ejecutado sus ilustrísimos progenitores, que deberían servirle de otros tantos modelos que imitar. Y aunque por todas estas consideraciones, se haría acreedor á un severo castigo, que al mismo tiempo que le contuviese para lo sucesivo dentro de los límites de su deber, sirviese de ejemplo á los demás; con todo, atendiendo á su corta edad, y á que sus producciones podrán ser pasto de los amigos con quienes trata, he suspendido el dar cuenta á S. M., de este hecho para

lo ejecuto en su Real nombre,) que procure desviarle y apartarle de las gentes que tan perniciosas máximas le han inspirado: que le manifieste el peligro en que ha estado si no hubiera sido por un exceso de (*su*) indulgencia: que recapacite los suyos, y que se enmiende de de ellos, dando unas pruebas claras en adelante del reconocimiento de sus obligaciones, y (*que á este fin*) además de los derechos que competen á V. E. como Madre, la autoriza S. M. plenamente (*para que se valga de cuantos medios crea convenientes para la correccion de su citado hijo:*) en el supuesto de que si (*esto*) no se verificase, y si hubiese la menor contravencion, (*se verá S. M. precisado á usar del exceso de rigor en el castigo, igual al que ahora ha usado de clemencia*). Todo lo que participo á V. E. para que lo tenga entendido y disponga su cumplimiento, (*é igualmente para que V. E. avise de la falta de contravencion, si la hubiese, en el referido Conde, que no espera.*) Dios etc... Sra. Condesa del Montijo.

evitar que se tomase providencia alguna con su persona, y he preferido encargar á V. E. que procure desviarle y apartarle de las gentes que tan perniciosas máximas le habrán inspirado: que le manifieste el peligro en que ha estado, si no hubiera sido por un exceso de indulgencia: que recapacite los suyos, y que se enmiende de ellos, dando unas pruebas claras en adelante del reconocimiento de sus obligaciones: y á fin de que se corrija en su conducta irregular de la que solo está S. M., informado en general, me manda decir á V. E., como lo ejecuto en su real nombre, que tome las medidas mas oportunas y se valga de los medios que halle mas justos para ello, además de los derechos que competen á V. E. como madre, la autoriza á V. E. S. M. plenamente, en el supuesto de que si no se verificase la total enmienda y si hubiese la menor contravencion, experimentará el referido Conde un exceso de castigo igual al que ahora se ha usado de clemencia. Todo lo que participo á V. E. para que lo tenga entendido y disponga su cumplimiento. Dios guarde á V. E. m.^s a.^s Aranjuez 12 de mayo de 1794.—Sra. Condesa del Montijo.

En efecto; la contestación de la condesa del Montijo demuestra que, por lo pronto, logró imponer la autoridad de madre, robustecida con la que del rey había recibido, sobre el hijo díscolo y rebelde. Esta carta estaba concebida en los términos que siguen:—«EXCMO. SR.—Muy Sr. mío de mi mayor estimación: He participado á mi hijo el conde de Teba el oficio que V. E. me ha comunicado con fecha de ayer; y en su consecuencia le he hecho las prevenciones convenientes para

su corrección, intimándole al mismo tiempo la providencia que he creído deber tomar de que pase á la ciudad de Avila, donde permanecerá en compañía de su mujer, que ha querido seguirle, y de D. Fernando de Guzmán, eclesiástico de mi satisfacción, á quien he encargado vele sobre su conducta y procedimientos. Con este motivo renuevo á V. E. mi verdadera gratitud y ruego á Dios guarde su vida muchos años. Madrid 13 de Mayo de 1794.—Excmo. Sr.—B. L. M. de V. E., su afecta y segura servidora, LA CONDESA DEL MONTIJO.—EXCMO. SR. DUQUE DE LA ALCUDIA.»

No acompañó á su marido á Ávila la condesa, su mujer; pero él sólo dilató su salida de Madrid el tiempo suficiente para los preparativos de una ausencia que se ignoraba el tiempo que duraría. En cuanto el conde de Teba quedó instalado en su destierro de Avila, el duque de la Alcudia mandó á D. Mariano Luis de Urquijo, oficial del ministerio de Estado, á quien se confió este expediente, por más que él quiso eludirlo protestando que por su índole pertenecía á la mesa de don Pascual Vallejo, que el *Discurso* original del conde de Teba se le remitiera á su madre la condesa del Montijo, como había solicitado ésta, para inutilizarlo, juntamente con las cuatro cartas anónimas que antes se han insertado, y que había de devolver. Sin embargo, del *Discurso* debía sacar antes una copia, que quedaría unida al expediente con la mayor reserva «para lo que pudiera ocurrir». La carta de remisión decía:—«EXCMA. SEÑORA: Remito á V. E., en consecuencia de la súplica verbal que me hizo, el *Discurso* escrito por su hijo primogénito el conde de Teba, y que fué delatado por su contenido sobre la autoridad de los ricos-hombres sobre el rey, hasta llegar al grado de opresión en que se hallan hoy, á fin de que V. E. haga de él el uso que estime oportuno. Asimismo acompaño á V. E. las cuatro cartas anónimas que me han escrito sobre el referido *Discurso*, las que, luego que V. E. las lea y se entere de su contenido, espero se servirá devolverme para que se hallen en esta primera Secretaría de Estado

y se pueda hacer el cotejo de sus letras, si ocurriese que sus autores viniesen con otras nuevas delaciones. Dios guarde á V. E. m^s a^s. Aranjuez 1.º de Junio de 1794.—*Señora Condesa del Montijo.*»

No se hizo esperar la contestación de la condesa:—«EXCELENTÍSIMO SR. Mi estimado amigo y favorecedor: He diferido de bolver á V. E. las cartas que su fineza me ha franqueado, por querer cotejarlas con otras letras de criados míos, algunos de los cuales estaban fuera de M.^d pero me ha quedado el desconsuelo de no haber podido fixarme en cosa cierta; bien que no dudo se han escrito de orden del chieco, p^s á mas de haberlo él confesado q^{do} fué descubierto, la enmienda de la prim^a carta es de él mismo. El horrible Papel q^e V. E. me remite me ha llenado del horror que merece, y p^r tanto agradezco á V. E. mas y mas el q^e permitiéndome quemarle, como lo he hecho, no haya querido quede un docum^{to} contra mi hijo que seria s^{pre} del mayor oprobio, y q^e ni aun merece disculpa, p^r el ridículo fin q^e le movió á escribirle y remitírsele á V. E. Este nuevo favor que debo á V. E. liga mas mi reconocimiento que deseo acreditarle s^{pre} con la mas verdadera amistad.—Dios guarde á V. E. los m^s a^s q^e deseo. M.^d 6 de junio de 1794.—Excmo. Sr.—B. L. M. á V. E. su mas afectada servidora, LA CONDESA DEL MONTIJO.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcuía.*»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

De la Real Academia de la Historia.

UN VEREDICTO INJUSTO

(TROENS MAGT)

NOVELA

SEGUNDA PARTE

VII

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONES

La luna, brillando, é inmóvil entre la rápida fuga de las cumbres plateadas, deja caer su claridad, á través de la noche profunda, sobre los campos y los bosques blancos de nieve. Los edificios de la finca, el cuartel en que se iza la bandera, proyectan sombras sobre la nieve deslumbrante. En el patio hay unos trineos tumbados de lado, para que el hielo no pegue los patines al suelo. Un perro solitario ladra bajo las ventanas del piso bajo, porque nadie le abre la puerta, á pesar de que todavía hay luz en una ventana de arriba.

Aquella noche, uno de los viejos retirados de la casita, no pudiendo dormir, se levantó un momento. Deslizándose en sus zapatillas, se acerca con precaución á los cristales, y se pone á mirar el edificio principal.

El otro viejo no duerme tampoco. Pregunta:

—¿Hay todavía luz en la habitación de Einar?

—Sí, ¿Qué pasará?

La anciana se agita también en su cama, y murmura:

—El perro estaba aullando hace un momento. No es buena señal.

Reina el silencio.

Vuelve á hablar la vaquera:

—Einar ha sido siempre un buen muchacho. Que Dios le ayude.

—Me parece que veo alguien que se pasea por el salón— dice el viejo, que se ha levantado...

El salón del primer piso está situado entre el cuarto de Einar y el de sus padres. Alguien se pasea, en efecto, silenciosamente. Es Norby.

Su puerta se abre, y entra Ingeborg con una luz en la mano.

—¿Cómo está?—pregunta Norby en voz baja.

—Ven, papá.

—¿Me llama Linar?

—No; es mamá. Einar sigue escupiendo sangre.

Pero el viejo replica:

—Siempre sucede lo mismo en las fluxiones de pecho. Retírate y estate tranquila. Es joven y robusto: saldrá adelante.

Ingeborg sale despacio. El viejo vuelve á sus paseos. No había que ir á buscar al médico; la enfermedad tenía que seguir su curso. Pero necesitaba pasearse por aquella sala, porque no podía dormir.

«¡Dios mío!—pensaba—¡Que todo salga bien!»

Pero lo horrible y lo siniestro, es que hubo momentos en que no deseó que todo saliera bien; pensamientos que zumbaban en su alma como un vuelo de avispas; sugerencias que le daban miedo, que le daban ganas de pegarse. Pero aunque quiso echarlas, las avispas volvían. ¡Había sufrido tanto en aquel maldito asunto! Ciertamente, perdonaba á su hijo. Si Einar curase, no volvería á haber nada entre ellos. Pero... pero... ¡Aquella enfermedad había venido tan bruscamente! ¡Estaba tan reciente su enojo! Y él necesitaba tiempo, mucho tiempo, para que no quedase nada de todos los agujones que tenía en el corazón.

Se acercó á la ventana, con la mirada perdida en la noche clara. El viento empezaba á soplar del Este, y nubes nivosas se asomaban por encima de las colinas.

¡Ah! ¡qué grata sería la vida cuando aquel maldito asunto hubiera terminado, cuando pudiera volver á ser el Norby de de antes! Él no pedía otra cosa sino que le dejaran en paz en su casa. Pero le venían con historias imbéciles que le ponían en lucha con gentes como aquel Wangen; exigían de él que apoyara con su dinero empresas destinadas de antemano al fracaso, como aquella tejería, y cuando quería desembarazarse, le amenazaban con la cárcel... y compraban testigos, y ponían al hijo en contra del padre... ¿Por qué estaba enfermo Einar? Si no le hubiesen molestado, ahora estaría en Cristianía, con sus libros de estudio, en vez de estar ahí, en cama, con una pulmonía cogida por vagar sin abrigo en aquel frío día de invierno... ¿Y si moría?... La culpa sería de quienes le habían alterado; seguramente se alegrarían de ver que Norby perdía el hijo que le quedaba, puesto que ya lograron arrebatárle el mayor... Se puso á temblar.

«¿Conseguirían matar á su Einar? ¿Tendrían ese goce?»

De repente se vuelve y se dirige hacia la puerta.

«De todos modos, voy á buscar al médico.»

Pero se acuerda de que el doctor ha prometido venir por la mañana temprano. Va otra vez á la ventana, y se pone á mirar los grupos rojos y negros de nubes, hacia el Norte.

¡Si Einar muriese y fuera al cielo!... Einar se quedaría allí, toda la eternidad, mirándole, como le había mirado en el patio del tribunal, cuando, golpeando con su bastón el rastrillo de nieve, le dijo: «Quisiera seguir á mi conciencia.»

¿No oiría Norby estas palabras? ¿No vería aquella imagen noche y día, constantemente, mientras viviese? Siempre le acusaría aquel muerto. Por muchos testigos que reuniera, por muchas declaraciones que hiciese firmar, no podrían nada contar aquel muerto.

Se puso á temblar otra vez.

«No, Norby—se dijo;—no será así; es preciso que se salve tu hijo. Que vaya al jurado á declarar contra ti, antes de que suba al cielo para ser allí un eterno testimonio.»

El viento sopla con más fuerza cada vez. Oyense quejas en las esquinas de sus edificios, en los tejados, en los aleros, de los que cuelgan blancas barbas de estalactitas. Al Este, por encima de las colinas, el día se anuncia en el cielo con una raya gris, pero la luna extiende todavía su amplia sábana de plata sobre el lago y la campiña.

Suena el cascabel de un trineo. Es el viejo, que, envuelto en sus pieles, va apresuradamente en busca del médico. Es preciso que Einar viva. El pobre perro, al que nadie ha abierto la puerta de la casa, lanza un alegre ladrido, y, para alcanzar el trineo, se precipita á grandes saltos por la nieve.

Pero queda aún mucho tiempo antes de que alguien se ponga en pie en la finca. Solamente los retirados de la casita empiezan á bostezar, dormidos todavía, como lo hacen siempre antes de despertar; y se despiertan siempre á las cuatro, como en otros tiempos. La vaquera no puede olvidar que tiene que levantarse para ir al establo, como lo hacía quince años antes, y los viejos sueñan que se visten para ir al bosque, como tan á menudo lo hicieran en mañanas de invierno, mucho antes de amanecer. La antigua costumbre se ha transformado ahora en sueños regulares. Cuando estos buenos viejos duerman en el cementerio, tal vez tendrán siempre por las mañanas los mismos sueños.

TERCERA PARTE

I

Al día siguiente de la audiencia, la señora de Wangen se levantó á las seis de la mañana; no tenía criada, y era día de lavado. Pero una vez vestida, tuvo que sentarse: sentíase fatigada. Habíanla despertado varias veces durante la noche, no solamente los niños, sino también su marido. Hasta después de haber logrado dormir Wangen, continuó molestándola con los gritos que daba en sueños.

Esta se levantó al fin, pero se quedó un instante mirándole con la lámpara en la mano. Wangen tenía malísima cara. Su mujer bajó en silencio, á fin de no despertar á nadie. Las ventanas del piso bajo tenían ramas de hielo.

Poco después de las ocho, subió para darle la sorpresa de una taza de café antes de que se levantase; pero en la escalera oyó que la llamaban á voces: iba á despertar á los niños.

—¿Estás loco?—dijo ella al entrar.—Vas á despertar á los niños.

Wangen se incorporó en la cama.

—¿Sabes una cosa, Karen? Mis enemigos son los que me enviaron para ofrecérseme como testigo á ese Soren Krikue; la cosa no tiene duda alguna para mí.

—¿Qué quieres decir?—preguntó ella inmóvil con la bandeja en la mano.—¿Quieres explicarme qué interés podría tener ese jornalero en ir á hacer una declaración falsa que tan fácil era refutar?

—En efecto...

Seguía ella inmóvil, no atreviéndose casi á ofrecerle la taza.

E. M.—Octubre 1909.

PERTENECER A LA BIBLIOTECA
 ATENEO BARCELONÉS

—Norby le compró sencillamente, Karen. Herlufsen, quizá en un momento dado, simuló ponerse de mi parte, también es de la banda. Y él es quien ha prestado ese jornalero para tenderme el lazo. ¡Bien calculado, por lo demás! Me han puesto en ridículo y me han hecho sospechoso. Es todo lo diabólico posible.

—Pero ¿estás seguro de eso, Enrique?

—¡Ya lo creo que lo estoy!

—No puedo creer en tanta maldad.

—¿Que no puedes creer en tanta maldad? Y sin embargo, tienes la prueba de una cada día... Empiezo á suponer que quieres que sea yo el malo, mejor dicho, el culpable.

—¿Quieres el café?—dijo ella, tendiéndole la bandeja. Y añadió mientras que le servía:—Tengo mucho miedo esta mañana.

—¿Que tienes miedo?—preguntó él tomando el café.

—Sí... Había un hombre sentado en la escalera cuando he abierto la puerta. Era el sastre; figúrate si habré tenido miedo.

—¿Pero no va á acabar esto?—exclamó él rechazando la taza.

—Debe de estar loco. No se ha movido á la hora que es. Dice que esperaría hasta que bajas.

—¿No puedes hacer que se marche?—replicó él con violencia.

—No, Enrique; ha dicho que no se irá hasta que salgas. No sé verdaderamente lo que hacer.

Era el anciano sastre, á quien la quiebra le había hecho perder todas sus economías, por las que le prometió Wangen intereses muy crecidos. Casi todos los días iba á hablarle. Pero Wangen tenía miedo de aquel hombre, cuyos ojos, desde hacía algún tiempo, tenían como resplandores de demencia.

Y no era solamente aquel sastre quien sin cesar recordaba las tristes consecuencias de su quiebra. Recibía cartas desesperadas que le suplicaban el reembolso de una tercera parte, por lo menos, de los fondos que le habían confiado; otras cartas,

también llenas de amenazas y de maldiciones. Veíase continuamente asaltado por gentes que lloraban ó escandalizaban; era para volverse loco.

Todas aquellas gentes creían que sólo Wangen, y nadie más, tenía toda la responsabilidad de la desgracia que sufrían.

Y no era esto lo más terrible; también en el alma de Wangen alzábanse á veces negras sombras, y era preciso que se apresurase á pensar en otra cosa.

—Toma—dijo dando la bandeja á su mujer.

—¿Pero no has acabado de tomar el café?—dijo con asombro ella.

Se tumbó de nuevo en la cama.

—No—contestó él;—me quitas el apetito, Karen.

—¿Yo?

—En fin, hablando francamente, no comprendo lo que te puede divertir el contarme esa historia del sastre. Más bien hubieras debido enviar ese imbécil á Norby.

—Está bien, perdóname—dijo ella con un suspiro.

Después recogió la bandeja, y salió.

Desde el interrogatorio, Wangen había vivido como en un sueño febril. La táctica á la que recurrió, para demostrar su inocencia y probar que su acusación no era sino un anillo de la cadena de maquinaciones fraguadas contra su fábrica, no había dado resultado alguno. No había logrado sino aumentar las sospechas que pesaban sobre él. Sin embargo, no se dijo que tal vez había elegido un mal método; al contrario, no vió sino una mera confirmación de sus ideas.

La fecha de la audiencia en que se había de condenarle ó absolverle, se acercaba insensiblemente. Y si Wangen estaba enfermo de impaciencia en espera del veredicto, no era por la angustia de que le condenasen por falsificación; porque en este punto podía absolverse á sí mismo. No; lo que le asustaba era la posibilidad de ver desvanecerse su ilusión con respecto á la inteligencia que suponía formada contra él, el temor de verse forzado á sí mismo.

Y como esta creencia, en la maldad de sus enemigos, le daba la seguridad de ser un hombre irreprochable, el hecho de que su mujer tratase á veces de defender á aquellas gentes, le parecía á veces una verdadera traición. Se ponía furioso, le daban ganas de abalanzarse sobre ella y pegarla cuando la veía así tratar de arrebatarle la tabla de salvación que le sostenía.

Tenía también el sentimiento de que solamente la existencia de esa conjura le autorizaba á proclamarse el hermano en infortunio de sus obreros. Así, la menor excusa que su mujer aventuraba en favor de Norby, le parecía como una tentativa hecha para quitarle una fuerza, una virtud que le daban las aclamaciones y las simpatías obreras.

Cuando, por fin, bajó de su cuarto aquella mañana, la casa estaba confortable.

Preguntó, casi tímidamente, á su mujer:

—¿Se ha marchado el sastre?

—Sí—contestó ésta.

Estaba en la cocina lavando la ropa de los niños.

—Pude, por fin, decidirle á que se fuese.

Cuando hubo comido, Wangen se puso al único trabajo que por el momento le ocupaba: una serie de artículos para un periódico obrero.

El artículo que escribía se titulaba: «La jornada de ocho horas: experiencias y resultados, por un director de fábrica.»

El recuerdo que tenía de estas cosas estaba aureolado por dorados reflejos: primeramente, porque se aferraba á la idea de que la causa de su ruina no estaba en él, ni en ninguna reforma imprudente por él aplicada.

Era un ideal que cada vez le era más querido y que le agradaba glorificar; porque este ideal ponía de manifiesto su inocencia, al mismo tiempo que proyectaba sombras sobre sus enemigos.

Pero, mientras que sentado, con la pipa en la boca, se exaltaba cada vez más escribiendo, he aquí que la puerta de la

cocina se abre, y aparece su mujer con los brazos remangados.

—Pero, mi querido Enrique—dijo ella,—¿no vas, por fin, á salir hoy para tratar de buscar casa?

Él contestó, con voz algo irritada por ser molestado:

—Ya te he dicho que no vale la pena de buscar nada, mientras que sobre mí pese esa acusación.

Poníase de nuevo á escribir, pero ella continuó:

—¿Prefieres entonces vernos en la calle? ¿Te has olvidado de que la venta es la semana que viene?

Arrojó la pluma sobre la mesa. Parecía, en estos últimos tiempos, que ella le creyese constantemente haciendo alguna tontería, para mezclarse así en todo.

—¿Pero no podrías tú misma ir á buscar casa, antes que venir á perturbarme en este momento?—dijo Wangen.

—No sabía que estuvieses ocupado en algún trabajo importante, Enrique... Pero si se trata de algún otro artículo anónimo contra Norby ú otro propietario, te aconsejo que no lo hagas. Estoy segura de que has de salir perdiendo.

—Cuando me ves escribir, te figuras en seguida que estoy cometiendo alguna bajeza. Eres muy amable, Karen.

Ella le miró un instante. Después, sin decir nada, se volvió á la cocina, en donde continuó lavando en un barreño la ropa de los niños.

Ahora, aquella bonita casa que no les pertenecía, le parecía muy penosa de habitar: nunca sabían por la tarde en dónde estarían por la noche. Pero correr el pueblo para tratar de encontrar hospitalidad en alguna parte, era la última de las humillaciones que hubiera consentido en imponerse. Porque muchas personas le habían predicho que pararía en eso, cuando se casó con Wangen.

Wangen había vuelto á encontrar su inspiración, y su artículo estaba ya muy adelantado, cuando su mujer entró de nuevo. Esta vez traía á la pequeña de dos años.

—Enrique—dijo,—perdóname; pero no has partido la

leña, como te lo pedí: ten á la pequeña mientras que yo voy á partirla.

Levantó la cabeza y suspiró.

Ella comprendió que tenía que decirle algo, y se quedó allí, con la mirada inquieta, esperando.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó él con voz anhelosa.

—¿Te atormento tanto, Enrique?

—Había pensado que podrías ayudarme un poco, Karen, en este período de prueba. Pero creo ahora que podrían venir aquí para matarme, sin que tú dejaras de ir y venir con toda tranquilidad, atendiendo á la cocina y al lavado, pensando en el vencimiento y no olvidándote ante de partir leña.

—Todo hay que hacerlo, Enrique. No es culpa mía, si es preciso que yo misma me ocupe en todo ahora.

Él se levantó completamente furioso.

—¿Vas á empezar esa canción? Tan cierto como estoy aquí, que haré todo lo posible para llegar á devolverte tu dinero.

También ella sintió la ira, como si hubiera recibido un golpe en pleno rostro. Exclamó:

—Esto es demasiado. No lo soportaré. No tardaré en desear que fueses culpable, Enrique. Porque, hablando con franqueza, esa inocencia te hace cada vez más insufrible.

—¿Qué dices, Karen?

Palideció y se mordió los labios.

—¿Has comprendido bien, verdad?—añadió ella.

Y diciendo esto, cogió á la niña en brazos, y salió.

Poco después oyó Wangen que partía leña, y se puso á pensar:

«¡Dios mío! ¿No puede partir algunos leños? Con buena calma toma todo lo demás... Me pregunto si no llegarán un día á apartarla de mí á ella también.»

Karen, mientras que partía la leña, tenía que cuidar al mismo tiempo de la niña, á la que había dado unos maderitos á modo de juguetes.

Parecíale irritante ver á su marido que, encerrado por

completo en su desdichada inocencia, no concedía un pensamiento ni á ella, ni á sus hijos. Ni toleraba que ella misma pensara en otra cosa que en aquella inocencia, que no tuviera en el corazón otros sentimientos que los de simpatía y piedad hacia él. No hacía aún cinco semanas que habían enterrado al pequeño; nunca hablaba de él Wangen, y ni quería casi que hablase ella.

Pero lo que más empezaba á fatigarla era la eterna manía de la sospecha, que hacía de todo el universo una cosa abrumadora y repugnante.

Lo peor era que aquella manía la ganaba á ella también, y era como una enfermedad que la causara horror, y de la que quisiera sacudirse.

Y, al mismo tiempo que él recurría á medios cada vez más enojosos para defender su inocencia, pareciale también á ella que Wangen era un hombre cada vez menos estimable. Volvía borracho con más frecuencia que antes; se hacía brutal, no toleraba la menor contradicción. Era como si esa inocencia no solamente le absolviese de cuanto malo pudiera haber hecho nunca, sino que le confería el derecho de obrar á su antojo en lo presente y en lo futuro.

Cuando volvió Karen, Wangen se paseaba á grandes zancadas por la habitación.

—Karen—dijo él,—¿puede molestarte que yo haya esperado que tú, por lo menos, quisieras sacrificarte un poco por mí ahora?

—¿Pero qué más quieres que haga, Enrique? Ya ves que trabajo desde la mañana hasta la noche.

—Sí, trabajas mucho. Pero podrías tal vez trabajar un poco menos. ¿Por qué no enviaríamos los pequeños á casa de mi tía, por algún tiempo? Ya sabes que ella los recibiría gustosa, y no tendrías nada que temer...

—¿Te parece, de veras, que deberíamos separarnos así de nuestros hijos, Enrique?

—¿Sería tan espantoso?

—Para ti, sin duda, no—dijo ella.
Y se fué otra vez á la cocina.

*
*
*

Habíase llegado ya á mediados de Abril, y la primavera empezaba á brotar. Un día que el sol caldeaba de firme las tierras aún desnudas, Karen, desde el balcón, contemplaba la campiña. A la derecha se veía el lago clarísimo, en el que se reflejaban nubes ligeras y blancas.

—A ver, mamá.

Eran sus dos pequeñas, que querían ver también y se agarraban á sus faldas.

Y he aquí que, cerca de la verja del jardín, oyó ella una tos bien conocida. Era su padre que se acercaba.

Desde hacía algún tiempo, las visitas del viejo eran siempre penosas; ella se metió con presteza, y estaba ya ocupada en coser algo cuando entró su padre.

Fingió éste no observar que ella se levantaba y le tendía la mano. Las dos niñas, que se habían apresurado á correr al encuentro de su abuelo, se quedaron también perplejas al sentirse rechazadas. Él se dejó caer en un sofá. Resopló, se puso el bastón entre las rodillas y cruzó sus manos temblorosas sobre el puño.

—¿Tampoco está hoy?—dijo al fin.

—No, padre.

—Nunca está... ya... ya.

El viejo había pasado de los setenta años, pero no había perdido nada de su estatura gigantesca. Sus largos cabellos blancos, el espeso collar de barba un poco amarillenta, sus ojos enrojecidos y siempre húmedos, le daban el aspecto de un patriarca.

Hubo un prolongado silencio. Por fin, dijo Karen:

—¿Y qué tal vas, padre?

—¿Yo? ¡A maravilla!... La finca va á ser vendida en un

lote... y luego, tu hermano se marchará á América... ¿Y yo? Sin casa, es preciso que elija: ó marcharme con él, ó hacerme inscribir en la beneficencia.

—¡Padre!—dijo en voz baja Karen, mirándole fijamente.

El viejo se vió con la boca cerrada, y sus manos, de un rojo que azuleaba, temblaron más sobre el puño del bastón. Su cabeza temblaba también sobre su cuello enflaquecido.

—¿Está todavía ocupado en regenerar á los obreros, hoy?—preguntó con sorna.

—No—dijo ella.

—Es curioso observar nosotros los viejos, que sabemos prestar atención á las cosas, que cuanto menos vale un hombre, más destinado se siente á regenerar á los otros... ¿Quieres decirme lo que tiene que contar á esos vagabundos, él, que tanto les ha perjudicado en sus intereses?

Ella no contestó, y se limitó á suspirar.

—¡Y los obreros! También son curiosos. Se les puede engañar lo burdamente que se quiera, con tal de que les organicen conferencias, que se escriba para ellos artículos de periódicos. No tienen qué comer, no tienen ropa, pero todo está salvado con tal de que se les cuente algunas historias, con tal de que se les dé algunos papeles para gesticular y divertirse... Sí; vivimos en un tiempo muy curioso.

—¿No pensarás seriamente en marcharte á América, padre?

—Seguramente que no; si me reembolsa tu marido las últimas diez mil coronas que le presté... Debía habérmelas devuelto á los quince días...

Y se puso á reir de nuevo.

—Puedes estar seguro de que lo hacía de buena fe, padre.

—¿De buena fe? ¡Evidentemente! Y esa buena fe nos ha hecho perder fincas y tierras...

¡Ah! la buena fe...

Karen se calló. El viejo siguió hablando:

—Así, pues, quiero un pequeño desquite. Es preciso que tú y los pequeños le dejéis... Si me marchó á América, me que-

daré, sin duda alguna, en medio del Atlántico. Es posible que obtenga un pequeño albergue en la finca. ¿Pero crees tú que consienta en quedarme, y en ver á extraños gobernar mis bienes, completamente todo, sin ninguno de los míos junto á mí? Es preciso que vengas; ¿me oyes, Karen?

Y fijó en ella sus ojos enrojecidos.

Karen le miró, no sabiendo ya qué decir. Pero, al cabo de un instante, meneó la cabeza.

Y pasó lo que ya había ocurrido otras veces: el viejo se fué furioso, amenazando con no volver á poner los pies en casa de su hija.

Pero, al poco rato, oyó una voz en el jardín y, cuando ella salió al balcón, él estaba en la verja con la cabeza vuelta hacia su hija. Gritó:

—¿Has pesado bien tu respuesta? Porque es la última vez, óyelo bien, que te pido algo.

Ella no pudo contestar. Hizo con las manos un ademán de impotente debilidad, y se metió en la casa; se dejó caer en un sofá y se echó á llorar, sollozando.

¿Dejar á Wangen? No. No daría la razón á quienes se lo predijeron...

Cuando Wagen volvió, contó que sus obreros habían resuelto hacer una manifestación el 1.º de Mayo, y que sospechaba que querían ir á casa de Norby.

Karen creyó observar que lo decía con gusto, y, levantándose bruscamente, exclamó:

—Supongo, Enrique, que no habrás tú ideado eso.

—Pues claro que no.

Y sonrió con un poco de desdén irónico.

—¿Pero, harás alguna tentativa, al menos, para contrariar ese proyecto?

—¡Cómo te pones por tan poca cosa! Hablando con franqueza, yo no impediré nada. La única arma de que disponen los pobres obreros es manifestarse en masa. Y no puedo, á la verdad, censurarles porque quieran demostrar á Norby y á

los otros pájaros gordos la consideración en que les tienen.

—Los apruebas; así me lo figuraba—dijo ella suspirando.

Y salió.

La era doblemente penoso tener que despreciarle, ahora que debía estar con él contra todos. Necesitaba estimarle ahora, sobre todo. Pero lo peor era que, mientras los otros se esforzaban en perderle, él les prestaba el servicio de perderse por sí mismo.

Un día, el síndico de la quiebra les hizo saber que la fábrica y la casa habían sido vendidas, y que tenían que mudarse en seguida.

Y aquel día, Karen tuvo forzosamente que ponerse en busca de un albergue.

Había, cerca de una granja próxima, una casa desalquilada. Pero su propietario, Saro Kringen, fué en otro tiempo aspirante desdeñado á la mano de Karen. ¿Cómo había de ir ésta á buscarle ahora?

Pero después de haberlo recorrido todo, volvió completamente descorazonada; nadie la había querido.

Sin embargo, preciso era meterse en alguna parte, y ella tenía cierta repugnancia en pedir algo á Wangen.

«Está bien, pensó ella, disponiéndose á salir de nuevo; pasaré también por esto.»

Y fué á casa de Laro Kringen...

A los pocos días, un carrito salía de la elegante casa. Dos niños iban en el carro, y Karen llevaba al tercero en brazos. Algo detrás venía Wangen, con la cabeza baja y las manos metidas profundamente en los bolsillos.

La casita estaba situada en una altura y rodeada de pinos. No tenía más que dos habitaciones y la cocina. Cuando entraron, sintieron tan fuertemente la diferencia entre su antigua morada y aquel pobre tugurio, que se quedaron plantados en medio de la primera habitación.

Pero todavía quedaba la peor humillación: viéronse obli-

gados á pedir á Laro Kringen que les abriese crédito para la leche y los víveres.

Ella tuvo que hacer por sí misma la gestión, dispuesta á desaparecer bajo tierra á cada paso.

Y de todo esto, en el fondo, tenía la culpa Wangen. Aunque se esforzase en combatirla, sentía contra él una animosidad creciente. En aquel ambiente de frialdad y de pobreza, no tardaron en llegar á no hablarse sino para provocar escenas. Y, cada vez más á menudo, venía borracho por las noches.

II

Einar Norby seguía guardando cama. En medio del día se sentaba en la cama, permaneciendo así más tiempo cada vez. Pasaron los días; el último montón de nieve del patio se fundió y desapareció; al tintineo de los cascabeles del trineo sucedió el ruido de las ruedas de los coches. Un día oyó Einar que sacaban los corderos del establo en medio de una algarabía de balidos, á los que se mezclaba la voz del pequeño Kunt que, desde el terrado, lanzaba gritos de alegría al ver el desfile.

Para Einar, aquella enfermedad era como una noche profunda que se separaba de un acontecimiento pasado, pasado hacía mucho tiempo, y sobre el que su pensamiento no lograba ya fijarse. Y cuanto más se alejaba de aquella barrera de tinieblas, mejor comprendía lo bien que se encontraba allí, en su lecho de convaleciente. Volvía á ser niño, envuelto en las sábanas y las mantas que su madre le arreglaba. Ella le daba de comer con su mano. Él tenía caprichos, permitiéndose ser extraordinariamente exigente, y su madre le reñía con dulzura. Ella le lavaba y le mudaba de ropa como en los días de su niñez.

Después de una grave enfermedad, se tiene la sensación de renacer al mundo, tan débil, tan extenuado, que la más peque-

ña contrariedad hace que se humedezcan los ojos, como hacía gritar cuando él era niño. Cuando la mamá tarda demasiado en venir, la sola espera es un tormento insoportable.

Al irle volviendo las fuerzas, observó que su padre no entraba á verle, y comprendió al mismo tiempo que había algo de lo que él, Einar, no debía hablar, en lo que no debía pensar. Porque con ese algo, venían otras cosas, muchas otras á las que no quería dar acceso en aquel momento.

Un día, Ingeborg entró en su cuarto con un lebrillo de agua caliente, y le dijo:

—Tendrás necesidad de lavarte los pies, querido.

Y mientras que, una vez los pies fuera de las mantas, se complacía en sentir en ellos la caricia húmeda de la esponja y las hábiles manos de su hermana, sus ojos se llenaron de lágrimas.

«¡Dios mío!, se decía. ¡Qué suerte tengo en estar entre los míos en este momento!»

Recordaba que, en las primeras noches de fiebre, le había asustado la idea de que le cuidasen las mismas personas á las que había hecho traición. Pero esto también, sin duda, dependía de su enfermedad. Durante sus accesos de delirio, habíale ocurrido ver á Wangen en su cuarto, oírle decir: «Voy á ir á la cárcel por culpa tuya.» Y había gritado de angustia. Pero esto también era una enfermedad, de la que curaría ahora... ¡Qué cosa tan rara el estar enfermo! Y mientras que su hermana le secaba los pies con una toalla caliente, pensaba mirando al techo:

«¡Qué felicidad, Dios mío, el que no haya podido hacer daño á éstos!...»

Pasaban los días. A medida que Einar lograba fijar su atención en ideas cada vez más difíciles, ocurriale pensar con un poco de inquietud en el momento de bajar al piso bajo y ver á su padre. Sin duda tendría que pedirle perdón. Pero esta perspectiva también despertaba en él un raro dolor. A menudo oía una voz que le decía: «No has sabido llevar á bien una grande

y bella empresa, Einar. Y precisamente porque estás acostado aquí, rodeado de tanto cariño, aumenta tu impotencia para realizarla. Debías salvar á un inocente; la firmeza de tu carácter debía templarse con una cruda prueba. Has sucumbido, huiste. ¡Y ahora das gracias á Dios por tu desfallecimiento!»

—Mamá—gritó entonces como sin quererlo.

Y si su madre no estaba allí, á su lado, sentía á veces una horrible ansiedad que le duraba hasta sentirla de nuevo á su lado.

—Mamá, ¡qué pálida y delgada estás! ¡Cuántas malas noches has pasado, Dios mío!

—No te preocupe eso, hijo mío... ¿Cómo estás ahora? ¿Quieres algo?

Y estas palabras de solicitud bastaban para desbordale el corazón, porque calmaban todas sus angustias y le aportaban, por largas horas, una tranquilidad completa, una paz profunda.

Una mañana, Ingeborg entró á verle, llevando en la mano algunas ramas con los botones verdes.

—Aquí tienes un mensaje de la primavera—dijo ella.—Tienes que levantarte pronto y salir. Verás cómo he arreglado el jardín.

Cuando por fin le permitieron levantarse, fué á sentarse junto á la ventana... Unas muchachas atraviesan el patio corriendo, sin nada á la cabeza; ríen, se cuentan probablemente una historia de amor. Y él sonríe al verlas. De niño, jugó mucho en aquel patio, entre las diversas dependencias, y cada rincón guarda un recuerdo que se despierta ahora. Cada vez más se estrechan los lazos que le unen á aquel lugar, á las personas que allí moran...

Un día, Ingeborg fué á verle, y le preguntó con voz un poco vacilante si quería que le leyese algo de un libro de oraciones, y él accedió por complacerla. Poco á poco llegó á sentir un gran encanto oyéndola leer. También debía de haberse engañado sobre aquellas cosas.

Un día, después de la lectura, Ingeborg le dijo:

—El Urjós ya está libre de hielos; hoy empieza á andar el vapor.

Y Einar vió ante él abrirse el vasto lago: después del deshielo, sus aguas son verdosas; aquí y allí flotan fragmentos de troncos de árboles y pedazos de madera; se ve á un pájaro que se deja llevar á la deriva sobre un témpano agitando las alas de cuando en cuando... Llega el verano.

—¿Sabes lo que está haciendo papá?—pregunta Ingeborg sonriendo.

—¿Papá?—repite Einar en voz baja, volviéndose hacia la pared.

—Sí... está haciendo construir un pequeño *chalet* para ti, en los altos prados. El doctor quiere que vayas á pasar el verano en la montaña.

Einar volvió bruscamente hacia ella la cabeza, y se puso á sonreír como un niño que no ha sido bueno.

¿Pensaba verdaderamente en él su padre, como todos los demás, y se tomaba por él trabajos?

—Papá no ha venido todavía á verme—dijo tras un breve silencio, con voz sorda.

Ingeborg suspiró, y contestó:

—Pregunta por ti cien veces al día; cuando estabas enfermo, no comía ni dormía.

Después vió que Einar reclinaba la cabeza en las almohadas. Había cerrado los ojos, pero las lágrimas le asomaban por los párpados y tenía los labios apretados.

Se levantó, se enjugó las lágrimas con su pañuelo, y le dijo:

—Si papá no ha venido á verte, ha sido, á lo que creo, para evitarte una fatiga, una emoción. Y además, no puedes esperar que suba hasta que no sepa lo que piensas de él.

Einar apretó más los labios como si le doliera algo.

—¿Ruego á papá que venga, Einar?

—Sí—contestó él en un soplo...

Norby dijo á su mujer que había tenido un pequeño disgus-

to con Einar, y que no entraría en el cuarto de su hijo hasta que no estuviera lo suficientemente restablecido para poder hablar con él de ese asunto.

Poco á poco había adquirido la plena convicción de que sus enemigos habían debido de excitar á Einar contra él. ¿Quién de ellos habría sido? ¡Engañar á un muchacho como Einar! No era mal golpe.

¡Pero con qué ansiedad había esperado todo aquel tiempo que Einar le mandase á llamar! Porque, dada la manera de separarse, le era imposible ver al joven antes de que éste se inclinase.

¿Se inclinaría Einar? ¿Le sería devuelto su hijo?

¿Y cuáles eran los pensamientos de su hijo, ahora que había llegado el tan deseado momento? Norby subió la escalera á pasos contados, pero agarrándose al pasamanos. Cuando entró en el cuarto, observó en seguida lo delgado, lo desconocido que estaba el muchacho. Einar tenía aún los ojos húmedos, y tendía la mano con una sonrisa inquieta.

Ingeborg, que había subido con su padre, desapareció sin ruido cuando vió lo conmovido que estaba. El padre y el hijo se quedaron solos.

El viejo se sentó, apretando los labios y tomando la mano tendida, aquella pobre mano, tan flaca. Einar observó la turbación de su padre y, ya fatigado, nervioso, estalló en sollozos.

—¡Perdóname, padre!

El viejo se levantó y arregló la manta que se había caído.

—No hables de eso—dijo con voz apagada.—No quiero que te atormentes ahora con esas cosas: no te haría bien.

Cuando el viejo se encontró luego á solas en su despacho, resoplaba fuertemente, y decía con los ojos mirando al techo:

—Alabado sea Dios... Gracias, Dios mío. Gracias por haberme devuelto á mi hijo.

Dejóse caer en el sofá de cuero. Estaba temblando. Nunca le había ocurrido nada tan grande. ¡Jamás! Aquella enferme-

dad debía de haber tenido un sentido oculto; ahora lo comprendía.

—¡Gracias!—replicó alzando los ojos.

Si se figura uno á una mujer recobrando á su hijo al que robaron unos malhechores, se concibe que sus transportes superen á toda ponderación; pero al mismo tiempo, el odio á los raptos, el temor de que vuelvan, el deseo de que los pongan en la imposibilidad de hacer daño, son en ella tan grandes como su felicidad. Así le ocurrió á Norby aquel día. En medio de su alegría, pensó en Wangen.

«No han logrado hacer lo que querían, se dijo. Hay alguien que ha vencido, á pesar de todas sus malicias.

Y mientras que daba gracias á Dios con un sentimiento de alegría indecible, en el mismo instante Wangen y sus otros enemigos se presentaban á su espíritu como fuerzas del mal que pedían reanudar sus siniestras empresas. ¡No! Era preciso ahora hacerles inofensivos de una vez para siempre.

«Saldrá de aquí, pensaba, con una mezcla de furor y de alegría; bastantes desgracias ha causado. Para él no basta la cárcel: deberían deportarle.»

Si el mejor amigo de Norby le hubiese dicho en aquel momento: «Y, sin embargo, prestaste tu garantía á ese hombre», le hubiera derribado á sus pies de un puñetazo. Dios sabía que aquello era una mentira descarada. ¿Podía tener la menor honradez el hombre que recurría á tales medios? ¡Jamás!

Si, á veces, el pensamiento de la inocencia de Wangen venía á rozar la conciencia de Norby, sentía un asco, como ganas de escupir aquel pensamiento fuera de él, lejos de él. Estaba en su derecho. ¿Y no iba aquel demonio afirmando que Norby le había dado su firma en el Gran Café? ¡Aquello era demasiado!

—¡Gracias, Dios mío, gracias!... Pero esto no basta todavía; ¡saldrá del lugar!

III

Por fin llegó el día en que el padre y el hermano de la mujer de Wangen tenían que dejar su finca. Ella tenía pensado levantarse muy temprano é ir á verlos por si les podía ser útil en algo. Pero, á eso de las cuatro de la mañana, la despertaron unos golpes. Asombrada, se levantó; se puso lo primero que halló á mano y fué á la puerta.

—¿Quién es?

Era su hermano.

Cuando le abrió, vió á la luz gris del alba que venía trastornado.

—¿Qué hay?

—El padre—dijo él con voz ahogada.

Y no entraba.

—Entra. ¿Qué ha sucedido al padre?

Su hermano no contestó en seguida. Entró y se dejó caer en una silla.

Pero ella tenía tanto miedo ahora, que no se atrevía á seguirle preguntando. Permaneció en pie esperando.

Y su hermano, con todos los preparativos posibles, le contó que su padre había desaparecido la víspera por la noche. Le buscaron por todas partes. Preguntaron á todo el mundo... Y, por fin, lo encontraron en su granja ahorcado...

Cuando Wangen bajó por la mañana, su mujer seguía sentada, con la mirada puesta en el vacío. No había café, no estaba hecho nada.

—¿Pero qué ha sucedido, mi querida Karen?

—Nada—contestó ella con una voz sin timbre.

Aquel día, como los otros, tenía ella que ir y venir y hacer sus tareas habituales; era preciso lavar y vestir á los niños, ir á la granja por la leche y las provisiones.

Pero su padre la seguía á todas partes. Antes que abando-

nar, arruinado, su patrimonio, se había matado. Y le veía ahorcado en aquella misma granja en la que tanto había jugado ella. No dejaba de decirse: «Yo tengo la culpa.»

Y apenas podía andar.

Cuando Wangen supo la cosa, se quedó sin moverse, con la cabeza entre las manos. Al representarse la imagen de aquel viejo, al que había impulsado á la muerte con su imprevisión, se encontraba en el mismo estado mental que el día en que pesaron sobre él, con su abrumador peso, en el tren de Cristianía, la clara conciencia de sus faltas y el horrible sentimiento de su responsabilidad.

—¡Ah!—dijo de pronto.—Ya es demasiado. No puedo resistir solo tantos golpes. Es preciso que me ayudes tú.

—Tú eres el que deberías ayudarme—contestó ella con voz blanda.

Más adelante, durante el día, él la encontró sentada aún, con la mirada perdida, sin moverse, sin hacer caso de la menor de sus hijas, que la tiraba de su falda.

Ella le miró, y él se estremeció, no sabiendo si aquella mirada significaba terror ó era de odio.

«Piensa que yo soy la causa del suicidio de su padre. No tardará en decirlo.»

Y aunque se confesase á sí mismo que aquella impresión probable estaba harto justificada, sintió el deseo de prepararse para el ataque.

«Bastante tengo sobre mí, pensó, para que me abrume con la carga de esa desgracia.»

Y, de suposición en suposición, se fué irritando contra ella, como si pudiera incumbirla alguna responsabilidad en lo que acababa de ocurrir.

Siguieron así, con miedo el uno del otro, sin decirse nada, sospechando cada uno que el otro tuviera deseos de agredirle. Encontrábanse ahora fuera de la casa en donde vivieron sus años felices; y allí, en aquel miserable albergue, sólo les recordaba su desgracia y contribuía á separarles más.

Karen estaba en la cocina, haciendo una sopa para sus niños, cuando de repente cayó sobre una silla y se puso á mirar al fuego, con los ojos agrandados por el terror.

Porque su padre—tal como le veía ahorcado—la decía que no se trataba de Wangen, sino que ella era la verdadera culpable; ella, que había hecho entrar á Wangen en la familia.

¡Era ella, ella, ella!

La sopa se salió, se desbordó por el fuego, y Karen no veía nada. Parecíale que el suelo cedía bajo ella, que un espectro espantoso y negro se inclinaba hacia ella, y el espanto la helaba. Instintivamente se puso á buscar en derredor lo que podría salvarla.

Después de todo, la quiebra era lo que les había arruinado á todos. Pero, ¿y si Wangen era verdaderamente inocente de ella? Entonces las acusaciones de su padre caían sobre los primeros autores del infortunio, sobre los que habían maquinado contra su marido la odiosa conjura, la acusación de falsario y todo lo demás. Y así, la inocencia de Wangen se convertía para ella en una tabla de salvación. Era inocente; era preciso que fuese inocente.

Por la tarde, Wangen salió para ir á la finca de su suegro: Karen no se atrevía á ir. Pero cuando vió la casa, Wangen se volvió. No se atrevía á afrontar la presencia del muerto.

Al entrar en su casa, su mujer estaba sola sentada ante la mesa.

—¿En dónde están los niños?—se apresuró á preguntar él.

—Los he mandado afuera—contestó ella, siempre con la voz blanca.

Le invadió una espantosa sospecha:

—Pero dime, al menos, en dónde están—dijo, abriendo la puerta de la otra habitación, en donde tampoco estaban los niños.

—He telefoneado á tu tía—añadió ella con la misma voz.—Ha venido en seguida y se ha vuelto á marchar.

Y como él continuase mirándola un poco indeciso y sorprendido, añadió ésta:

—He pensado que esto sería mejor para ti, Enrique... Si puedo yo serle útil en algo, dímelo.

Estas palabras eran tan enigmáticas, que no le dió las gracias. Hubiérase dicho, por el raro sonido de su voz, que ella no se dirigía á él, sino á sí misma.

Cuando por la noche entraron en su alcoba, les pareció espantosamente vacía. Los puestos de los niños parecían esperarlos.

Aunque ahora el espanto la impulsaba hacia su marido, aunque se aferrara á la inocencia de Wangen y sintiera la necesidad de animarle todo lo posible, dándole toda su confianza, no podía hablarle todavía. Porque no quería decir nada ingrato, y le era todavía imposible mostrarse cariñosa con él.

El silencio era enorme, puesto que ya no percibían entorno de ellos esos breves rumores que hacen los niños durmiendo.

Nada les distraía de sí mismos. Y el silencio, el foso que los separaba, les obligaba á cada uno de ellos á mirarse á sí mismo, á contemplar en sí la misma imagen: la del anciano ahorcado en su finca.

Él se metió en la cama antes que ella, y, con un codo en la almohada, espiaba sus movimientos. Ella tardaba en sus preparativos, como si tuviera miedo de ir á acostarse. De vez en cuando miraba hacia el lugar vacío de los niños.

«En esto no he intervenido para nada, pensó él, y sin embargo, también me va á echar la culpa.»

Y cuando, por fin, ella se tumbó en la cama, que tocaba con la de su marido, taciturna, con la mirada en el techo y las manos enlazadas detrás de la nuca, tuvo él una impresión siniestra: parecía que ella estaba dispuesta á hacer algo aquella noche, cuando él se durmiera. Sin saber claramente por qué, vacilaba en apagar la vela, que ardía en una silla, junto á su cama.

—¿No vas á apagar?—dijo ella, sin moverse, con voz muerta.

Y tuvo que hacer lo que le pedía. La noche gris de primavera entraba por la ventana, como si no hubiera cortinas.

Ambos permanecían con los ojos abiertos, vueltos hacia aquella vaga luz. Hubiérase dicho que tenían miedo de cerrar los párpados ó mirar á las tinieblas.

Así permanecieron largo rato, sumidos en sus lúgubres pensamientos.

De pronto, él se puso á temblar; ella se dió cuenta de la angustia de su marido y redobló la suya.

La necesidad de darse ánimos se hizo superior á todo, y buscó en su mano la de su marido.

—Dame la mano, Enrique—dijo.

Y esta acción, y la soledad en que se encontraban, les trajeron á la memoria los primeros meses de su matrimonio, cuando se dormían así, con las manos entrelazadas.

Y, sin quererlo, se puso ella á pensar en los hermosos días de aquel tierno amor, como para probarse que ella era completamente digna y de buena fe en aquel momento.

Pero su padre—siempre allí ante ella, ahorcado—no atendía á sus razones, y ella apretaba cada vez más la mano de su marido. Y esta unión de sus manos, la abnegación misma de que era símbolo, modificaron la naturaleza de los sentimientos de ambos. Podían, por fin, salir de sí mismos para pensar uno en otro; y empezaban á compadecerse mutuamente, porque escapaban así á la contemplación de su propia miseria.

—¡Pobre Karen!—dijo Wangen.—Tú eres la más duramente castigada.

—¡Oh, no, Enrique! Lo peor es para ti, bien lo sabe Dios.

—No, Karen, yo soy un hombre. Y... además era tu padre.

Estas últimas palabras evocaron de nuevo al ahorcado á los ojos de la joven. No; no podía soportar más aquella imagen... Wangen no era responsable de aquella muerte... Y se refugiaba instintivamente cerca de Wangen; recurría á su ino-

cencia como á la única tabla de salvación de que dispusiera.

—Enrique, ¿puedo ir contigo?

—Sí, querida mía.

Y, feliz él también de no sentirse solo, la hizo sitio y fué ella á refugiarse junto á él, á estrecharse allí, como en otros tiempos, para que él la tranquilizase.

Y ahora que el calor de esos cuerpos se confundían, que se sentían unidos el uno al otro, se les ocurrió hablar de su común excusa, como para convencerse mutuamente de su inocencia.

—¡Dios mío!—exclamó ella.—Nada de esto hubiera ocurrido si esas gentes...

El comprendió lo que quería decir, y se apresuró á replicar:

—Así es.

Y lejos de estimarse culpables, empezaron á sentirse, en cierto modo, los campeones de la justicia y la verdad.

Tras un momento de silencio, dijo ella:

—¿No podría ser también que hayan obligado á la viuda de Haarstad á firmar esa declaración?

—Todo podría ser—asintió él.

Ahora experimentaba ella también la necesidad de agarrarse á aquella manía de la sospecha que detestó en él. Era como un consuelo, una exculpación.

Trataron de cerrar los ojos y callarse; pero no podían dormir y gustaban de seguir escuchando su propia defensa.

—Los obreros van á emigrar á América en su mayor parte—dijo él.

A lo que contestó ella, adivinando su pensamiento:

—Todos los que sepan trabajar, acabarán por hacer lo mismo, al paso que van las cosas en este país.

Hubo otro silencio, y luego, persistiendo en la idea de la justificación de todo lo ocurrido, dijo ella:

—¿No crees que los accionistas hubieran sacado un buen partido de su dinero, si les hubiesen dejado continuar en paz?

Seguramente. La empresa iba cada vez mejor, hasta el día que sintieron miedo los grandes propietarios.

—¡Ah! hasta ahora no he comprendido bien lo grande de su decepción.

Y apoyando su cabeza en el hombro de su marido, añadió:
—Perdóname, Enrique. No he sido para ti lo que hubiera debido ser.

Él se conmovió:

—¿Perdonar? Nada tengo que perdonarte. Has sido enérgica, Karen. Todo lo has aceptado con valor. Pero, en adelante, yo te ayudaré también.

—No digas eso, Enrique... Ahora veo lo que semejante golpe te ha paralizado.

Así transcurrió la noche. A fuerza de palabras cambiadas, hacíanse un alma común: cada uno encontraba en el otro las razones de creer en sí mismo. Y, sintiéndose perseguidos por la inmadura é inexorable responsabilidad, huían los dos, cogidos de la mano, hacia el país de la inocencia.

IV

La primavera había llegado pronto aquel año, y cuando el pastor Barring, uno de los primeros días de Mayo, dirigíase hacia la casa de Norby, todos los árboles estaban ya verdes, y el aire lleno de flores, de hierba y de follaje. El pastor llevaba un saquito en la mano. Iba á llevar los auxilios de la religión al viejo Lars Kringen, que vivía no lejos de la finca, en lo alto de una colina.

En el camino, muchos arbolillos estaban desarraigados ó tronchados, como tras un ciclón. Eran las señales del paso de los obreros el 1.º de Mayo.

Cuando el pastor llegó á la altura del jardín de Norby, vió al propietario ocupado en nuevas plantaciones. El pastor se puso á hablar con él.

— ¡Qué espectáculo tan triste el de esas manifestaciones! —

dijo.—No es posible que solamente el aguardiente del convite haya embriagado á esos hombres. Tiene que haber alguien que les haya dado otro alcohol, un veneno moral más pernicioso todavía que el primero.

Norby se hizo el asombrado, y se echó á reír.

—¿Los obreros?—dijo.—No tienen nada que ver con los destrozos que ha observado usted. Es el resultado de una noche de tormenta.

El pastor, un poco apenado, siguió su camino... Norby tenía una manera especial de manifestar su orgullo. Sin duda, tenía el miedo enfermizo de inspirar compasión á alguien.

Al llegar el pastor á casa de Lars Kringen, saludó á la mujer de éste y se acercó después á la cama del enfermo.

—¿Cómo va, mi querido Lars?

Lars se calla, aprieta los labios y mira al pastor. La mujer es la que contesta:

—¡Ah, Dios mío! He tenido mucho miedo de verle marchar antes de la llegada de nuestro pastor.

El pastor coge la mano del anciano. Está dura y fría. Tiene el rostro lívido y los ojos como sin vista. El pastor se sienta.

—¿Tienes miedo á la muerte, mi querido Lars?

La mujer volvió á contestar por él:

—Tiene algo, sin duda, que quisiera confesar con nuestro pastor.

—Bien, bien.

Y el pastor contempló al anciano con benevolencia.

Por fin, Lars pudo decir:

—Es á propósito de esa causa.

—¡Ah! ¿el asunto de Wangen con Norby?

—Sentía la necesidad de declarar—dice la mujer.—Pero le faltó el valor para ir á declarar contra Norby.

Hubo un silencio. El pastor esperaba atentamente lo que fuera á decir Lars. Este, haciendo un poderoso esfuerzo, dijo:

—¿Cree nuestro pastor que me será perdonado este pecado?

—¿Por qué no?

El pastor sonreía.

—¿Aun cuando no fuí á decir la verdad cuando Nuestro Señor me lo pedía?

—Pero, ¿estabas tú bien seguro de conocer la verdad, Lars?

—Fué con Norby á la ciudad el mismo día en que se firmó el documento—dijo la mujer, que, de pie junto á la mesa, con el libro de cánticos en la mano, miraba medrosamente el rostro del pastor.

Este seguía sentado y se puso á mirar al suelo.

—Y ahora no cree que pueda ser perdonado—añadió la mujer,—pero yo le digo que Jesucristo murió tanto por ese pecado como por los otros, ¿verdad?

El pastor seguía mirando al suelo, pero sentía que los ojos del moribundo no se apartaban de los suyos, y sabía que cuando encontrase aquella mirada, tendría que contestar.

Si hubiera estado solo y hubiera podido sustraerse á la influencia de aquel momento, el pastor Borryng habría respondido:

«Aunque Jesucristo haya muerto por tu pecado, aunque vayas al paraíso, ¿sufrirá menos Wangen las consecuencias de tu falta?»

Estos eran los pensamientos que tenía, pero ¿cómo iba á desesperar con unas cuantas palabras á aquella pobre alma inquieta?

De nuevo salió una voz del lecho:

—¿Cree nuestro pastor que me será perdonado este pecado?

Y el pastor hubo de contestar:

—Sí.

—¿Quiere nuestro pastor rezar una oración conmigo?

El pastor se levantó y juntó las manos. ¿Pero qué iba á rezar? Pensaba en Wangen.

Terminó, no obstante, la oración.

El moribundo, con los ojos llenos de lágrimas, murmuró:

—¿Quiere nuestro pastor administrarme la Santa Comunión?

El pastor se levantó maquinalmente y abrió el saquito. Se revistió, y cuando hubo puesto el vino en el cáliz, dijo:

—Oye, Lars; el asunto se ve la semana próxima en la Audiencia. ¿No podrías encargarse á tu mujer que fuese á declarar?

—Sí, muy bien—dijo el viejo, fijando en el cáliz una mirada suplicante.

Pero cuando el pastor terminó su misión y fué á despedirse, el moribundo miró á su mujer tiernamente, y volviendo luego los ojos hacia el pastor, murmuró:

—No; que no vaya á declarar. La echarían de la casa.

—Está bien; sea—dijo el pastor con voz algo insegura.

El viejo Lars tuvo una sonrisa; se volvió en la almohada, y al poco rato todo había terminado.

La mujer se abrazó, llorando, al cadáver; le cerró los ojos, y exclamó luego volviéndose hacia el pastor:

—Gracias á Dios, mi pobre Lars ha muerto en gracia.

Al salir el pastor, se detuvo en lo alto de la colina, pensativo.

Siempre se sentía triste cuando venía de conceder la remisión de los pecados. En primer lugar, no tenía el sentimiento de haber recibido de Dios el poder de perdonar las culpas, y además, no creía en la idea misma de la absolución.

Hoy se sentía más triste aún. Nunca había comprendido mejor lo absurdo de absolver, de perdonar. A Lars, absuelto, ¿le podría también perdonar Dios en nombre de Wangen? Tal vez, Wangen iba á ser condenado, inocente, á despecho de todo perdón.

¿Quién podía perdonar aquí? ¿Dios? ¿Pero tiene Dios el derecho de perdonar en nombre de inocentes á quienes daña y mata una mala acción?

Tales eran las reflexiones del pastor, ¿pero qué podía hacer ahora?

La confesión de un moribundo es cosa sagrada.

JOHAN BOJER

(Concluid.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

MÁS ALLÁ

En este singularísimo y fugaz instante en que yo escribo las presentes líneas, elemento infinitesimal, pero indispensable, de la vida y la marcha de las cosas, todas ellas enlazadas entre sí, se están verificando en el universo millones de millones de fenómenos grandes y chicos, en número tan enorme y extraordinario, que solamente el tratar de echar una ojeada sobre los mismos produce aturdidor vértigo. ¿Quién puede, ni siquiera á incomensurable distancia, calcular ni representarse el tráfago complicadísimo de relaciones de todo linaje como á estas horas se estarán trabando entre los individuos que pueblan la tierra, aquí, en la casa vecina, en todas las casas de la ciudad donde vivo, en las de los diferentes centros de población del país, en las de todos los países del mundo? ¿Quién sabe los pensamientos que ahora cruzan por la mente de los hombres, ni los actos que están ejecutando, ni los propósitos que éstos ocultan, ni el vigor y empuje que consigo llevan, ni los efectos que producirán? ¿Ni quién, tampoco, la infinidad de choques, de contiendas, de uniones y separaciones, atracciones y repulsiones, acciones y reacciones mecánicas, físicas, químicas, biológicas, psíquicas y sociales, que en este mismo momento se están verificando entre los innumerables seres que constituyen lo que denominamos el mundo: astros, plantas, animales, hombres?

La suma de todos esos hechos, de todos esos fenómenos y acaecimientos, es la historia, lo que sucede. Historia, que se desarrolla y produce por sí sola, por su propia virtud, objetivamente, sin mi concurso, ó con una proporción insignificantisima de él. La historia hace de mí poco caso. Pero yo, en cambio, lo hago muchísimo de ella. Yo tiendo á conocer y á darme razón de lo que en los diferentes territorios y rincones del mundo y de la vida pasa; tiendo á elaborar la historia, disciplina, ciencia ó lo que sea. Mi historia, es decir, mi saber, mi ciencia histórica, compuesta de conocimientos, y que en sí, por tanto, no es sino un episodio particularísimo de la historia, compuesta de hechos y fenómenos, anda siempre á la zaga de ésta, siguiéndole los pasos, á fin de darle alcance.

Pero ella, la historia, no se deja sorprender por mi historia. Lo más que hace es tirarle á ésta algunas miserables migajas de su inagotable patrimonio. Y así la entretiene. El paso del hombre por el mundo equivale al de una de esas estrellas meteóricas que se ven en las noches de verano rasgar el horizonte con una estela de luz, desapareciendo inmediatamente. Comparados su brillo y su fuerza con la fuerza y brillo totales del universo, representan una cantidad próxima al cero. El mundo no se estremece á la vista de estas estrellas; sigue su curso imperturbable. Así, la conciencia del hombre, madre de la historia subjetiva ó conocimiento histórico, que es decir, real, alumbra poquísimo. Sólo penetra en esfera reducidísima, quedándole todo lo demás, que es inmenso, desconocido ú oculto. Entre lo sabido y lo ignorado, existe siempre un ilimitado margen diferencial.

Sólo que el hombre no se conforma con menos que con traspararlo, sea cualquiera el modo. No tolera secretos, aunque, bien á su pesar, se ve constreñido á soportarlos. Quisiera tener en su mano la explicación de todas las cosas, y regular y dirigir éstas conscientemente y á su arbitrio. Mas, no siéndole dado esto, hace cuanto le es posible por hallar un procedimiento que lo sustituya. Procede como si su saber no tuviera

ra limitaciones. Cuando desconoce los engranajes de unas cosas con otras, que es como si dijéramos sus relaciones causales, los inventa á su manera, quedándose con ello tan tranquilo. La hipótesis, la conjetura y la teoría son recursos muy abonados para tal fin. Las ciencias todas están cuajadas de ellas, á pesar de que se dice á menudo ser carácter indispensable del conocimiento científico la certidumbre y la absoluta seguridad.

El prurito de explicación llega hasta los últimos extremos. Esferas hay donde es inútil todo intento de sondeo, porque los medios humanos son inadecuados é ineficaces para tal fin. Pues, sin embargo, el hombre no se rinde. En estos casos acude al procedimiento imaginativo. Crea á su antojo lo que le hace falta. Da por existentes cosas de las que no tiene ni rastro de noticia. Construye sistemas religiosos ó metafísicos, que le dan resueltos todos los problemas. Nada le queda así por saber. Para todos los apuros encuentra salida airosa. Ni dentro ni fuera del mundo sublunar se le presentan enigmas. Lo único que hay es que las soluciones de tal manera preparadas, apenas si sirven más que para satisfacción mental del que las formula; en cuanto se trata de ponerlas en práctica, se advierte su perfecta inutilidad, la mayoría de las veces.

El deseo de huir de tales peligros ha sido la causa de algunos cambios de postura y de adoptar nuevas posiciones mentales. Se ha dado origen, contra los anteriores sistemas y los anteriores modos de discurrir, á otros sistemas y á otros modos, tenidos por opuestos á los primeros y por mejores que ellos. Al que llamaremos antiguo procedimiento de elaboración de la historia subjetiva, de la ciencia de las cosas, procedimiento ambicioso, que no se conformaba con dejar ningún vacío; procedimiento precipitado, cuya celeridad corría parejas con la endeblez y lo inseguro de sus productos, se le ha querido reemplazar con otro procedimiento que pretende ser más cauteloso, más sólido, más exacto, más prudente, muchísimo más lento, pero, por eso mismo, más seguro y fecundo.

Quiérese aludir aquí al sistema y al procedimiento llamados «positivos» y también «experimentales». Los más discretos de sus defensores lo conciben como un sistema en donde el conocimiento humano tiene límites infranqueables y un campo bastante reducido. El territorio de la realidad parece como dividido en dos partes, una accesible y otra inaccesible á la observación, y consiguientemente á la percepción y el conocimiento. Donde la observación no alcanza, no alcanza tampoco el dominio de la conciencia. Quédale siempre al hombre, por eso, un terreno oculto, vedado á la exploración, un más allá misterioso, rodeado de tinieblas tan impenetrables, que, por mucho que haga y se esfuerze, no consigue rasgarlas. El hombre, aquí, se desespera y no descansa por encontrar la llave que le dé entrada en el cerrado alcázar; mas inútilmente. A nadie se le permite averiguar lo que dentro de éste hay (si es que hay algo, pues no lo sabemos), ni lo que sucede. La falta de observación y percepción directa hay que suplirla con sueños é invenciones fantásticas, en que á su placer reconstruya uno el referido mundo impenetrable. Así lo hacemos, efectivamente, y de ahí viene la crecida abundancia de construcciones denominadas religiosas y metafísicas, con las que intenta, cada cual á su modo, explicar lo inexplicable y dar razón de lo que, á su entender, no puede menos de tenerla, pero que él no percibe ni toca directamente. Es lo que sucede con los problemas calificados de trascendentales.

Los fautores de los sistemas positivos ó experimentales aspiran, aunque no lo logren siempre, y mejor acaso sería decir que nunca, á prescindir de estos problemas, que tienen por inabordables é insolubles, y á refugiarse exclusivamente en el círculo de la realidad directamente observable. Su esfera de acción resulta de esta manera grandemente limitada. Páranse delante de los fenómenos, y vista la imposibilidad de conocer las esencias y las causas últimas de las cosas, renuncian á averiguarlas. Su conciencia se ejercita solamente sobre lo accesible á los sentidos, medios únicos de observación y de conoci-

miento positivo y cierto. Su ciencia no es ya exclusivamente ciencia de hechos, pues al cabo todas ellas, aun las más encumbradas y excelsas, tienen este carácter; sino que es ciencia de hechos sometidos al dominio de sus sentidos. Cómo estos hechos se hallan enlazados con los inaccesibles é inobservables, y qué clase de relaciones causales existan entre unos y otros, es cosa que al entendimiento humano le está vedado conocer; y por eso ellos no se inquietan por averiguarlo, á lo menos á primera vista. Su vuelo no se remonta muy alto. Prefieren andar á ras de tierra y moverse exclusivamente dentro del horizonte sensible, á intentar inútiles incursiones en el horizonte racional.

Sólo que, aun así, calan muy poco adentro. La gran mayoría del terreno explorable permanece ignoto. Por perspicaz que un hombre sea, no alcanza á ver ni comprender sino una parte mínima de lo que puede caer en el área de su visión. De los mil y mil nexos que entre sí mantienen los fenómenos de la naturaleza y los hechos de la vida corriente, sólo una proporción minúscula traspasa el umbral de la conciencia del observador, y entra á formar parte de su capital científico. Cuando los experimentalistas y los cultivadores de las ciencias positivas quieren ir estableciendo los vínculos de causalidad ó de condicionalidad existentes entre las varias especies de seres y las distintas fracciones de la realidad, es decir, la manera como unos seres y unos fenómenos dependen de otros y se derivan de ellos, tienen que pararse bien pronto en su camino, imposibilitados de seguir andando, por estrellarse contra el obstáculo de su propia ignorancia. Los enlaces aludidos son los que forman la cadena de las causas y de los fundamentos, ó dicho de otro modo, la de los «porqués»; y ya es sabido que esta cadena tiene para nosotros muy luego su fin. A las pocas veces que uno insista cerca de otro en pedirle porqués de una cosa, y luego los porqués de esos porqués, y así sucesivamente, le obligará á declararse vencido. No hay sabio que no deje de serlo bien pronto en una indagatoria de esa especie, y que no

toque inmediatamente las lindes del misterio; misterio que algún día podrá quizás llegar á aclararse (y de esto acontece á menudo), pero que por el instante se halla rodeado de sombras.

Y no es sólo esto. Aunque nuestro dominio mental del mundo fuese mucho más completo de lo que es, y llegáramos á apoderarnos de todos los fenómenos que en aquél se dan, no habrían concluído nuestras inquietudes. Quedaría siempre una duda irredimible, la tocante al valor de nuestros conocimientos. Cuando nuestra representación de las cosas y de las relaciones externas (ó sea de todas las cosas, pues todas ellas caen por fuera de quien las contempla) fuese exactamente conforme con la propia invariable naturaleza de las mismas, podríamos jactarnos de conocerlas tal y como son, y podríamos fijamente comportarnos con respecto á las mismas. Pero, ¿quién se halla en este caso? ¿Quién tiene seguridad nunca, ni por cuáles medios logrará adquirirla, ni cuáles signos se la mostrarán con carácter indefectible, de que sus ideas y concepciones no son equivocadas, de que sus apreciaciones y juicios no van por mal camino?

Si á cualquiera de nosotros se le pide una norma de conducta acomodada á las exigencias naturales, que son las exigencias de la justicia, le es difícil, por consiguiente, darla, como él sea un poco escrupuloso y amante de proceder siempre sobre seguro. La norma referida há de consistir en la sumisión de la voluntad humana á la naturaleza y disposición de las cosas, en una especie de acomodamiento del hacer individual á los propósitos y designios del autor de ellas. Estos propósitos y designios no podemos nosotros conocerlos directamente, sino que tenemos que averiguarlos por el estudio de las cosas mismas, donde están revelados y como impresos. Las cosas han de ser la regla de nuestra acción: los hombres han de comportarse con ellas conforme ellas y el engranaje entre todas lo requiere. Mas ¿cómo lo requiere? He aquí una pregunta bien difícil de satisfacer, ya que de la naturaleza de las cosas

sabemos bien poco, si en último término sabemos en verdad algo, y de sus mutuos enlaces, menos aún. Y cuenta que nuestras acciones solamente podrían decirse justas, sin mezcla de injusticia, cuando de ellas no resultare daño alguno para nadie ni para nada, y sí sólo beneficio para todo y para todos; ó, lo que es igual, cuando en el orden de la naturaleza representarían un elemento perfectamente congruente y armónico, sin la menor sombra de desarmonía.

De manera que la justicia, la genuina y exacta, no puede habitar entre los hombres; su única residencia se halla entre los dioses, donde mora igualmente la omnisciencia, base y condición indispensable de su ejercicio. Los hombres, como no pueden tener sino conocimientos fragmentarios, mutilados é imperfectísimos de la realidad, conocimientos que á menudo les inducen á errores de más ó menos importancia, tampoco son capaces de practicar sino briznas ó migajas de justicia, detalles de relativa insignificancia, que á menudo van acompañados de lesiones graves de orden general y de notables perjuicios para los coasociados.

No hay, no, en el mundo social un sistema claro y decisivo de justicia. Lo que sí se da en él frecuentemente son órdenes definidos de derecho, bien legal, bien consuetudinario, dentro de cuyo círculo, establecido y sostenido violentamente por unos cuantos hombres que se lo imponen y hacen respetar, de grado ó por fuerza, á otros, se produce, pero un tanto maquinalmente, la justicia. Mecanismos para producir derecho existen, indudablemente; cada Estado, y aun toda asociación de personas algo organizada, y en donde parte de éstas presten sumisión y obediencia á la otra parte, representa uno. Así se comprende que los llamados «órdenes jurídicos» abunden tanto. Cada país tiene el suyo privativo, que ni rige sino durante un cierto tiempo—al cabo del cual es reemplazado por otro,—ni tampoco más allá de sus propios confines territoriales, donde al instante se tropieza con el orden jurídico vecino, igualmente particular y transitorio. Así se sabe con relativa

seguridad qué es lo que por justicia se tiene en el seno de cada uno de esos órdenes: es allá justicia lo que como tal definen las leyes promulgadas por los más poderosos, ó las costumbres que hagan sus veces; y cumple con ella aquél que se mantenga respetuoso y sumiso frente á las mismas.

Mas fuera de aquí, el problema cambia. Extralegal ó extraconsuetudinariamente, no hay ningún orden jurídico definido. La justicia no cuenta en dichas regiones con órgano ninguno concreto, aparte de los individuos. Cada uno de éstos se representa á su manera, conforme queda indicado más atrás, el orden de la naturaleza y la disposición que dentro de él guardan los diferentes seres particulares; ó, lo que es igual, cada hombre abriga dentro de su mente un sistema de finalidades, de exigencias, pretensiones y derechos, y su correspondiente sistema de obligaciones, vínculos, servicios y actos de sumisión. Cada hombre tiene su particular concepción de la justicia extralegal. Pero como no puede hacerla predominar sobre la de los demás semejantes, equivalente á la suya, resulta que, en rigor, fuera del Estado, maquinaria dispuesta para producir automáticamente, y en caso necesario violenta y coactivamente, la justicia, no hay justicia. Quien puede imponer su yugo á los demás les impone también la ley; la justicia y la prepotencia se identifican. Y si nadie manda sobre nadie, la posibilidad de la justicia desaparece. En una situación social *ex lege*, ya se trate de ley escrita ó de costumbre, la justicia no puede ser concebida sino de un modo vago é incoercible.

Es poco frecuente que los hombres, en general, y los mismos publicistas se hagan el debido cargo de estas particularidades, sin embargo de que hablan á menudo de la contraposición entre lo legal y lo justo en sí, entre el derecho legislado y el natural.

Yo me fijo mucho, de algún tiempo á esta parte sobre todo, en el sentido que atribuyen á las expresiones que emplean, y advierto que en éstas la voz justicia apenas tiene nunca otro significado sino el de justicia legal, el de respeto y cumpli-

miento de la ley (1). A lo más, pasan desde ésta á la costumbre y á las instituciones que, tradicionalmente, vienen rigiendo; pero más allá no llegan nunca. Esas instituciones encarnan á sus ojos las que ellos mismos denominan «bases incommovibles» ó «principios esenciales de toda sociedad», sin cuya concurrencia y respeto no son capaces, por lo tanto, de imaginarse como posible la vida de ésta, y menos aún su vida normal. Es decir, que no ven la justicia más que dentro de un orden constituido: ya se trate, como es lo más ordinario, de un orden legislado y políticamente coactivo, ya de un orden consuetudinario y tradicional, coactivo socialmente. Para estos sujetos, que son, como digo, la mayor parte de los hombres, no hay justicia sino automática, producto unas veces del mecanismo político, y otras veces del mecanismo social. La justicia, según ellos, sólo se da en el orden ó círculo de sus relaciones mentales; sólo es conformidad de los actos humanos con el sistema ó complejo de sus ideas, percepciones ó concepciones. Pensar en que haya todavía justicia por encima y más allá de éstas, lo estiman como una imposibilidad, y en muchas ocasiones lo califican de locura, de sueño fantástico, de utopía y aun de pretensión nefanda y vitanda. Por eso, para considerar justo y honrado á un hombre, les basta con verle vivir en paz dentro del orden formado por las leyes escritas ó por sus equivalentes las costumbres (de las que se alimenta el ambiente denominado moral); una honradez que trascienda de este ambiente, artificial al fin y al cabo, no la sueñan siquiera posible, regularmente.

Pudieran aducirse muchos ejemplos comprobatorios y ex-

(1) O el de una verdadera brutalidad vengativa. No otra cosa se quiere significar en todos aquellos casos, frequentísimos, de todos los días, en que una parte del pueblo, la prensa ó tales y cuales individuos piden que «se haga justicia» y «se aplique la ley» contra el delincuente Fulano ó Zutano. Lo que se desea entonces es que á éste, á toda costa, con razón ó sin ella, y sin escrúpulos, sin miramientos, lo maten, lo tundan y lo rajen...

plicativos de lo que queda expuesto, pero con alguno habrá bastante.

La propiedad individual, lo mismo la mueble que la inmueble, puede hallarse, y de hecho se ha hallado y se halla regulada de diferente modo, según los tiempos y los lugares. Es tan visible esta variabilidad, que no puede nadie desconocerla, á poco que se fije. Hay, por lo tanto, aquí órdenes distintos de justicia, sin que á ninguno de ellos quepa atribuírsela exclusivamente, proscribiendo la de los demás. Tan justos son los pueblos en que existen, verbigracia, vinculaciones, como aquellos otros de los que éstas se hallan proscritas; tanto los que han reconocido á los hijos de familia una propiedad separada de la de su padre, como los que se la han negado. Y lo mismo puede decirse con respecto á las demás personas que sean sujetos de la relación de propiedad, á los modos de adquirirse, transmitirse y perderse ésta, á los derechos que confiere al propietario, á la organización que revista. Todos estos extremos suelen presentar variaciones de un país y de una época á otras épocas y otros países, lo cual no parece sublevar el sentimiento de justicia de nadie.

Pero, en cambio, nadie tampoco apenas concibe la posibilidad de la vida y la coexistencia sociales, como la propiedad individual no exista, sean cuales sean su forma y su organización. Siempre la han visto acompañando al hombre, en cuanto ellos recuerden, y no cabe en su mente la idea de que las cosas puedan ser en el mundo de otra manera, ni que el mundo pudiera seguir su marcha si la propiedad individual desapareciese. La propiedad individual la reputan condición esencialísima de la sociedad, y sin ella no admiten en esta última justicia posible. A mí me ocurre no pocas veces pensar en esto cuando las gentes hablan, supongamos, de la justicia con que se ha hecho ó puede hacerse la repartición de una herencia, ó con la que un propietario trata á sus colonos, ó viceversa. El juicio se refiere entonces á la relación existente entre términos dados, de cuya posición se parte como indiscutible. Mas no se lleva

nunca á esta posición misma, raíz de aquella relación ó de otras relaciones posibles. Se da por supuesto que ha de haber herencia, causante de ella y herederos que la reciban, propietarios y colonos; y sobre esta base se discurre acerca del modo con que para obrar en justicia deben ser reguladas y concretadas las respectivas relaciones. Ni por soñación siquiera se piensa en poner la puntería más alta, inquirendo si la herencia y la propiedad individuales caben en un orden fundamental de justicia. Porque si tales instituciones fueran injustas, las derivaciones de ellas y todos los casos particulares á ellas referentes lo serían del mismo modo. El orden presente y más tangible presupone otro aún más primitivo y profundo, y á éste es al que se debe dirigir ante todo la mirada y el juicio. Sobre el horizonte visible de la justicia, donde no se da sino lo justo temporal y concreto, existe el horizonte racional, mucho más amplio, en el que todos los horizontes visibles se borran y funden, y donde la justicia universal é imperecedera tiene su asiento.

Los ciudadanos de un Estado, ó los miembros de una asociación, piden justicia en el seno de las respectivas sociedades, y solicitan un amparo justo, que la autoridad suele otorgarles, de acuerdo con el orden en ellas estatuido. Hasta aquí, no parece que las cosas marchan mal. Se puede decir que la justicia impera. Mas ¿cómo se ha implantado el orden de que se trata? La pregunta ésta significa tanto como inquirir el origen histórico de los Estados, creadores y custodios, según se suele decir á menudo, del orden del derecho. Ahora bien; ¿hay, ni ha habido nunca, ningún Estado, cuyo nacimiento no sea debido á la violencia, y que por la violencia se conserve? Es difícil que pueda encontrarse ninguno, por mucho que se busque. Y si esto es así, lo probable es que ninguno de los órdenes de derecho que los Estados fundan y mantienen sea originariamente justo, y que, por lo tanto, tampoco lo sean las relaciones engendradas á su sombra. Sin embargo, de justas las calificamos, y en nombre de la justicia perseguimos á sus vio-

ladores ó atentadores, remachando con ello la iniquidad. Así sucede con la protección prestada á las relaciones de que se hablaba antes, ó, lo que es lo mismo, á las de propiedad. Del robo se ha dicho multitud de veces que procede ésta; á pesar de ello, la propiedad existente se califica de sagrada, y por sagrada é inviolable la tenemos todos, como al monarca. Títulos originariamente legítimos, ningún propietario puede alegarlos. Como ha dicho alguien, más ó menos humorísticamente, Adam no hizo testamento, dejando señalados en él herederos de sus bienes, que eran toda la tierra. Y de Adam en adelante, nadie ha podido aducir fundamentos mejores para hacerse propietario y mantenerse con tal carácter frente á quienes pretendieran disputarle tal derecho, que la circunstancia de tener de su parte y en su apoyo más fuerza que otra cualquiera persona. Y si el razonamiento éste se juzgara extremoso, no hay sino tener en cuenta el hecho indiscutible de que no pocas fortunas particulares han tenido su nacimiento en el robo. Sus fundadores han sido ladrones, calificados y perseguidos como tales aun por las leyes y los tribunales del país en que los bienes radican y pretenden y obtienen amparo. Se trata, pues, de fortunas notoriamente ilegítimas. No obstante, bien pronto purgan su ilegitimidad y entran en el catálogo de las sanas y puras. A las pocas generaciones, los poseedores de los bienes primitivamente robados, sean ó no descendientes de los individuos que los robaron, habrán pasado á la categoría de las personas honorables, y harán una vida honradísima, como buenos burgueses, de esos que se escandalizan de todo atentado contra la santa propiedad ó contra otro cualquiera de los fundamentos inconvencibles del orden vigente, y que califican de esencialmente justa la severa represión empleada por el Estado contra quienes lo perturben. Si la regla romana, que los juristas repiten á menudo: *quod ab initio vitiosum est tractu temporis convalere non potest*, fuese respetada, ¿quién podría, á la hora que corre, presentarse como poseedor legítimo de ningún derecho? La tentativa de su cumplimiento y la con-

siguiente revisión de los títulos jurídicos, ¿no demostraría que todos, sin excepción, hemos sido concebidos en la iniquidad y en la iniquidad seguimos viviendo? ¿Cuántos aristócratas, por ejemplo, podrían presentar una ejecutoria entera y verdaderamente limpia?

Los filósofos griegos, como he dicho en algún otro lugar, distinguían á menudo entre *φύσις* y *νόμος*. Es una distinción equivalente á la que establecen otros muchos entre el derecho legislado y el natural, fuentes ambos, cada uno á su modo, de justicia. Sólo que, mientras la justicia normativa ó legislada se averigua, según ya se ha dicho, con relativa facilidad, la justicia natural, la justicia que la *φύσις* quiere, no se encuentra á nuestro alcance. Sin embargo, se dice que el *νόμος* ha de apoyarse sobre la *φύσις*, y que el derecho legislado no merece llevar tal nombre, ni debe ser obedecido si no toma su arranque en el natural. Resultado de ello es que los hombres, en nuestras relaciones mutuas, no podemos estar jamás seguros de obrar de acuerdo con la justicia honda y propiamente tal, y que nos hallamos expuestísimos á tomar y aun á imponer por lícito á otros lo que no lo sea, y á obligarles, por obediencia á la ley, á tener como justo lo que, sobre repugnar á sus convicciones, sea también lesivo del orden trascendental.

¿No hay más bien razón para decir que esto es moneda corriente y el pan nuestro de cada día? Sólo el depositario y conecedor del orden trascendental es quien pudiera saber y enseñar lo que es justo. Pero ¿hay alguien en este caso? Contra las leyes injustas se sostiene por los escritores el derecho de no obedecer, y aun el de reaccionar activamente, con la resistencia. Mas ¿se da de hecho alguna ley que no sea injusta?

P. DORADO

CRÓNICA LITERARIA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONES

LA NOVELA ERÓTICA

No sé si una investigación minuciosa, que quizás fuese excesiva, para el caso lo comprobaría, pero tengo al Sr. Trigo por el padre ó uno de los más calificados padres de la nueva novela erótica española. La investigación de las paternidades literarias, es con todo tan oscura y difícil como la de las paternidades naturales ó más todavía, puesto que no queda en aquéllas el refugio salvador de la presunción romana, *pater est quem justæ nuptiæ demonstrant*. Aquí no hay nupcias, y la paternidad queda flotando en la natural incertidumbre del fenómeno. Pero si no padre, por lo menos habrá que concederle al Sr. Trigo el haber sido el precursor ó fundador de ese género ó variedad novelesca, que va adquiriendo una extensión propia para alarmar á los moralistas.

Creo que el Sr. Trigo no debe de estar muy satisfecho de su criatura ó de la parte de creación que le corresponda. Al menos, en sus novelas ese elemento erótico, que descubre demasiado á las claras los impulsos lúbricos y bestiales de la naturaleza humana, va acompañado de una sagacidad y una sutileza psicológica y de una inventiva novelística, que en parte rescatan lo que pueda haber de repulsivo en aquellas libres pinturas. No sucede lo mismo con la mayoría de los novelistas nuevos que siguen la propia senda, y en los cuales se cumple la

ley común de los imitadores que suelen resultar más aptos para abultar los defectos de sus modelos, que para emular lo que haya en éstos de verdaderamente original y valioso.

Esa novela licenciosa, de la cual va habiendo numerosos casos y ejemplares, me parece exótica en España. Los grandes novelistas españoles modernos y los que después de ellos han renovado con más brillantez el caudal de la novela, no han solido exagerar la nota sensual, ni han caído en esa deleitación obscena que caracteriza á la novela erótica, y que hace de ella, prescindiendo de razones morales, una novela teratológica, toda sexo, parcial y monstruosa, por tanto, en relación con las costumbres y la naturaleza humana. Los más expertos observadores de las costumbres de la sociedad española contemporánea, los que más hondamente han sondeado su psicología, y con mayor libertad y más fecundia imaginativa han presentado los conflictos sentimentales del amor, y la inagotable variedad de casos de la batalla de los sexos, han solido ser morigerados y decorosos en la expresión de la resultante fisiológica de este género de pasiones.

Prescindiendo de Pereda, la Sra. Pardo Bazán y Alarcón, cuyas ideas morales y religiosas les imponían una clara limitación en este punto, Galdós, Palacio Valdés, Valera, Picón, no son novelistas en quienes se pueda reparar un exceso de licencia descriptiva. Tampoco en los más sobresalientes de los nuevos, como Blasco Ibáñez, Baroja, Valle-Inclán, Bueno, López Roberts, Acebal, Gamero, se observa este achaque, no obstante ser algunos de ellos naturalistas, en el sentido filosófico de esta palabra, mucho más amplio que el literario. Remontándonos por la historia y tradición literaria españolas, no obstante el carácter realista de nuestro arte, creo que hallaríamos igualmente la comprobación de que en nuestras letras no ha predominado nunca un sensualismo exagerado y morboso. La misma novela picaresca, que descende á los bajos fondos sociales; el teatro, tan atrevido á veces en lances y tesis de amor, guardan cierta compostura y cierta concisión en las es-

cenas pecaminosas. De la misma *Celestina*, á la que, según Cervantes, le faltó para ser un libro divino encubrir un poco más lo humano. ¡Cuánto se podría decir en este respecto, habidas en cuenta las circunstancias de la época y la rudeza de las costumbres! De ahí se desprende que el realismo es ajeno á la obscenidad de la literatura libertina, que refleja una excepción de la vida, la hipertrofia de un instinto, y que, por lo mismo, carece de naturalidad y no corresponde á los tipos medios creados por la costumbre y la naturaleza.

La aparición de la novela erótica, no tiene en sí grande importancia ni es tampoco un fenómeno extraño. Subsiste todavía una considerable influencia de la literatura francesa sobre la nuestra. París, gran metrópoli del placer, produce libros licenciosos, como produce cocotas. Y no sólo París. Las grandes ciudades son los principales centros de producción y de difusión literaria, y en ellas, la licencia de las costumbres y los mil reclamos de la sensualidad tienen que reflejarse en el libro. La novela erótica es, pues, un producto del medio y un reflejo de las costumbres, aunque á su vez influya en ellas como uno de tantos elementos que inclinan al libertinaje. Esta observación no está reñida con lo que antes digo acerca de la poca naturalidad de este género, y su carácter parcial y estrecho. Es, sí, una consecuencia de un estado de costumbres, pero de una zona limitada de las costumbres: la zona en que se agita el mundo de la *noce*, que dicen los franceses, de la juerga, que diríamos nosotros con un vocablo menos hábil y apropiado al caso, pues nuestro léxico, como nuestra novela, no está bastante adaptado aún á estos usos de la vida alegre, según la concepción que de la discutible alegría del vivir tienen muchos de nuestros contemporáneos.

*
* *

Todo hace creer, no obstante lo dicho, que la literatura erótica ha de desarrollarse más de día en día. La decadencia

innegable de los principios religiosos y morales, la revolución que se está operando desde el siglo XVIII en la moral sexual, y que cada vez aparta más de ella las sanciones sociales, dejándola reducida á un negocio de libertad individual (Remy de Gourmout, en sus *Dialogues des amateurs*, ha publicado un curioso y expresivo artículo sobre el caso, titulado *Les mœurs*), son hechos que tienen que fomentar una literatura del deleite, que no puede pretender, aunque á veces lo pretendan, otra significación ni otro fin que el de figurar entre los excitantes contemporáneos, el de ser una especie de aperitivo de la sensualidad, semejante en esta esfera á los vermouths ó los ajenjos que se toman en las terrazas de los cafés á la *hora verde*. Las reacciones de la policía de costumbres y los ensayos de restauraciones morales son mucho más débiles—forzoso es reconocerlo—que este sensualismo de la vida de las grandes ciudades, y, por tanto, no se puede esperar que el erotismo literario, el desnudo del libro, como el desnudo del teatro, encuentren otros frenos eficaces que el estético, nacido de las repugnancias del gusto selecto hacia ciertos extravíos, y el ideal nacido de la creciente atención hacia los problemas y las luchas sociales, que, dando un sentido de gravedad á la vida, distraen de los temas frívolos del libertinaje y el sibaritismo y nos hacen desdeñarlos.

La nueva novela erótica, en sí no suele ser muy interesante. Por lo general, es muy inferior en gracia y picardía á la literatura libertina del siglo XVIII. Además, no suele tener el valor de sus convicciones, y pretende cohonestar sus desnudeces con paradojas éticas, presentadas en serio, que es como peor resultan las paradojas, ó con una hojarasca psicológica, que apenas sirve para desempeñar el papel de la tradicional hoja de parra, harto transparente en estos casos. Algunos de los escritores que se han lanzado á este género, espontáneamente ó siguiendo los impulsos de la imitación, poseen dotes literarias, tienen estilo, inventiva, facultades descriptivas, pero las malgastan en esa obra de un proxenetismo inconsciente y desinteresado.

Si á alguno de tales autores se le dijese, con una franqueza que va siendo rara en estos asuntos, que su libro era pornográfico, lo tomaría á ofensa, y hasta puede que sinceramente considerase injusto el reproche. La calificación, sin embargo, no sería impropia. Costumbres, pláticas y lecturas de prostitutas es lo que expresa ese vocablo, que modernamente se ha vuelto desagradable, y sería difícil establecer una distinción real y verídica entre lo que en los aludidos libros se encuentra y lo que en dicha expresión se contiene. Bien que, al rechazarla, pensarían acaso los que se sintieren agraviados por ella, en la infame literatura clandestina, que se ofrece en voz baja, como un género prohibido, y que se escribe descaradamente bajo la advocación de la lujuria.

Al rechazar la calificación de pornográfico, lo que se rechaza, más que el sentido propio de esta palabra, es la identificación ó semejanza con esos torpes escritos que se amparan tras el anónimo de las acciones bochornosas.

Descúbrese ahí una confusión de ideas que es, quizá, lo más interesante que ofrece á la meditación la novela erótica. Así como los filósofos antiguos se fatigaron en el empeño de identificar la virtud y la felicidad, al punto de que la clave de la filosofía antigua está casi en este paralojismo, modernamente se ha establecido una confusión análoga entre el arte y la moral, en que incurren, así los partidarios del arte emancipado de la moral, como los de la moral rectora del arte.

Felicidad y virtud eran valores ó realidades distintas. Arte y moral lo son también. Los errores de los que confunden estas dos últimas realidades pueden reducirse á esta proposición: el arte ó lo bello no puede ser inmoral.

Para los unos, el arte tiene una virtud purificadora que limpia sus objetos de toda escoria inmoral. Lo que sin arte sería inmoral, por virtud del arte se depura y ennoblece, perdiendo ese vicio. Para los otros, no hay verdadero arte ni verdadera belleza inmoral, porque lo inmoral lleva en sí cierta torpeza y fealdad intrínseca que pugna con la naturaleza de lo

bello y del arte. Partiendo de postulados diferentes, los unos de la supremacía del arte, los otros de la supremacía de la moral, ó dígase, respectivamente, de la belleza y del bien, llegan estos dos opuestos sistemas á una coincidencia abstracta: el arte no es inmoral.

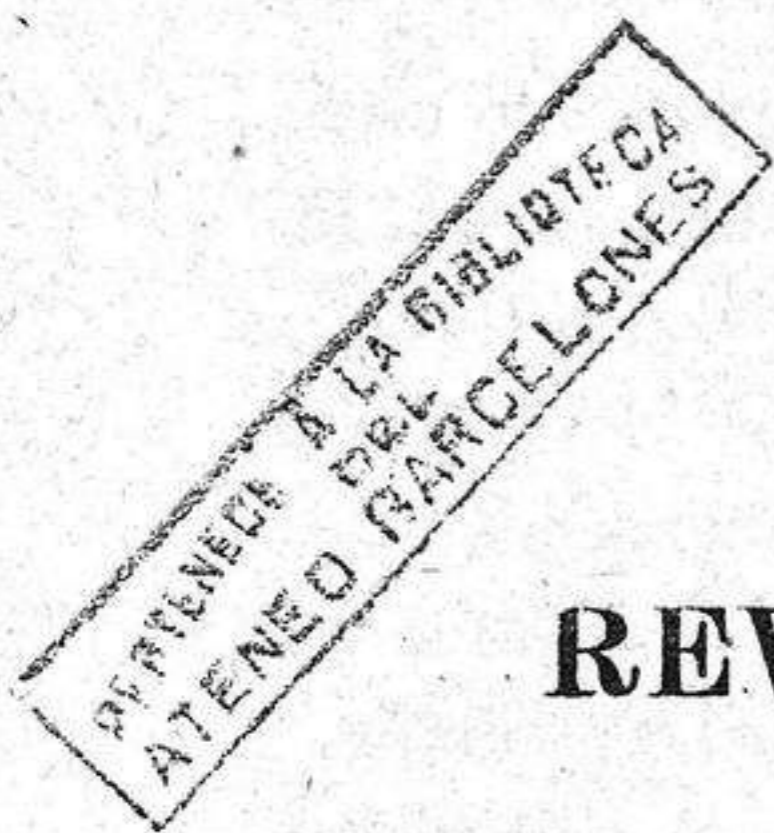
La experiencia y la razón refutan esta confusión de ideas, Lo moral, buscando una fórmula positiva é histórica que lo defina, trasladando su concepto á un terreno neutral, es lo que se ajusta á la conducta, al modo de obrar que se considera más conforme con la naturaleza y con los fines humanos; la fórmula del bien obrar, según el consentimiento general de cada época, en que entran por mucho la tradición ideal y la tradición del hábito. El arte es un medio, un procedimiento para hacernos sentir la emoción de lo bello. Esta emoción tiene algo de inefable, algo que no cabe dentro de fórmulas intelectuales; por eso, los tratadistas de estética se han esforzado vanamente en darnos una definición acabada de lo bello, un concepto claro de la belleza. Lo que la experiencia nos muestra es que lo bello es aquello que nos produce una impresión de agrado, de simpatía, de admiración, nacida de que vemos en ello un alto grado de perfección ó acabamiento en su género, algo que se identifica con el tipo ó modelo ideal que nos formamos de una cosa ó se aproxima á él.

Hay una serena cumbre, una elevada región espiritual, en que la moral y el arte, el bien y la belleza, como todas las grandes aspiraciones del espíritu humano, parecen confundirse, al modo que los detalles particulares de las cosas se funden en la lejanía del horizonte en un crepúsculo, y tierra y cielo se amalgaman en una franja indecisa de luz. Pero ello no indica que la moral y el arte anden siempre de la mano por el mundo, como esa radiante visión de una puesta de sol no impide que las cosas que á lo lejos se funden en las púrpuras, las violetas y los oros del incendio celeste de la puesta ó del amanecer, dejan de tener su configuración propia cuando las miramos á distancia conveniente. Un accidente vulgar puede

quitar su belleza al acto más sublime contemplado de cerca.

Puede haber belleza en lo inmoral. El arte antiguo y el Renacimiento han producido bellas figuras lascivas, á las que no se puede negar la belleza, á menos de tener atrofiado el gusto, pero á las que sería absurdo y ridículo atribuir moralidad ó siquiera indiferencia ó amoralidad porque son bellas. El arte y la moral pueden, por consiguiente, hallarse en contraposición y conflicto, que se resolverá, como todos, con el criterio de la utilidad y la importancia. En este terreno, la moral lleva ventajas al arte. Es útil á mayor número de hombres, y las consecuencias que se desprenden de su observancia ó inobservancia, son más importantes que las que emanan de una obra artística corriente. Pero las grandes obras de arte son una excepción, y la excepción deroga la regla. Una obra artística genial, que sea opuesta á la moral, no dejará de ser inmoral por ser bella; pero su belleza puede alcanzar un grado de intensidad y de importancia que sobrepuje á las consideraciones de la moral corriente, y las relegue á segundo término. Destruir una de estas obras de arte ó lamentar que se haya producido, sería un acto de barbarie. Mas estas obras superiores son excepcionales y raras. En la mayoría de los casos y en la mayoría de los espíritus, el conflicto se resolverá á favor de la moral. Por eso, á los cultivadores de la nueva novela erótica habría que decirles: ya que seáis inmorales, sedlo con tal arte que la belleza sobrepuje á la inmoralidad. Es de temer que los más de ellos, aun estando llenos del mejor deseo, no acertarían á seguir el consejo.

E. GÓMEZ DE BAQUERO



REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: El verdadero autor de las obras de Shakespeare.—Críticos de críticos.—LINGÜÍSTICA: Transgresiones prosódicas.—HIGIENE: Higiene de la distracción.—HISTORIA: ¿Ha existido Judas Iscariote?—CRÍTICA: Degradación del superlativo.—IMPRESIONES Y NOTAS: ¿Qué es la neurosis?—El almirante de Coligny.—La muerte de File.—El libro de la muerte.—Rinconillos prosaicos de la literatura.

LITERATURA

EL VERDADERO AUTOR DE LAS OBRAS DE SHAKESPEARE.—La crítica moderna se empeña en no dejar un hueso sano á los grandes escritores cuyo nombre hemos venido reverenciando; ayer le tocó á Homero (conste que yo, á pesar de todo, creo en Homero), y hoy es el turno de Shakespeare. Desde que Edmundo Malones, muerto en 1812, fundó la verdadera crítica Shakespiriana, se viene formulando esta pregunta: ¿Es Shakespeare el autor del teatro que se le atribuye ordinariamente? Desde hace mucho tiempo, contesta en *La Grande Revue* Celestino Demblon, ya no podíamos creerlo. Faltaba, sin embargo, descubrir el nombre del verdadero autor, y ahora, según parece, es cosa resuelta que el autor en cuestión es el conde Roger Mauwers de Rutland, nacido en el castillo de Belvoir (Leicester) en 1576, y muerto en 1612, á los treinta y seis años de edad. Será cosa de rehacer todos los manuales de literatura, sustituir una biografía á otra, crear las voces *rutlandismo*, *rut-*

landiano y rutlandista, y dar al olvido todo lo que hemos aprendido del pobre Shakespeare, rebajado al papel de un comiquillo de la legua ó de un comicazo si se quiere, complacientemente testafarro de un gran señor que se avergonzaba de escribir obras inmortales.

La primera duda sobre la personalidad dramática de Shakespeare la suscitó en 1848 el cónsul de Santa Cruz, José C. Art, no tardando en correr como cierta la versión de que el verdadero autor era el gran filósofo Bacon. Sólo la controversia sobre este punto ha producido unos 300 libros y folletos. Otros han supuesto que el verdadero dramaturgo era el conde Enrique Wriothsley, de Southampton. En los últimos años, Bacon ha perdido terreno; pero el trabajo formidable á que se han entregado, tanto los baconistas como los shakesperianos, y que constituye una información colosal, que no consta de menos de 4.000 papeletas en el Museo Británico, ha dado por resultado nos de un hecho evidente para Demblón: que ni Bacon ni Shakespeare son los autores verdaderos de las obras de que se trata. En cuanto al conde de Southampton, hay que abandonarle decididamente, lo mismo que á Walter Raleigh y que á Ricardo Barnfield. Para Demblón no ofrece duda: el verdadero autor es Rutland.

¿En qué se funda Demblón? Por de pronto, en un escrito de 1613, un año después de la muerte de Rogerio, por el que se ve que Francisco, su hermano y albacea, pagó á Shakespeare 44 chelines por *servicio semiprofesional* y otro tanto á Burbage por ejecución de una pintura. Este cabo suelto, despertando la atención de Demblón, le ha hecho revolver Archivos y Bibliotecas hasta reconstituir la biografía entera del conde Rutland, completando la contenida en el único libro que se haya ocupado seriamente del conde, el *Diccionario de Biografía nacional*, obra monumental de 63 tomos, en la que hay un artículo dedicado á Rutland, que acabó de poner á Demblón en la verdadera pista, permitiéndole terminar una obra de más de 400 páginas, cuyas primicias ha dado á luz en *La Grande Revue*,

antes de terminarla, por haber sabido que un erudito alemán, que estaba haciendo investigaciones sobre el mismo asunto, había llegado á las mismas conclusiones que él.

Largos y laboriosos han sido los estudios á que, con meritorio celo se ha consagrado Demblón; gracias á ellos, puede hoy afirmarse, por lo menos, que la conclusión de la famosa polémica sobre el verdadero autor de esas obras, atribuídas á Shakespeare, patrocinada por el distinguido profesor de la Universidad Nueva de Bruselas, señalando al conde Rogerio Rutland á la atención de todos los admiradores de *Hamlet*, es la que parece más aproximada á la verdad, si no es la verdad misma.

*
* *

CRÍTICOS DE CRÍTICOS.—Emilio Fagué publica con este título, en la *Revue Bleue*, un artículo, tan nutrido de doctrina y tan sustancioso como suelen ser los suyos.

La frase más lisongera pronunciada sobre los críticos es la de Brunetière: «la crítica ha sido el alma de la literatura francesa». Está bien, pero es algo hiperbólico; sería más exacto decir que la crítica ha sido la conciencia de la literatura francesa. La crítica, en efecto, sobre todo cuando es ejercida sobre sí mismo, es la conciencia del autor. Cada autor debería contener en sí mismo un Boileau.—Pero entonces el Boileau devoraría al autor.—Es muy posible; sin embargo, una chispa viviente de crítico en cada autor es absolutamente necesaria.

Destouches ha dicho que «la crítica es fácil y el arte es difícil». Se conoce que aquel día Destouches, que era como el ahijado de Boileau, se sintió un poco ingrato; desde Sainte-Beuve y Brunetière, se ha observado que la crítica podía ser una creación agregada á otra creación, y, por consiguiente, un gran arte. Alguien ha dicho también que «ciertas personas que no tienen coche se consuelan subiendo en la trasera de los coches de los demás». Es ingenioso y es malo, pero no hay que entretenerse en refutar lo que, siendo malo, tiene gracia,

porque siempre le dirían á uno: «¿pica?, ¿pica?» También Lamartine ha llamado á la crítica «el poder de los impotentes». Cuando escribió eso debía tener algún rencorcillo, cosa que le ocurría muy pocas veces.

Pausanias asegura que la perfección del arte de escribir es debida enteramente á la institución de los críticos; pero no hay que cantar victoria; como quien no dice nada, Pausanias cuenta á renglón seguido la anécdota siguiente: «Los nauplios, en la Argólida, habían aprendido de los burros el arte de podar las viñas, habiendo observado que cuando aquellos animales se habían comido algunas ramas, las viñas prosperaban y daban mejores frutos.»

Swift veía la cosa desde su punto de vista moral, diciendo que «la crítica es una contribución que el público impone al mérito superior»; pero si es útil á la sociedad, añade Faguet, que los comerciantes paguen patente, ¿á quién es útil que los literatos la paguen en forma de heridas recibidas? Y tanto más, que, como dice Juvenal, la crítica castiga con más fiereza á los pequeños que á los grandes: «Dat veniam corvis, vexat censura columbas.»

Montesquieu tiene sobre la crítica una opinión enigmática: «A medida que se ha exigido más de los autores, se ha exigido menos de los críticos.» ¿En quién pensaba escribiendo eso? No es fácil adivinarlo.

Enrique Ouvre ha dicho que «las creaciones artisticas valen por lo que sugieren»; lo que es perfectamente aplicable á la crítica que vale, no sólo por su lado negativo, sino por lo que sugiere á los autores y al público. El crítico más grande es Sainte-Beuve; el crítico más sugestivo es Sainte-Beuve.

Piensa á veces el crítico, que él lo haría mejor que el autor de la obra que censura. Faguet conoce á cierto letrado inteligente, que no aprueba absolutamente nada de las obras del tiempo, y que parece encantado, si no de que sean malas, al menos de demostrar que lo son; por lo demás, no es autor de nada, ni siquiera crítico, y se diría que estaba hecha para él la célebre

frase «es una inmensa ventaja no haber hecho nunca nada, pero convendría no abusar de ella». Joubert, por el contrario, ha dado un consejo admirable á los críticos, diciendo: «cuando mis amigos son tuertos, los miro de perfil.»

Voltaire que, como es sabido, escribía por *humor*, como dice Labruyère, ha puesto muy alto, y con razón, al abate D'Olivet, crítico de profesión y únicamente crítico de profesión, y luego ha escrito: «Se ha visto en las naciones modernas gentes que se han establecido críticos de profesión, como hay quienes se establecen veedores de cerdos, para examinar si los animales que se llevan al mercado están enfermos.» No se sabe si la frase es más lisonjera para los autores que para los críticos. Un gran monarca, en cambio, Federico II de Prusia, ha hecho, nada menos que en verso, el elogio de la crítica, diciendo que es un gran bien para el autor que, en su imbécil amor propio, no ve nada de sus defectos; llamándola la antorcha divina, y diciendo de ella que, aunque hiera al principio, corrige. La antorcha divina de Voltaire debió, sin embargo, hacérsele tan insoportable, que le rogó, sin muchos cumplimientos, que se fuese á alumbrar á otra parte.

Faguet está poco enamorado de la antorcha divina, y hasta se inclina á creer que jamás ha iluminado á ningún autor, sucediendo con ella lo que con la comedia, que jamás ha corregido á ningún vicioso. Aquí, sin embargo, tropezamos con un argumento de Emilio Augier, que, sobre ser muy ingenioso, es lo más sensato que se ha dicho en favor de la comedia y en defensa de la crítica: «La comedia, se dice, no ha corregido nunca á nadie. No, no corrige á nadie, *pero corrige á todo el mundo*. Una pieza contra la avaricia, no corrige á un avaro; una pieza contra el libertinaje, no corrige á un Don Juan. Pero una pieza contra la avaricia, aviva el espíritu público contra la avaricia; y una pieza contra el libertinaje, refuerza la opinión pública y da armas contra los libertinos. La comedia no alcanza adonde apunta; pero lo que apunta es alcanzado por la corriente de opinión que crea ó que fortifica.» Lo mismo se pue-

de decir de la crítica: Boileau, como Molière, no han devuelto su sencillez á ninguna *preciosa*; pero, al ridiculizarlas, las han desacreditado.

En último término, siempre resultará lo que dice La Bruyère, tan aplicable al crítico de libros como al crítico de costumbres: «Los hombres, á pesar de los moralistas, siguen siendo viciosos. Sea. Pero sin los moralistas quizá lo serían mucho más.»

Por consiguiente, continuemos.

LINGÜÍSTICA

TRANSGRESIONES PROSÓDICAS.—En la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* encontramos un artículo, interesantísimo y muy bien documentado, de D. Juan B. Selva, sobre las «Palabras de acentuación errónea ó dudosa». Toma por base de su estudio el Diccionario de la Real Academia, demostrando que la Academia es la primera en desacatar sus propias reglas, empeñándose en restaurar el acento etimológico en voces que lo han perdido, sin fijarse en que su misión no es la de enmendar el uso corriente, sino el de consignarlo; es el gran notario de la lengua, y al reformar el uso se extralimita de sus funciones.

Pero es que la Academia, no sólo incurre en esa extralimitación que nos ha hecho retroceder en la evolución gráfica del idioma muchos siglos, haciéndonos escribir *oscuro* y *Septiembre*, cuando todos decimos *oscuro* y *Setiembre*, sino que ni siquiera sabe ser consecuente con sus propias innovaciones, como se lo hemos demostrado muchos y se lo demuestra cumplidamente el Sr. Selva en el artículo citado.

Si se dice *decámetro* y *milímetro*, ¿por qué ha de decirse *centígramo* y *centilitro*? Si se decide con razón á cambiar el acento de las voces en *mancia*, suprimiendo el que le daban en la *i* nuestros clásicos, para retrotraerlo á la *a*, como quiere el

uso corriente, diciendo *nigromancia*, *piromancia*, ¿por qué luego mantiene la *i* acentuada en *geomancia* y *lecanomancia*? Si dice *análisis* y *parálisis*, ¿por qué luego hace llana la voz *electrolisis*, que tiene una composición análoga? Si dice *apoteosis*, *clorosis* y *anastomosis*, siguiendo con razón la acentuación etimológica, ¿por qué acepta *endósmosis*, *exósmosis* y *ósmosis*? Y ya que hace esto, ¿cómo se le ocurre decir *metamorfosis*, cuando todos decimos *metamórfoſis*, con Argensola, Hermosilla, Moratín, Mesonero Romanos, Ochoa, Revilla y Salvá? Si todos decimos también *antropofagia* y la Academia misma autoriza *disfagia*, ¿por qué ha de obligarnos á decir *antropofagía*? Y si escribe *cefalalgia*, *gastralgia* y *nostalgia*, ¿por qué escribir *cardialgia*?

Es verdad que la lengua tiene también de estas inconsecuencias, pues todos decimos *anagrama* y *pentagrama*, como hemos dicho *epigrama* y *telégrama*, aunque ahora ya digamos, no sin refunfuñar, *epigrama* y *telegrama*, pues el castellano popular, contra lo que algunos pretenden, es afecto á las voces esdrújulas, de tal modo, que hasta palabras del tipo de las citadas, que pertenecen al lenguaje erudito, se hacen proparoxítonas, necesitándose toda la fuerza de la Academia, sostenida por los maestros de escuela, aunque sea á regañadientes, y principalmente por los cajistas, que son los verdaderos auxiliares de la Real Corporación, para modificar la acentuación de esas palabras, rebajándolas á la pedestre llaneza de las paroxítonas.

En el mismo caso de inconsecuencia se encuentran *ceremonia*, *parsimonia*, etc., al lado de *hegemonía*, que conserva el acento helénico; los que dicen *acrimonia*, conservando el acento etimológico, pecan contra el uso, tanto como los médicos desahogados que sueltan con la mayor frescura una *bronconeumonía*, que deja helado al cliente que le oye. Estas inconsecuencias son hijas de varias causas, principalmente del desgaste mayor ó menor que haya sufrido la palabra, de su introducción en la lengua por vía vulgar ó erudita y de la tendencia

que haya prevalecido en la época. Esto explica las diferencias existentes en las voces en *iacó*, y en esto no estamos conformes, ni con la Academia ni con Selva. La Academia dice *amoniaco*, *cardíaco*, *hipocondríaco*, *olimpiaco*, *pulmoniaco*, *zodiaco*, etc., conservando el acento etimológico, al lado de *austriaco*, *siriaco*, *demoniaco*, *eliaco*, etc. Selva pide que la autoridad académica uniforme estos vocablos, pareciendo inclinarse por la aplicación del acento etimológico; pero esto es incurrir en el mismo defecto que tantas veces hemos criticado á la Academia, haciéndola creer que tiene autoridad para hacer y deshacer en el idioma, sustituyendo sus gustos y preferencias, que, naturalmente, han de variar según los elementos dominantes que entran en su composición, á los gustos y preferencias del público y de los buenos escritores, que son los verdaderos y legítimos amos y árbitros del idioma, formando el *jus et norma loquendi*, que la Academia debe limitarse á consignar con absoluta imparcialidad, sin meterse en más dibujos, pues aunque su tarea, reducida á estos límites, parezca fácil y demasiado modesta, es lo bastante difícil para llenar de gloria á los académicos que la dieran cima. Por lo demás, en esto de las voces en *iacó*, el uso corriente, seguido por multitud de buenos escritores y de notables lexicógrafos, prefiere el acento en la *a*, y todos decimos, por ejemplo, *amoniaco*, *zodiaco* y *elegiaco*, como decimos *austriaco* y *egipciaco*; sólo en algunas voces técnicas, que no han pasado al lenguaje vulgar, se conserva el acento en la *i*, como sucede con *genetliaco*, *iliaco* y alguna otra.

En cambio de esta discrepancia, estamos no sólo conformes con Selva, en que no debe rechazarse la voz *transeúnte*, sino en que es la única admisible, pues no hay nadie que diga *transéunte*, aunque la imponga el léxico y todos los léxicos habidos y por haber; al pueblo bajo se le escapa, á veces, *transuente*; pero *transéunte* no lo dice nadie, ni los mismos académicos; créalo el Sr. Selva. Y lo mismo pasa con *balaústre*, aunque la Academia y otros Dicionarios consignent *baláustre*.

En *baraúnda* estamos conformes todos; y si Domínguez y algún otro dicen *baráunda*, hay que creer que es puro descuido, como es posible lo sean los de *transéunte* y *baláustre*.

A veces, la Academia permite doble ortografía, que supone, naturalmente, doble pronunciación, y hasta ocurre que algunas de estas palabras, al publicarse la última edición, pierden una de sus formas, teniendo la desgracia de que la Academia, fiel á sus últimos principios, rechace precisamente la aceptada por el uso, como sucede con *utopia*, que, hasta la última edición, podía escribirse con ó sin acento en la *i*, pero que ahora hay que escribir *utopía* (libreme Dios de ser yo quien tal haga). Estas voces son, tales como las consigna Selva, las siguientes: *aloe* y *áloe*, *aureola* y *auréola*, *caduceo* y *cadúceo*, *cíclope* y *ci-clope*, *cónclave* y *conclave*, *égida* y *egida*, *elixir* y *elixir*, *fárrago* y *farrago*, *médula* y *medula*, *meteoro* y *metéoro*, *mucílago* y *mucilago*, *orgia* y *órgia*, *pabilo* y *pábilo*, *parásito* y *parasito*, *presago* y *présago*, *prócero* y *procero*, *varice* y *várice*. Las primeras de estas dobles formas las da Selva como de empleo más común en la Argentina; este empleo coincide con el de la Península, salvo en *áloe*, *pábilo* y *présago*. El *farrago*, la *medula* y el *pabilo* nos hacen mucha gracia, porque jamás los hemos oído.

Tiene razón Selva al decir que es ilógico escribir *miopia*, como lo hacen Monlau y Barcia, escribiendo al mismo tiempo *diplopia* y *estereotipia*; pero lo cierto es que así se dice, y es un caso semejante al de *demagogia* y *pedagogía*; son inconsecuencias que no hay más remedio que consignar, y una cosa es que por tales ó cuales razones prefiramos esta ó la otra forma, y otra muy distinta que la Academia pretenda imponer su modo de pensar, por acertado que parezca, cuando el uso no está perfectamente definido, y mucho menos cuando es contrario á la decisión de la Academia.

De otras muchas palabras trata también el artículo de Cuervo, y, en general, estamos de acuerdo con su modo de pensar. Disentimos de él, sin embargo, en *pol íglota* y *polícro-*

mo, que nos parecen preferibles, como más corrientes á *poliglotá y policromo*. Son muy de estimar sus indicaciones respecto á varios americanismos que aquí se pronuncian y se escriben con incorrección; tal sucede con *ananás, cóndor* (plural, *cóndores*), *quíchua y quéchua*, que las pocas veces que se encuentran en escritores castellanos ó que se usan en el lenguaje hablado, acostumbramos á pronunciarlas mal. Tratándose de americanismos, no es dudoso que debe prevalecer la pronunciación americana.

HIGIENE

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONES.

HIGIENE DE LA DISTRACCIÓN.—Así como la hidroterapia, los baños fríos ó calientes, la ducha, las inhalaciones, las sudaciones más ó menos copiosas tienen propiedades especiales, que suministran indicaciones ó contraindicaciones, que se aplican á los diferentes casos patológicos, así también las distracciones, revistiendo multitud de formas, producen efectos especiales que deben tenerse en cuenta por todo médico higienista.

Trata uno de distraerse, de descansar, cuando se ha trabajado demasiado, cuando está uno deprimido por la monotonía de la vida, cuando se halla perturbado por una emoción fuerte ó prolongada, por un padecimiento largo ó doloroso. Todas estas causas vienen á parar, según la constitución de las personas, á dos estados: el de un embotamiento cerebral, con ineptitud para el trabajo y dificultad de entregarse á él sin trastornos, males de cabeza, vértigos y confusiones pasajeras; ó en una excitación intelectual, en que el pensamiento anda solo, moviéndose generalmente en un círculo de ideas muy estrecho, sin obedecer á la voluntad. En ambos casos, el individuo ha perdido el poder intelectual de dirección y de parada que caracteriza la normalidad.

Para recobrar este poder, según el Dr. Toulouse, hay que fijarse en la clase de perturbaciones que se trata de corregir.

Si el síntoma dominante es la depresión con curvatura en el caso de esfuerzo cerebral algo continuo, se necesitan distracciones fáciles, sobre todo *reposantes*; el reposo psíquico completo no es posible ordinariamente, porque la actividad del espíritu es normalmente continua. Cuando el trabajo intelectual, sin producir un malestar caracterizado, se hace solamente difícil, hay que fortificarlo con ejercicios de impulsión, acudiendo á las distracciones ligeramente *excitantes*. Por último, cuando el automatismo cerebral es fuerte y el pensamiento está siempre fijo en los mismos objetos, deben de emplearse distracciones más activas, como son las *derivativas*.

Toulouse clasifica estas distracciones desde el mayor reposo hasta la más fuerte derivación, poniendo en primer término las distracciones *reposantes*, y entre ellas la *rêverie* en que el sujeto deja vagar su pensamiento á merced de sus asociaciones de ideas, ya evocando el pasado «sin tratar de precisar recuerdos, ni coordinarlos», ya imaginando series más ó menos agradables al espíritu; es la actividad mental más fácil y, por consiguiente, la más reposante, y conviene á los simplemente deprimidos, y después de toda distracción excitante ó derivativa, lectura, trabajo, teatro, á fin de recobrar el equilibrio de las ideas, y por la noche para disponerse al sueño; las largas *rêveries* no convienen á los sobreexcitados, ni, sobre todo, á los atormentados por ideas y sentimientos asediantes, ni á los adolescentes laborados por las inclinaciones sexuales que no encuentran ya freno en aquel estado pasivo. Próximo á la *rêverie* está la simple contemplación de los espectáculos naturales: la vista del mar, de la montaña, del campo, apenas guía al espíritu que oscila en direcciones vagas; el paseo á pie ó en coche aumenta el interés por la sucesión más rápida de las escenas. Luego viene el espectáculo de la calle, de las reuniones de personas, con el vaivén y consorcio de las gentes. Esta distracción basta generalmente á los trabajadores; los cambios de residencia prolongados suelen producir análogos efectos. La música fácil tiene, poco más ó menos, la misma virtud; por eso

se la emplea en todos los lugares de placer. La más conveniente, porque provoca el automatismo del pensamiento, es la música fuertemente rimada, el aire de baile. Los tziganes deben su éxito en los restaurants de moda á esta condición psicológica; cuanto más conocidas son las melodías, más convenientes son. Los juegos simplemente físicos, practicados con medida, la danza, la carrera, la bicicleta, la natación, son intelectualmente reposantes cuando no entra en ellos ningún sentimiento de emulación, como en las luchas ó concursos. Los espectáculos artísticos, pintura, escultura, exigen educación particular, y se hacen penosos, á veces, por las condiciones en que se pueden disfrutar, como pasa en los museos, cuya visita resulta fatigosa si no se hace con método; más reposante todavía es la vista de grabados, fotografías y colecciones de postales, y de ahí el gran éxito de la ilustración en libros y periódicos. Las distracciones reposantes, en suma, son las que no imponen dirección seguida á la actividad mental, y cada cual puede elegir, conforme á los ejemplos citados, la que más le convenga.

Las distracciones *excitantes* deben, al contrario, dirigir la actividad intelectual en un sentido definido. La primera es la conversación: excita en razón de la parte activa que en ella se toma y según el interés de los asuntos; la charla disparatada con equívocos y chistes es higiénica, y si no se toma parte en ella, sino como oyente, es reposante. Los juegos de sociedad, adivinanzas, charadas, logogrifos, jeroglíficos, son más excitantes, y lo mismo ocurre con los juegos de azar puro ó con combinaciones, ruletas, cartas, dominó, á causa y en proporción del interés de la ganancia. Los sports de concurso, de casa ó de campo, esgrima, pelota, etc., excitan del mismo modo por el amor propio. El teatro de simple espectáculo es solamente excitante. El café-concierto puede también colocarse en esta clase, á causa de la variedad de números; se ha hablado muy mal de él; pero, atendiendo á la higiene de la distracción, responde á la demanda, lo que explica su éxito universal. En casi

todas las distracciones excitantes representa un papel el elemento sexual.

Las distracciones *derivativas* se reconocen en que la actividad intelectual se dirige, durante mucho tiempo seguido, en el mismo sentido; sólo así son capaces de arrancar del espíritu preocupaciones activas y tenaces. La lectura de periódicos, revistas y libros ofrece todos los grados de la derivación, desde la novela de aventuras ó costumbres y las memorias históricas, hasta los estudios científicos y filosóficos. La discusión es otra distracción semejante; las teorías de arte, para las gentes cultas; la política y la religión, para todo el mundo, suministran abundante materia de fuerte derivación. El teatro, la música clásica, los viajes de excursión y hasta el trabajo mismo son también poderosos derivativos de indudable eficacia.

Hay que elegir con arte la distracción que conviene á cada uno: la cultura, la inteligencia, el hábito, las preocupaciones anteriores, la distracción del momento, la duración del recreo, aumentan ó disminuyen sus efectos. Luego de darse uno cuenta de si la distracción es reposante, excitante ó derivativa, conviene combinar los elementos recreativos de modo que refuerzen ó atenúen el principal; si no se procede metódicamente, se arriesga el emplear esos elementos á contratiempo, obteniendo resultados contraproducentes.

HISTORIA

¿HA EXISTIDO JUDAS ISCARIOTE?—Estamos en unos tiempos en que vamos á tener que dudar de la existencia de nosotros mismos. Homero se ha convertido en un mito; Shakespeare, en un testafarro; la batalla de Covadonga, en una leyenda; y ahora salimos con que Judas Iscariote no ha existido nunca; con lo cual, verdaderamente, no perderíamos mucho, pues tipos tan repugnantes como el suyo, más valdría que fueran creaciones de la imaginación, como recursos de novela

trágica, que seres reales y efectivos, de carne y hueso, y con figura humana.

Sostiene la tesis de que Judas no ha existido nunca, el doctor en letras Luis Germán Levy, rabino de la Unión liberal israelita, en *La Grande Revue* de París. A priori, claro es que la imparcialidad de un rabino en esta materia es algo sospechosa, pues á nadie le gusta ser, ni paisano siquiera, de Judas ni de Dolfos; pero como el asunto está presentado con todas las apariencias de un estudio analítico y exegético serio y desapasionado, vale la pena de recogerlo en estas páginas, siquiera sea por su extrañeza y novedad.

La prueba de que Judas es una figura inventada de todas piezas, según Levy, ha sido establecida sólidamente, hace algunos años, por G. Marquardt, en su libro *La traición de Judas Iscariote, una leyenda*, fundándose en la argumentación de Strauss. Las cartas auténticas de San Pablo nada dicen de Judas, cosa que á Levy le parece sumamente extraña, pero que realmente no puede servir de base á ninguna argumentación. En un pasaje (I Cor. XV. 4, 5.) dice, sin embargo, lo siguiente (1): «Cristo ha sido sepultado y ha resucitado al tercer día, según las Escrituras, y se ha aparecido á Cefas y luego á los doce.» Aquí parece haber un principio de argumentación serio, pues habiéndose verificado esta aparición antes de la Ascensión y, por lo tanto, antes de la elección de Mateo en reemplazo de Judas, éste debía figurar entre los doce, y entonces ni podía haber sido traidor, ni menos haberse ahorcado, como dicen San Mateo y las Actas de los Apóstoles. Esto parece concluyente; pero si se analizan bien todos los términos, resulta que Judas podía existir cuando la aparición de Jesús, pues en ninguna parte consta que su muerte, estrangulado ó reventado, ocurriera inmediatamente después de la de Jesús; se

(1) No comprobamos las citas, limitándonos á consignar las que figuran en el artículo de Levy, tal y como en él aparecen, dejándole íntegra la responsabilidad de la cita y de la versión, que transcribimos literalmente.

dice, en San Mateo y en las Actas, que murió, pero no se dice cuándo, y cabe muy bien suponer que pasara algún tiempo entre su traición y su muerte, ya que su remordimiento no fué tan inmediato que no le diera tiempo para pensar en qué había de invertir el precio de su felonía para comprar el campo de Haqueldama, y para cultivarlo y para disfrutarlo hasta que se le ocurrió ahorcarse, según San Mateo, ó dar en él un tropezón que le partió por medio, según las Actas. Admitida la hipótesis de estar vivo, tan aceptable por lo menos como la de haber muerto al tiempo de la aparición de Jesús, nada impide admitir que un sinvergüenza como él continuara unido á los otros once Apóstoles como si nada hubiera pasado; y, en todo caso, siempre cabría admitir un error material de San Pablo, explicable por no haber intervenido él personalmente en ninguno de aquellos sucesos, que sólo de referencia le eran conocidos.

El Evangelio de San Marcos habla tres veces de Judas (III, 19; XIV, 10 y 43); pero, según Levy, esos tres pasajes han sido interpolados. Por ese sistema pronto se acaba toda discusión; cuando nos estorba una cita la suprimimos ó decimos que es falsa, y punto concluído.

En cuanto al Apocalipsis, añade Levy, no dice ni una palabra de Judas. Y ¿qué falta hace Judas en el Apocalipsis? ¿Y quién le dice á Levy que Judas no está representado por alguna de aquellas espantables figuras que San Juan se ha entretenido en dibujar, para eterno tormento de intérpretes y exégetas? Es gracioso, de todos modos, el sistema de Levy. ¿Se habla de Judas? Interpolación. ¿No se habla de Judas? Maravilla.

Contrastando los datos de los Evangelios, encuentra Levy numerosas contradicciones. Una se refiere al día de la traición, que fué el 14 de Nisán, según San Mateo y San Lucas, y el 13, según San Juan. Otra, á la impresión que hicieron en los Apóstoles las palabras de Jesús: «Os digo, en verdad, que uno de vosotros me venderá.» Según San Mateo, cada uno fué pre-

guntando: «Señor, ¿soy yo?» Y Judas lo preguntó dos veces. Según San Marcos, hicieron la pregunta, pero sin que Judas la repitiera. Según San Lucas, se preguntaron uno á otro quién haría eso. Según San Juan, Simón Pedro le hizo señal para que preguntase al Señor á quién se refería. Iguales divergencias se observan en la contestación de Jesús. San Mateo y San Marcos dicen: «Aquel que ponga la mano en el plato conmigo, es el que me venderá.» San Lucas no habla de esta circunstancia, y, según San Juan, Jesús respondió: «Aquel á quien presente el trozo mojado.» Otra, á que Judas fué á ver á los pontífices, dos veces, según San Mateo, San Marcos y San Lucas, y una vez, según San Juan. Otra á que, según aquéllos, estuvo con Jesús durante toda la cena, y según éste, se salió á mediados de la comida. Otra, á la escena de la traición, sobre si le dió el beso antes ó después.

Nada más fácil nos sería que mostrar el ningún valor para los efectos de que se trata de estas divergencias, pomposamente llamadas contradicciones por Levy, pero no vale la pena. Lo positivo es que los evangelistas todos hablan de Judas y de su traición, y esas mismas divergencias demuestran la existencia real del abominable judío, porque si el traidor no hubiera existido, y los pasajes á él referentes fueran interpolados, que es la conclusión de Levy, ¿qué interpoladores son esos, tan faltos de sentido, para no hacer coincidir á todos los evangelistas en el mismo relato?—Paciencia, contesta Levy, adivinando mis objeciones, que no estamos todavía al cabo de nuestras observaciones. ¿Cómo ha podido tolerar Jesús la presencia continua de un individuo que sabía le había de entregar á sus adversarios?—Eso es lo mismo que si se preguntara: ¿cómo Jesús, que estaba tan á gusto á la diestra de Dios Padre, ha podido bajar á este pícaro mundo para que le crucifiquen, sabiendo que le habían de crucificar?

«¿Cómo—sigue preguntándose Levy—Jesús, que había dicho «no nos induzcas en tentación», podía confiar la caja común de los discípulos á un individuo de sentimientos tan bajos, sa-

biendo, desde el principio, que le había de traicionar, y cómo los discípulos no han roto con un personaje tan sospechoso, rogando á Jesús que le quitara la administración de la caja? La verdad es que no se comprende, y seguros estamos de que si el Sr. Levy hubiera sido uno de los Apóstoles, le quita la caja á Judas; pero, ¿qué quiere el Sr. Levy? No todos nos preocupamos tanto de la caja, y aquellos infelices pescadores que dejaban sus redes, y aquel publicano que dejaba sus negocios, y todos aquellos otros que dejaban sus bienes y familias, por seguir al Maestro que les prometía el Reino de los Cielos, — ¿qué vale eso al lado de una caja de caudales? — se conoce que se cuidaban poco de los ochavos, mucho más desde que habían visto el prodigio de la multiplicación de los panes y los peces.

«¿Cómo explicar que Judas, que desde hacía mucho tiempo alimentaba los más negros designios contra su Señor, no haya depuesto contra Él ante el tribunal, y se haya hecho tan prontamente justicia?» Vaya usted á saberlo. Habrá sido porque haya vacilado, pues el caso lo merecía, ó quizá porque no le diera la gana, pues para eso tenía su voluntad. Pero lo que nos choca en la pregunta del Sr. Levy, es aquello de que «Judas alimentaba, desde hacía mucho tiempo, los más negros proyectos contra su Señor». ¿Por dónde sabe eso? ¿No quedamos en que Judas no ha existido? Si no ha existido, ¿cómo podía abrigar tales sentimientos? ¿Cómo han llegado esos sentimientos á oídos del Sr. Levy? Los Apóstoles no lo supieron hasta el momento de la Cena, y el Sr. Levy da por sentado que esos sentimientos databan de mucho tiempo antes. ¿Será que el Sr. Levy se haya adelantado á los trabajos de William Stead para el establecimiento de la oficina de comunicación inter mundial, y haya entrado en relaciones con el alma de Judas para averiguarlo?

Bromas aparte, Levy encuentra la respuesta á todos sus cómo y porqués en el Antiguo Testamento. ¿Por qué dieron 30 monedas á Judas en pago de su traición? Porque en *Zacarías* (XI, 12) se dice «entonces me pesaron mi salario, á saber,

30 siclos de plata». ¿Por qué Jesús dijo: «uno de vosotros, que come conmigo me venderá?» Porque en el salmo (XLI, 10) dice: «hasta mi amigo, en quien tenía confianza, que comía mi pan, ha levantado el talón contra mí». ¿Por qué la escena del beso de Judas? En recuerdo del beso de Joab á Arnasa. ¿Por qué tiró las 30 monedas en el templo? Porque también Zacarías las tiró en la casa del Eterno. *Et sit de cæteris*. Lástima de tiempo el que han perdido el Sr. Marquardt y el Sr. Levy, devanándose los sesos y revolviendo Biblias para buscar el consiste de todos estos hechos. Comprendemos el mal rato que se han dado los comentadores católicos y protestantes de las Sagradas Escrituras para ver de relacionar el Antiguo con el Nuevo Testamento, mostrando en éste el cumplimiento de las profecías de aquél. Pero entretenerse en hojear textos, confrontar citas y buscar analogías para demostrar que esas relaciones existen, y deducir de ello que, por lo mismo que existen los hechos en que se fundan, son falsos, es verdaderamente pasmoso.

CRÍTICA

DEGRADACIÓN DEL SUPERLATIVO.—Escuchad una conversación cualquiera, especialmente de nuestras señoras y señoritas contemporáneas, y no dejaréis de tropezar con trozos de este tipo:

—¿Qué le ha parecido á usted la Moscardoni?—Divinamente: canta que es un primor.—¿Y el tenor Berderini?—Muy malísimo; no se le puede oír.

—¿Dónde ha comprado usted esa blusa?—En casa de Coscorrón. ¿Le gusta á usted?—Coscorrón, no, pero la blusa es requetepreciosísima; la tela es riquísima y la hechura parece cosa de Paquín.

—¡Vaya una sandía! ¡Esto sí que es canela fina!, es un puro almíbar, es archisuperiorísima.

—¿Qué le ha parecido á usted el jamón?—Es bueno, pero ayer compré yo uno hermosísimo; lo probamos, y como la

E. M.—Octubre 1909.

chica sabe guisar tan divinamente, daba gloria meter aquello en la boca; y me costó muy baratísimo.

Las señoras y caballeros, pollos y pollas de la aristocracia, de la artesanía y del pueblo, pues en materia de gusto literario suelen hacerse la competencia unas clases á otras, sin que se sepa cuál lo hace peor, la aristocracia con sus extranjerismos, la mesocracia con sus barbarismos de industria, comercio, artes y ciencias, y la democracia con sus chulapismos y golferías, coinciden en el punto concreto del mal empleo de los adjetivos encomiásticos y despreciativos, y sobre todo, de los superlativos, diciendo á veces verdaderas atrocidades, alterando el significado de las palabras y produciendo el desgaste de los vocablos de tal modo que, si las cosas siguen por el camino que llevan, no tardaremos en vernos en grave apuro para poder aplicar un calificativo con exactitud.

Todo autor es eminente, y cuando se tropieza con un Menéndez Pelayo, ó se vuelve uno loco buscando adjetivos que le distingan de tantos eminentes, ó no hay más remedio que hacerle cardenal, llamándole eminentísimo. No hay militar que no sea bravo y bizarro, y si nos encontramos con un Prim, no acertamos á aplicarle un epíteto tan gastado, y tenemos que soltarle un bravísimo, como si se tratara de aplaudir el do de pecho de un tenor.

Pero no es esto lo peor, porque, después de todo, puede haber muchos autores eminentes, que si no lo son en realidad, lo son para la familia y los amigos que los quieren, para los parásitos que los adulan, para los periodistas á quienes convidan á cenar y para los rotativos, ó no rotativos, cuyos bombos pagan, como puede haber muchísimos militares bravos (todos deben serlo por su profesión) y hasta bizarros si se quiere, aunque en materia de bizarría, la mayor parte de los que usan la palabra no saben lo que dicen. Lo peor es que, al emplear adjetivos, las señoras especialmente, hacen de ellos las más extravagantes aplicaciones, y dicen de un percal, que es de una clase muy rica, y de un aceite, que es hermosísimo (ó hermosísima), y de

todos los actos, que estaban divinamente hechos; sacando así de quicio las palabras, reduciendo el vocabulario á la mínima expresión, y aplicando á cualquier cosa los calificativos que debieran reservarse para contadísimos casos.

Un manjar no es agradable, ni sabroso, ni gustoso, sino *rico*; una tela no es buena, ni fuerte, ni suave, ni sólida, ni bonita, sino *rica*; á una muchacha no se la dice que es guapa, ni hermosa, ni linda, ni esbelta, ni buena, ni graciosa, sino *rica*; un agua no es limpia, ni fresca, ni diáfana, ni pura, sino *rica*. Todas las cosas son ricas, y este abuso de un adjetivo para expresar cosas tan distintas, sobre quitarle su propia significación, produce en él tal desgaste, que por querer decirlo todo, no dice nada; se enmohece y requiere, por poco que se necesite realzar su significación, elevarlo de categoría y convertirlo en muy rico ó riquísimo.

Pero ni aun esto basta; una vez puesto en circulación el superlativo, se comete con él el mismo abuso, se desgasta igualmente por el mismo procedimiento, y hay que reforzarlo para que resulte tan expresivo como se quiere; de ahí, el disparatado empleo del *muy* ante los superlativos, que realmente despojan á éstos de su condición; de ahí también el refuerzo de que hay que echar mano para obtener el mismo resultado, empleando los prefijos *re*, *reque*, *requete*, *archi* y otros semejantes; de ahí también la creación de nuevas voces, ó el empleo de las ya existentes en otro sentido para reemplazar los términos desgastados, enmohecidos ó podridos del idioma á causa del abuso indicado.

Todo esto constituye una degradación, á la que interesa poner coto para no falsear ni empobrecer la lengua. Ya decía Horacio que «*multa renascentur quæ jam ceciderunt, cadentque—quæ nunc sunt in honore vocabula, si volet usus—quem penes arbitrium est, et jus, et norma loquendi*»; lo que prueba que el mal es antiguo y que todas las lenguas lo padecen; pero no por eso deja de ser mal, y debemos hacer lo posible para contener los progresos del que indicamos.

IMPRESIONES Y NOTAS

¿QUÉ ES LA NEUROSIS?—En la biblioteca de filosofía científica ha publicado el Dr. Pedro Janet un tomo sobre *Las neurosis*, que termina con el concepto científico de la neurosis, digno de ser recogido en estas páginas.

En la antigua Medicina, la palabra *neurosis* era desconocida; la primera vez que, según Janet, ha sido empleada, fué á fines del siglo XVIII, por el médico escocés Cullen; se aplica á los espasmos, afecciones vaporosas, excitabilidad nerviosa, histeria, etc., ó sea á todas las enfermedades que en aquel tiempo pasaban por extraordinarias, por ser inexplicables. Durante mucho tiempo han sido consideradas las neurosis como «enfermedades sin lesión», y sería mejor decir, como añade Jorge Bohsen, «de lesiones indoradas». Luego se creyó que eran enfermedades psicológicas, y para Janet son «enfermedades de la evolución de las funciones».

En las perturbaciones neuropáticas, jamás se destruye una función en su conjunto de un modo definitivo. En toda función hay que distinguir partes inferiores y partes superiores. Cuando una función lleva mucho tiempo de ejercicio, contiene partes que son muy antiguas y frágiles, representadas por órganos muy distintos y especializados; esas son las partes inferiores; las superiores consisten en su adaptación á circunstancias más recientes, mucho menos habituales, representadas por órganos mucho menos diferenciados. En cada función hay, además, una parte completamente superior, que consiste en su adaptación á la circunstancia particular del momento en que debemos emplearla, al conjunto de fenómenos exteriores é interiores en que estamos colocados en aquel mismo momento. La función de la alimentación existe desde los orígenes de la vida; las secreciones de las glándulas son indispensables para ejecutarla; nos servimos de nuestras manos para tomar los alimentos, y durante nuestras comidas observamos ciertos ritos so-

ciales: he ahí partes diversas de la función de desigual valor.

Hay grados en todas las funciones, lo mismo en la de andar que en la de escribir; el fisiólogo no tiene en cuenta más que las partes antiguas, inferiores; el médico debe tener en cuenta las partes nuevas y superiores. Sobre estas partes precisamente aparecen las neurosis, enfermedades de la evolución de las funciones, casi siempre en las edades en que la transformación orgánica y moral es más acentuada: pubertad, matrimonio, cambio de carrera, muerte de los padres ó de los íntimos, edad crítica, etc. En las neurosis, la parte superior de las diversas funciones no evoluciona, ó evoluciona mal.

De aquí la definición de la neurosis: «Las neurosis son enfermedades que afectan á las diversas funciones del organismo, caracterizadas por una alteración de las partes superiores de estas funciones, detenidas en su evolución, en su adaptación al momento presente, al estado presente del mundo exterior y del individuo, y por la falta de deterioro de las partes antiguas de estas mismas funciones, que podrían todavía ejercerse muy bien de un modo abstracto, independientemente de las circunstancias presentes. En resumen: las neurosis son perturbaciones de las diversas funciones del organismo, caracterizadas por la detención del desarrollo, sin deterioro de la función misma.»

Completando este estudio con el de Moreny sobre la clínica literaria, y precisando la influencia de las neurosis en las letras, puede decirse con Bordeau, que el equilibrio de las facultades no da por resultado, generalmente, más que la *aurea mediocritas* horaciana. Las tendencias geniales deprimen ciertas facultades y exaltan otras; hay en el genio una parte de neurosis que le da, por decirlo así, su parte de impulsión.

*
* *

EL ALMIRANTE DE COLIGNY.—El almirante de Coligny, según el último historiador de los Valois, Merki, no fué el gran

hombre desinteresado de la tradición protestante, el viejo solemne y noble, entristecido por las desgracias de su país, que se ve en la calle de Rívoli con el puño sobre el pecho; es el viejo *condottiere* que muestra un retrato de Versalles, el viejecillo de rostro seco y malo de los primitivos del Louvre.

La primera parte de la vida de Coligny se pasa en las guerras de Enrique II contra Carlos V y Felipe II. Merki estudia las razones de la conversión de Coligny al protestantismo y su rivalidad con Francisco de Guisa, que forma el rasgo característico de su carrera. Merki acusa á Coligny de haber tratado con Isabel de Inglaterra, y le imputa claramente la responsabilidad del asesinato de Francisco de Guisa, que será vengado por su hermano Enrique. Después de la batalla de Jarnac y de la muerte de Condé, Coligny se hace el jefe supremo de los protestantes, y con este título firma la paz de San Germán, «coja y mal asentada», por imponer á Carlos IX una política completamente protestante (proyectos de alianza inglesa con los protestantes de Alemania y expedición á Flandes), y por lo mismo, impolítica y funesta al poder real, de donde el asesinato de Coligny y la San Bartolomé.

En estos actos ve Merki la legítima defensa del partido católico. ¿Ha habido en ellos premeditación? Es posible que en la entrevista de Bayona, celebrada algunos años antes entre Felipe II y Catalina de Médicis, se hubiera hablado del exterminio de los protestantes, y nada tendría de particular que Felipe II, por la intransigencia de sus convicciones y la conveniencia de su política en Europa, hubiera pedido ese exterminio; pero de eso á la salvajada de la San Bartolomé hay gran distancia, aunque el erudito F. Combes se haya resuelto por la afirmativa. La solución del enigma está en el Archivo de Simancas.

* * *

LA MUERTE DE FILÉ.—Uno de los más hermosos libros de Pedro Loti es el que ha publicado con el título de *La muerte de Philæ*, es decir, la muerte de Egipto, del Egipto histórico

y monumental, del Egipto sagrado y poético. Antes, Egipto conservaba el misterio de su lejanía, y estaba defendido por la arena del desierto y por el fanatismo de los beduinos; para evitarlo se necesitaba gran temple de alma y de bolsillo. Hoy todo eso ha cambiado, y Egipto es uno de tantos paseos de vacaciones, con facilidades y rebajas de precios, comidas de fonda é intérpretes de alquiler; una feria más, invadida por todos los explotadores y curiosos, que, lejos de realzar nuestra civilización, la ponen en ridículo. El aristocratismo excursionista pierde uno de sus más hermosos objetivos, sin que el democratismo triunfante, pasando su raseró por todo, gane con ello nada; pues es un dolor oír á cualquiera de esos estúpidos ingleses enriquecidos, hablar de Menfis y de Tebas, de Luxor y del Cairo, como pueden hablar del Unter-den-Linden, de Berlín, del Prater, de Viena, ó de la Puerta del Sol de Madrid, y decir, como decía una señorita de esa calidad, ante la fachada de Nuestra Señora de París, que era una lástima que estuviera tan ennegrecida, y que debían rasparla.

Loti nos muestra el Egipto invadido por tribus de ingleses, acaparado por los snobs de ambos mundos é inundado por las bandadas de la agencia Cook, arrastrando por dondequiera el horror de sus guardapolvos y de sus ternos cacadeoca, que convierten el Egipto en inmensa barraca de feria, donde se muestran las curiosidades con varitas, donde se iluminan los sepulcros con luz eléctrica (hasta hay una lámpara en los hipogeos de Tebas, bajo la nariz de la momia de Amenofis II); donde se construyen hoteles para los viajeros junto á las pirámides; Water-palaces en el muelle de Luxor y tiendas por todas partes; donde se venden recuerdos y baratijas, como en Lourdes ó en el Grindelwald. Allí se han domesticado las ruinas, se las ha catalogado, se las ha rotulado, se las ha cercado y se las visita con permiso y, lo que es peor, con guía. Tebas se ve invadida por enjambres cosmopolitas que almuerzan de smoking, y á la hora indicada por el guía van á lanzar sus ¡ah!... y sus ¡oh!... ante las columnas de la sala hipostila; Asuán se

ha convertido en una especie de Port-Said, donde florecen los bistros. En el Cairo, los ingleses han logrado cambiar el clima de Egipto con sus trabajos del Nilo, como han hecho de Filé una especie de Venecia, desierta, sumergida en sus tres cuartas partes, cuyas piedras se desmoronan y van á hundirse y desaparecer.

*
* *
*

EL LIBRO DE LA MUERTE.—Es curiosa la obra que, con el título que precede, ha escrito Eduardo Ganche, en la que, según Ernest-Charles, hay un verdadero derroche de epítetos, de los que resulta que la muerte es omnipotente, respetada, esclavizante, temida, exterminadora, inexorable, sempiterna, siniestra, ineluctable, misteriosa é inmortal. Montón de epítetos, mala literatura. Desde que la señora Sevigné ha escrito su famosa carta sobre el matrimonio de Lauzun, todos los epítetos se han añejado.

Ganche compone cuentos fantásticos y macabros, estilo Edgar Poe. Lady Fielding ha querido ser enterrada viva con todas sus alhajas; se la ha dado gusto, y han metido en su ataúd más de un millón de diamantes y piedras preciosas; tres ladrones llegan de noche á la fosa, suben el féretro y lo abren; los diamantes relampaguean á la luz de la linterna. Los ladrones arrancan pulseras y collares, y como la rigidez cadavérica les impide sacar las sortijas, uno de los hombres corta un dedo; la sangre corre, la muerta lanza un grito, saliendo de la catalepsia, y los ladrones, aterrados, escapan (hasta aquí la historia vieja). Lady Fielding se arrastra á lo largo de las tumbas, y la luna alumbrá la marcha titubeante de aquel espectro; de pronto ve una luz en la casa donde dormita el guardián del cementerio; Lady Fielding se dirige á ella, y entra; el guardián se despierta, y al ver el fantasma, con su blanco sudario, queda aterrado; Lady Fielding avanza, y su cuerpo exangüe se abate sobre el del guardián. Al día siguiente se descubrió el cadáver del guardián bajo el de Lady Fielding.

Cuando no son historias de este tipo, Ganche nos lleva al

hospital, al anfiteatro y á la Morgue, describiendo con realismo sobrio, pero implacable, todos los fenómenos de la muerte. Así asistimos al espectáculo de una operación en la matriz. Es una bella joven, suplicante y desesperada; los enfermeros la llevan en una camilla, y la conducen al dormitorio, después de operada; en la sala de operaciones, el cirujano, rodeado por sus alumnos, disecciona los tumores extraídos, tibios todavía, en tanto que la operada se despierta, y libre de la anestesia, sufre horriblemente: «¡Matadme, matadme!»—exclama.—Las otras enfermas se incorporan espantadas al oírlo; de pronto se escucha como un aullido; se ve á la operada sufrir el último sobresalto, y muere. Todos se apartan de ella como de una cosa que estorba en el hospital. Al día siguiente llevan el cadáver al anfiteatro, y á pesar de la voluntad de los padres, el cirujano aconseja á sus internos que abran de nuevo el vientre de la difunta, para darse clara cuenta de las causas de su muerte; los internos se entretienen en mil bromas en torno del cadáver, prodigándole apasionados epítetos; pero no tienen tiempo de proceder á la autopsia, porque aparece el mozo del anfiteatro anunciando la llegada del coche fúnebre. Los internos, entonces, se precipitan, trayendo uno el ataúd y otro la tapa; el vientre recibe los periódicos sucios, las cajas vacías de cerillas y las cenizas de las pipas, á guisa de asperges; lo recosen groseramente y lo entregan á la familia que, detrás de la puerta, espera llorando.

Tal es el género que cultiva Eduardo Ganche, que hay que confesar es poco divertido, aunque á ratos no deja de ser emocionante.

*
* *

RINCONCILLOS PROSAICOS DE LA LITERATURA.— Aunque la figura legendaria del literato es la que corresponde al bohemio, Homero cantando sus poemas, Cervantes reducido á mendigar un destino, Corneille sin más que un par de zapatos, en todos tiempos han existido poetas afortunados que, por azares de la suerte, han cobrado bastante bien sus versos.

Así, los atenienses, 440 años antes de Jesucristo, escuchando en el Agora á Herodoto, le votaron una recompensa de 10 talentos (54.000 pesetas). Es verdad que Herodoto no era poeta, pero para el caso es igual.

Cherilo, autor de un *Aquiles*, tuvo que aceptar un trato que le propuso Alejandro el Grande, ofreciéndole un filipo por cada buen verso de su poema y un bofetón por cada verso malo; acabada la lectura, Cherilo recibió 7 filipos, pero murió de tantos bofetones como le dieron.

Suetonio asegura que el *Eunuco*, de Terencio, fué representado dos veces en un día, y le pagaron por él un precio jamás hasta entonces alcanzado por ninguna comedia (unas 1.600 pesetas). Conocida es la anécdota de Octavia y de Virgilio, cuyos versos sobre Marcelo conmovieron tanto á la princesa, que hizo entregar al poeta 10 grandes sextercios (2.000 pesetas) por cada uno de los 32 versos que contenía.

Macrobio cuenta que un pobre poeta griego, cada vez que Augusto salía de su palacio, le entregaba un epigrama compuesto en su honor, sin que jamás el emperador le hiciera caso; hasta una vez que, impacientado por su insistencia, y antes de que el griego le diera su epigrama, le dió él otro de su cosecha; el griego, sin turbarse, lo leyó, lo elogió y, metiendo la mano en su escurrida bolsa, sacó de ella unas cuantas monedas de cobre, que tendió á Augusto, diciéndole: «¡Oh, Cesar!; no es eso, sin duda, proporcionado á tu mérito; pero más te daría si más tuviera.» Augusto quedó tan encantado, que mandó darle 6.000 sextercios.

Collet recibió de Richelieu 600 libras por 6 versos que contenían la descripción del estanque del jardín, diciéndole que no le daba aquella suma sino por aquellos versos, y que el Rey no era bastante rico para pagar los demás. El mismo cardenal, para dar las gracias al abate Godeau por un «benedicite», que había puesto en verso, le hizo obispo de Grasse.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

L'orientazione psicologica dell'etica e della filosofia del diritto, per Alessandro Bonucci.—Perugia, 1907.—Un volumen de 378 págs, 7,50 liras.

«Nos parece—dice el autor, y éstos son, según la advertencia preliminar del libro, los propósitos y la trama de éste—que el presente estado de la moralidad y del derecho, por un lado, y el progreso de las varias ciencias del espíritu, por otro, ponen ante la ética y ante la filosofía del derecho la exigencia de una orientación psicológica. ¿Qué significa hallarse puesta una exigencia? ¿Qué debe entenderse por orientación psicológica? ¿Qué implica esta orientación en el estudio de los problemas fundamentales de las dos filosofías? Tales problemas son de dos órdenes: unos, reflejan la naturaleza de estas filosofías; los otros, la naturaleza de los objetos de las mismas. Los objetos de estas filosofías tienen de común lo siguiente: se trata de normas que se aplican á actos humanos; por consiguiente, normas de un lado, y actos humanos de otro. Según un filósofo olvidado [Beneke], una medida espiritual de un lado, y una cosa espiritual á que se aplica dicha medida, de otro. La índole particular de las dos disciplinas hace que la bipartición pueda, en cada una de ellas, conformarse de este modo: en la ética, la valoración moral y el objeto de la valoración moral; en la filosofía del derecho, la norma jurídica y el hecho jurídico. Y así, una vez resueltas las dos primeras cuestiones indicadas, pasaremos á la tercera, considerando qué es lo que implica una

orientación ética al hacer la determinación de la ética y de la filosofía del derecho, y el estudio de los dos lados de su objeto. Veremos, por fin, cómo esta orientación de las dos filosofías resulta iluminada por la orientación que han tomado, en el pensamiento contemporáneo, otras disciplinas.»

Tal es el programa. Bonucci lo desarrolla (en seis capítulos) por el mismo orden que acaba de indicar, y con una amplísima cultura y una penetración bastante intensa. Con la lectura atenta y reposada de este libro, puede uno llegar á enterarse, en breve resumen, de las principales cuestiones de filosofía moral y jurídica que preocupan al pensamiento contemporáneo, y de la contribución que á su estudio aportan multitud de escritores. Las indicaciones bibliográficas, sobre todo las concernientes á la literatura alemana de nuestros días con respecto á los aludidos asuntos, son abundantísimas; las notas al pie de cada página van, por lo regular, hasta excesivamente recargadas de ellas.

La sustancia de la doctrina que el autor mantiene es ésta, reducida á cuatro palabras: Todas las ciencias, incluso las naturales, pero especialmente las del espíritu (estética, economía, ciencia de la religión, de la lengua, sociología, etc.), van adquiriendo cada vez más carácter psicológico. Lo adquiere también la misma filosofía, aun cuando no por eso, según Bonucci, haya de reducirse enteramente, como algunos pretenden, á pura psicología, y quedar subsumida en ésta. Con íntimas y constantes relaciones, son una y otra ciencias independientes. La ética y la filosofía del derecho (distintas, á los ojos del autor) son filosofías particulares, influidas por la concepción filosófica general que se profese, y en ellas se nota de manera bien visible la orientación psicológica característica de las modernas disciplinas, y muy en especial de las espirituales. Así lo demuestra un examen circunstanciado (que el autor hace, pues constituye el objetivo central de su obra) de los problemas á aquéllas referentes, tal y como los plantean y resuelven los más autorizados cultivadores actuales de ellos.

Trattato di diritto penale italiano, per Vincenzo Manzini.—Torino, Fratelli Bocca, editori.—Volumen I, 498 págs., 12 liras. Volumen II, 604 págs., 16 liras.—Publicados ambos volúmenes en 1908.

He aquí un gran tratado de derecho penal; un tratado «con todas las de la ley», podríamos decir. Sólo dos volúmenes (gruesos ambos) han visto la luz hasta ahora, y en ellos no se estudia sino alguno de los problemas que suelen figurar en la «parte general» del derecho penal. De suponer es, por lo tanto, que cuando esta última se halle terminada, y cuando después la siga el estudio de la parte especial, el tratado de Manzini llegue á ser una de las mejores y más amplias obras de su género.

Pues para inferir lo que habrá de ser cuando la veamos concluída, tenemos ya un excelente botón de muestra. Los dos tomos publicados son, sin duda alguna, á mi modo de ver, notables. La materia se halla perfectamente ordenada y orgánicamente sintematizada en ellos, con multitud de referencias é indicaciones. Cada tomo, además, va acompañado de tres índices: uno general, por capítulos, párrafos, etc.; otro alfabético de materias, y otro de las disposiciones legales citadas en el texto. Y en cuanto á lo más importante, la doctrina, el autor la maneja como solamente son capaces de manejarla los que la conocen profundamente, efecto de lo cual tienen sobre ella conceptos claros, conforme se ve que le pasa á Manzini. Yo diría que de este modo no pueden proceder, dentro de cada ciencia, sino aquellos que, por el gran dominio intelectual de ella, han podido elevarse á la altura del filósofo. Sólo un filósofo puede ser, me parece á mí, verdaderamente hombre de ciencia.

Y Manzini es, aun á pesar suyo, un filósofo penalista. A su manera, claro está, pero filósofo. Y digo que á pesar suyo, porque él protesta repetidamente de la invasión de la filosofía en el campo penal, y atribuye á esa invasión el atraso en que la respectiva ciencia se halla. «Para nuestros estudios aparece

del todo supérflua—dice—aquella parte estrictamente filosófica que los viejos escritores solían anteponer á sus exposiciones.» Pero es que entiende por filosofía lo que acaso no es tal, ó sólo es una manifestación, no la única ni la más importante de ella. Véase: «El investigar los llamados fundamentos supremos y la acción del derecho en supuestas revelaciones divinas, en verdades absolutas humanamente inconcebibles, en un fantástico derecho natural ó en otra cosa semejante, no le está hoy permitido á una disciplina eminentemente práctica, positiva y de buen sentido, como lo es la muestra.» (Pág. 3 del tomo I.)

Sólo que, sin una dosis de filosofía (sin una gran dosis, probablemente), no hay quizá ciencia positiva y de buen sentido (que, á mi modo de ver, es un sentido filosófico, aun siendo vulgar). Aun cuando, claro es, para filosofar, no hay que hacer ninguna de las cosas en que acabamos de ver hace Manzini consistir la filosofía. Por eso, repito, él no se entrega á ninguna de tales especulaciones, y, sin embargo, tiene empedrada su obra de afirmaciones y conceptos filosóficos. Él mismo se ve obligado á reconocerlo, cuando dice en otro lugar (página 48, nota, tomo I): «Si por filosofía se entiende la indagación racional de la ley y del espíritu que la anima, en tal caso, *el estudio positivo del derecho no la excluye, ciertamente.* Pero si se entiende por tal los particulares puntos de vista de un escritor y sus divagaciones ideológicas ó sentimentales, entonces no hay duda de que deben ser rechazados.»

Sin insistir más sobre esto, que requeriría un trabajo *ad hoc*, parece que lo que Manzini quiere proscribir de la ciencia penal, especialmente cuando la misma se refiere al estudio de un derecho legislado, es todo aquel abundantísimo conjunto de teorías penales á que se daba el nombre de filosóficas (ó sobre el «origen filosófico del derecho de castigar»), y en cuyo examen expositivo y crítico han gastado muchísimas energías los escritores. Y, en este caso, no le falta razón; por más que aun aquí, es imposible proscribir la filosofía, que supone aho-

ra la concepción personal que respecto del fin buscado con la pena tengan los que manejen ó recomienden *este medio para un fin humanamente perseguido*. El núcleo de todo el organismo penal, ya legislado ó ya científico, está en esto, y alrededor de él giran todas las demás partes del mismo, sea en forma de preceptos legales ó de tesis doctrinales. Sin esa concepción central, no hay criterio para organizar y valorar las instituciones penales y su funcionamiento. De aquí que Manzini, no obstante su *antifilosofismo*, se crea obligado á sentarlo (en el capítulo III, §§ 41 y siguientes), y al mismo se está remitiendo á cada paso: v. gr., al tratar de la personalidad de derecho penal, de la imputabilidad y la responsabilidad, etc.

Y de esto precisamente (que mantiene al autor ligado á las más viejas ideas penales que solían defender aquellos «filósofos» de cuyas huellas quisiera huir), ¡cuántas cosas pudieran decirse! Pero no siendo este el momento oportuno, las dejo para cuando llegue. Y entretanto termino, recomendando nuevamente el *Trattato* como uno de los mejores que yo conozco.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Intento y definición de la Lingüística</i> , por Julio Cejador.....	5
<i>España fuera de España: Don Quijote</i> , por G. Carducci.....	20
<i>Goya</i> , por Valeriano de Loga.....	38
<i>Santa María del Mar</i> , por Havelock Ellis.....	54
<i>Parnaso internacional: Himno al Sol</i> , de Lamartine.....	78
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	81
<i>El arte español en la pintura siciliana del siglo XV</i> , por Leandro Ozzola.....	92
<i>El primer conato de rebelión precursor de la revolución en España</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	105
<i>Un veredicto injusto</i> (Troens-Magt).—Novela por Johan Bojer....	125
<i>Más allá</i> , por P. Dorado.....	156
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	169
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	176
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	203